



Año 1933. Concluye la apasionante aventura humana que fue la vida de María Ignacia García Escobar, una de las primeras mujeres del Opus Dei. Decidida, alegre, creativa y sensible; con tanto carácter como simpatía, María Ignacia ofrece, con su vida y sus escritos, una respuesta a la gran pregunta que se hacen tantos hombres y mujeres del mundo: ¿Qué sentido tiene mi vida?

María Ignacia encontró la respuesta en el viento impetuoso y amable del amor de Dios, que la elevó hasta alturas insospechadas.

Ésta es la historia íntima de una mujer; la crónica de un corazón. Es un libro escrito con frescura y espontaneidad, que hará reflexionar a todos los que buscan sinceramente la paz y la alegría.

Un libro que hace pensar y descubrir que existen razones, muchas razones, para vivir y para esperar.

ISBN 84-321-3371-X



9 788432 133718

José Miguel Cejas

La paz y la alegría

María Ignacia García Escobar
1896-1933



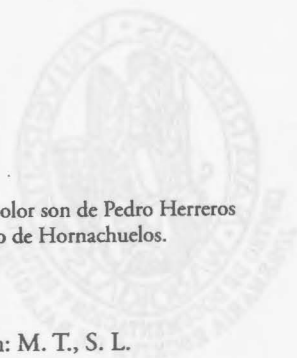
En los comienzos del Opus Dei

RIALP

© 2001 by Fundación Studium
© 2001 by EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá 290. 28027 Madrid.

LA PAZ Y LA ALEGRÍA

Maria Ignacia García Escobar
en los comienzos del Opus Dei
1896-1977



Las fotografías en color son de Pedro Herreros
y del Ayuntamiento de Hornachuelos.

Fotocomposición: M. T., S. L.

ISBN: 84-321-3371-X

Depósito legal: M-43.186-2001

Impreso en Gráficas Rógar, S. A., Navacarnero (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Índice

*Mi agradecimiento a Pepita, Benilde
y José Herrera García, sobrinos de María
Ignacia García Escobar; a Elena y
Conchita Santisteban Cárdenas, y a Ana
Cárdenas Montilla, amigas de María
Ignacia, por sus testimonios; a Manuel
Palencia Carrasco, profundo conocedor
de la historia de Hornachuelos; a Mariano
de Sanlúcar, del Archivo Histórico del
Convento de los Capuchinos de Sevilla;
a Carmen Fabra, de la Institución
Teresiana; a Antonia Rubio Sandoval,
Bibliotecaria de la Biblioteca Diocesana
de Córdoba; y a Miguel Forcada Serrano,
Cronista Oficial de Priego de Córdoba.*

Resistencia del Opus Dei	13
De un país desconocido	15
Selección de algunos capítulos	15
Capítulo I. El Opus Dei en Hornachuelos	21
1896. Al pie de la montaña	21
Dona María	27
Dona Manuel	30
Capítulo II. La vida en Hornachuelos	34
1910. De la vida en la casa	37
1911. No hay quince años feros	42
Mayo de 1912. Un verano para la posteridad	44
Mayo de 1915. La visita del Obispo	46
Abandono y soledad	48
1916. Tres hermanas: Benilde, María Ignacia, Benilde	51
Seminario	53
1917. La vida del maestro	55

Índice

Romance del conde Arnaldos	13
De un país desconocido	15
Sololá, agosto de 1995	15
Capítulo I. El Añozal (1896-1906)	21
1896. Al pie de Sierra Morena	21
Doña María Escobar	27
Don Manuel García	30
Capítulo II. La calle de la palma (1906-1916)	34
1906. Doña Matilde, la maestra	34
1910. De peña en peña	37
1911. No hay quince años feos	42
Mayo de 1912. Un retrato para la <i>posteridad</i>	44
Mayo de 1915. La visita del Obispo	46
Abandonado y solo	48
1916. Tres hermanas: Benilde, María Ignacia, Braulia .	51
Serenidad	53
1917. La rama del romero	55

Capítulo III. Lo inesperado (1919-1920)	58
1919. Braulia, enferma	58
Toda una dama	60
Capítulo IV. Felices años veinte (1920-1930)	63
El descubrimiento	63
¿Si te quedaras ahí!	65
¿Dónde? ¿Cómo?	66
El espíritu de abandono y confianza	68
Navidades de 1929. La Ciencia del Amor	69
Un regalo de Navidad	70
¡Míralas, míralas!	71
Capítulo V. Valdelasierra (1930)	76
Atardecer	76
En la sierra de Madrid	77
Pruebas de amor	79
Capítulo VI. La intención (Junio 1930-Abril 1932) ...	81
22 de julio de 1930	81
Don Lino y don José María	86
Mayo de 1931	89
9 de agosto de 1931. El Cuaderno	91
Una nueva operación	92
Pese a quien pese	96
1932. Un nuevo año en el Hospital	99
Como mejor te plazca	102
27 de marzo de 1932. Una carta a Braulia	105
Capítulo VII. Una nueva era de amor (9-IV-1932)	108
Sábado, 9 de abril de 1932	108

La etapa más gozosa de su vida	112
No tengo palabras para expresar... ..	113
Todo por su amor	116
Lo que llegará a ser	120
¿Por qué desconfiar...?	121
Se te conoce tan poco	123
Capítulo VIII. José María Somoano (16-VIII-1932) ..	125
Un sillar oculto	125
24 de abril de 1932. Una nota escrita a lápiz	129
Nuevas amenazas	132
3 de junio de 1932. Deja de vivir en el hospital	135
16 de julio	136
¡Daré un paso adelante, no lo dudéis!	142
Se cumplió su profecía	144
Capítulo IX. Una canción desconocida	146
Como un niño delante de Dios	146
Una hermosa lección	147
Luchas	150
12 de septiembre de 1932. Una carta	151
22 de octubre. Un descubrimiento	154
8 de enero de 1933. Unos escritos del Fundador	156
Capítulo X. Cuán poco falta (1933)	159
Hay que rezar mucho	159
15 de mayo de 1933	160
Estoy muy contenta	163
La locura de amor	164
13 de septiembre de 1933	165

Capítulo XI. Más poder en el cielo	167
Capítulo XII. ¡Si supiera expresarlo! (Diciembre de 1999)	169
Anexos.....	173
Anexo I El cuaderno negro.....	175
Consideraciones previas	175
Apartados	176
Anexo II Pepitas de oro.....	195
Consideraciones previas	195
Anexo III Escritos del hospital del rey.....	203
Cuaderno del Hospital del Rey	203
Escritos sobre José María Somoano	204
Anexo IV Poemas y escritos varios	207
Poemas	207
Escritos varios	208
Marco cronológico general.....	211
Abreviaturas	213
Notas.....	215

Romance del conde Arnaldos

¡Quién hubiera tal ventura
 sobre las aguas del mar
 como hubo el conde Arnaldos
 la mañana de San Juan!
 Con un falcón en la mano
 la caza iba a cazar;
 vio venir una galera
 que a tierra quiere llegar.
 Las velas traía de seda,
 la ejarcia de oro torzal.
 Marinero que la guía
 diciendo viene un cantar
 que la mar ponía en calma,
 los vientos hace amainar,
 los peces que andan al hondo
 arriba los hace andar,
 las aves que van volando
 al mástil vienen posar.
 —Galera, la mi galera,
 Dios te me guarde del mal...
 ...Allí habló el conde Arnaldos
 Bien oiréis lo que dirá—
 —Por tu vida, marinero,
 dígasme ora ese cantar—.
 Respondiole el marinero,
 tal respuesta le fue a dar:
 —Yo no digo mi canción
 sino a quien conmigo va.

De un país desconocido

Sololá, agosto de 1995

Agosto de 1995. Me encuentro en Sololá, en el corazón de la cultura maya. He llegado a esta pequeña ciudad del altiplano guatemalteco con los cooperantes de una ONG madrileña. Traemos en los *jeeps* varias toneladas de medicinas para esta tierra donde los indígenas sufren desde hace años, además de la guerra y de la pobreza, una terrible epidemia de cólera.

Pregunto por el Obispo, Mons. Eduardo Fuentes, hombre muy querido por estas gentes por la formidable tarea humanitaria y espiritual que está llevando a cabo.

«Es allí» me indican unos niños, señalando una casa blanca junto al Seminario. Aparcamos los *jeeps*. Comienzan a descargar las medicinas. Entro en el zaguán. Hay dos bancos de madera corridos donde aguardan para hablar con su obispo varios indígenas de la zona: una indita de vestido multicolor con un niño a la espalda, un anciano descalzo y un campesino joven, de tez morena, también descalzo. Me miran con asombro. Debo parecerles un tipo pintoresco.

—¿Norteamericano? — me pregunta el campesino.

—No, no, español. De España.

—¡Ah, pues habla muy bien nuestra lengua!

—Sí; es que en mi tierra también hablamos *castilla* —le aclaro, sin ironía de ningún tipo. ¿Por qué razón deben conocer estos indígenas dónde está la cuna del castellano cuando a la mayoría de mis compatriotas les costaría (tanto como a mí, hasta hace pocas semanas) localizar la tierra de los quichés en un mapa?

—¿Y cómo ha dicho que se llama su tierra?

—España.

Gestos de sorpresa. Intento situarles.

—España, Andalucía... ¿No les suena?

No. No les suena en absoluto.

—¿Y Roma?

Alivio general. ¡Naturalmente que han oído hablar de Roma, ese lugar lejanísimo donde vive el Papa!

—Pues de allí —aclaro—; de un país que está más o menos cerca de Roma, vengo yo...

En esto, abre la puerta Mons. Fuentes, un tipo vigoroso y sonriente, alto, fuerte, con complexión de jugador de baloncesto. Debe tener cincuenta y pocos años. Me invita a pasar. Hablamos durante largo rato de las medicinas, de la epidemia de cólera y de los graves problemas que sufre esta tierra. Me dice cuánto le ayuda el espíritu del Opus Dei —es socio de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz— en su trabajo pastoral, tan duro y difícil en estos tiempos de violencia.

Pero hay muchos motivos para la esperanza, me cuenta: el Seminario Nuestra Señora del Camino, que comenzó hace doce años, cuenta con más de cien seminaristas; en el Preseminario hay casi cuarenta... Comienza a hablarme, entusiasmado,

de sus proyectos pastorales y de las futuras construcciones, hasta que en un determinado momento se interrumpe y, señalándome la portada de un folleto que escribí en 1992, me dice:

—Pero yo quería que habláramos de María Ignacia.

María Ignacia. Me sorprende ver la fotografía de esta mujer cordobesa, aquí, en este entorno exótico de cultura quiché y katchikel.

—¿De María Ignacia?

—Sí. Su figura me interesa mucho.

El interés de este obispo me recuerda mi última entrevista, varios años antes, en España, con Juan Jiménez Vargas.

Jiménez Vargas había convivido estrechamente con el Fundador durante varios años, y le pedí que me hablara de algo de aquella época que le hubiese impresionado especialmente. Estuvo cavilando un rato, con el mentón apoyado en el pulgar, hasta que me dijo:

—*Fue en 1933. El Padre me pidió que le acompañara al Hospital del Rey, para atender a una persona. El Hospital del Rey era un hospital de tuberculosos que estaba en las afueras, en Chamartín, que era entonces un pueblo separado de Madrid. Allí estaba María, gravemente enferma. Además de la tuberculosis, tenía tres o cuatro enfermedades más. De hecho, se murió poco después.*

Y el Padre comenzó a darle encargos para cuando estuviese «al otro lado». Estábamos en los comienzos... no había nada. Y le fue pidiendo que rezara por todo aquello... María le escuchaba y asentía con mucha fe.

Nunca he podido olvidarlo.

Poco después, en abril de 1992, hice un viaje a Roma y visité la Sede Central del Opus Dei. Comprobé que la figura de esta mujer cordobesa seguía estando muy presente para Álvaro del Portillo, el primer sucesor del Fundador. Don Álvaro me

dijo que, aunque no había llegado a conocer a María Ignacia, había rezado por ella durante años, porque el Fundador le pidió en 1935 que se acordara de ella al asistir a Misa.

Hasta que varios años después, le dijo el Fundador:

—Pero Álvaro, ¿por qué la encomiendas a diario en la Santa Misa, si desde el primer momento está en el Cielo? Más que rezar por ella, lo que hay que hacer es... ¡encomendarse a ella!

Un mes después, en mayo de 1992, durante la ceremonia de beatificación de Josemaría Escrivá, en medio de las trescientas mil personas que abarrotaban la Plaza de San Pedro, pensé en el simbolismo de aquel encuentro de 1933 en el Hospital del Rey. Tres personas: Josemaría Escrivá, María Ignacia y Juan Jiménez Vargas. Un sacerdote, una mujer enferma y un médico joven, en un marco de sufrimiento, esperanza y oración. Me pareció una imagen expresiva, certera y sugerente, de los comienzos del Opus Dei.

Le comento todos estos recuerdos a Mons. Fuentes, y compruebo que también a este obispo centroamericano le ha impresionado vivamente, como a Juan Jiménez Vargas, la actitud de María Ignacia ante la vida y ante la muerte; su sonrisa perenne en medio del dolor; su fe inquebrantable cuando el Opus Dei no era humanamente nada.

Hablamos ampliamente sobre María Ignacia, sobre su fe y su esperanza en las horas difíciles, cuando el Opus Dei parecía sólo el sueño de un sacerdote. Al terminar, me acompaña hasta el *jeep*. Los integrantes de la ONG han terminado de descargar las medicinas. Nos hacemos una fotografía de recuerdo y nos despedimos.

Antes de irnos, Mons. Fuentes me dice en voz baja:

—Aquí también vivimos de fe y de esperanza.

¿Intuía ya Mons. Fuentes, en aquel agosto de 1995, que...? Lo ignoro; pero dos años después, en agosto de 1997, cuando lo enterraron en la catedral de Sololá entre una muchedumbre de inditos que bajaron desde sus aldeas para darle su último adiós, pensé que aquel joven obispo centroamericano debía presentir ya, cuando charlamos de María Ignacia, de algún modo, que él también iba recorrer, en breve, el mismo camino que ella.

A los pocos meses de nuestra entrevista, cayó gravemente enfermo. Aceptó los sufrimientos causados por su enfermedad incurable con una sonrisa en los labios. El Señor le pidió, como a María Ignacia, que se marchara cuando todo estaba en los comienzos¹.

—La vida de María Ignacia —me dijo durante nuestra conversación— deja un regusto de paz y de alegría.

La paz, la alegría: dos grandes anhelos de esta cultura de perfiles hedonistas que no encuentra respuestas para el sufrimiento, y que pierde esa paz y esa alegría cuando no puede evitar el dolor. La vida de María Ignacia resulta, por esa razón, tan desconcertante como sugestiva. ¿Es posible vivir y morir feliz, en medio del dolor?

Interesa conocer esa respuesta, porque en la biografía de cada persona acaba abriéndose, tarde o temprano, la página del sufrimiento. Nos interesa a todos, viejos y jóvenes, sanos y enfermos; ya vivamos en la cuna de la cultura maya, en esta ciudad de los quichés azotada por la violencia, o en Hornachuelos, un pueblo de Córdoba donde comienza este relato, en Andalucía, España.

España: ese país desconocido, que está allá lejos, en Europa, cerca de Roma.

CAPÍTULO I

El Añozal

1896 - 1906

*¡Quien hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba a cazar...*

1896. Al pie de Sierra Morena

«Qué coincidencia: hoy hace setenta años justos. Acabábamos de celebrar la Navidad y ella estaba a punto de marcharse. Parecía muy feliz... Y un día como hoy, precisamente, me regaló este cuaderno.

A veces me pregunto cómo podía ser tan feliz teniendo aquello... pero sí, lo era; o al menos, lo parecía. Debía serlo de verdad, porque tenía ojos de enamorada. Pero, vamos a ver —me pregunta doña Pepita Herrera García, sobrina de María Ignacia García Escobar, en esta mañana del 26 de diciembre de 1999, con el característico seseo cordobés—. ¿Por dónde quiere usted que *empesemo*?

—Lo mejor será —le digo, bromeando— que *empesemo* por el *prinsipio*.

—Pues para *empesar* por el *prinsipio* —dice, continuando la broma— tendríamos que hablar de su padre y de su madre, digo yo. Es decir, de mis abuelos, que no eran todos de aquí».

Este *aquí* es Hornachuelos, un pueblo cordobés al pie de Sierra Morena formado por un laberinto de casas blancas que se asoman a un barranco con murallones de piedra. Un pueblo antiguo, habitado por los árabes allá por el siglo XII —el *furnuyulush* que describió Al-Idrisi—, cargado de historia y de leyendas. Fue reconquistado en 1240 por Fernando III el Santo; declarado señorío en 1637; condado en 1640; ducado en 1868.

Un pueblo señorial, de porte aristocrático, con escudo santiaguista en la fachada del Ayuntamiento, iglesia mudéjar, fortaleza mora y patios emparrados, como tantos pueblos de Andalucía¹; y con una canción que alaba la belleza de sus mujeres, como en tantos pueblos de España:

¡Viva Hornachuelos!

*¡Vivan de sus muchachas
los ojos negros!*

«...algunos de mis abuelos no eran de Hornachuelos —prosigue contándome doña Pepita— y llevaban una vida muy diferente... Mi familia, por la parte del padre de mi madre, estaba muy bien situada. Estos bisabuelos se llamaban Antonio García y María Ignacia Durán, y tenían, por lo que yo sé, unas cuantas casas, varias fincas, unas huertecillas... y eso, a finales del siglo XIX, suponía bastante.

Los padres de mi abuelo materno pudieron darle carrera a todos sus hijos, o por lo menos a casi todos; y los llevaron a los mejores colegios. Por ejemplo, mi abuelo Manuel estudió Medicina en Cádiz. Allí vivía en una pensión; y la patrona, que se llamaba Braulia...

Pero eso se lo contaré luego; porque por esos mismos años, allá por 1880, poco más o menos, otros bisabuelos

míos, los padres de mi abuela, la madre de mi madre, pasaban en este pueblo muchas penurias y calamidades.

El padre de mi abuela materna se llamaba Antonio Escobar y era extremeño, de la parte de Jerez de los Caballeros. De joven estuvo trabajando en casa de una marquesa, y luego se vino a este pueblo, a ganarse la vida como talador.

Su mujer, mi bisabuela, se llamaba Fernanda. Fernanda Durán. Es el mismo apellido que el de mi otra bisabuela, pero no eran parientes. Tuvieron cinco hijos: cuatro varones y una hembra, María. En el pueblo los llamaban *los humeas*.

Eso es porque debían de ser muy morenos, me dicen a veces; pero no, que todo tiene su explicación: los conocían como los *humeas* porque mi bisabuelo Antonio, que era el manijero de los taladores, era el primero que se levantaba por las mañanas cuando estaban en el campo. Parece ser que era una persona muy madrugadora y muy bien dispuesta para las cosas del trabajo; y eso lo heredaron sus hijos, porque su madre, mi bisabuela Fernanda, tenía fama de ahorrativa, y decían que iba siempre con las faltriqueras llenas, con todos los dinerillos que iba guardando... Pero, ¿por qué le contaba yo esto? ¿Por dónde iba?

¡Ah!, porque todas las mañanas, al levantarse, mi bisabuelo Antonio salía del chozo, juntaba la charabasca y hacía lumbre para calentarse un poco, porque por estas sierras hace mucho frío por las madrugadas; y los otros taladores, al ver como humeaba su chozo tan temprano, comenzaron a decir:

—¡Mira, Antonio! ¡Ya humea!

Humea, humea... Y con *humea* se quedó.

Era un tiempo en el que la gente del campo pasaba muchas necesidades. Las sigue pasando, pero ya no es como an-

tes, gracias a Dios, cuando había aquellas tremendas diferencias sociales, y aquellas luchas y aquellos odios...²

Pero sigamos. En cuanto pudo, María, la hija pequeña, una mocita tan bien dispuesta como sus hermanos, se colocó como empleada doméstica en la casa de mis bisabuelos paternos. No sé yo el tiempo que estaría allí; supongo que unos dos o tres años, más o menos. Y precisamente durante aquel tiempo, hacia 1890, terminó la carrera mi abuelo Manuel —el que estudiaba Medicina en Cádiz—, y se vino a Hornachuelos.

Y al llegar aquí se puso enfermo de viruelas.

Entonces la viruela era una enfermedad muy contagiosa. Se le empezaba a desfigurar la cara... Algo terrible. En cuanto uno se enfermaba, la gente se retiraba de su vera como si fuera... yo qué sé.

Mi abuelo sufrió mucho. Ni siquiera los de su casa se atrevían a acompañarle... Sólo se acercaban a su cabecera su padre, su madre... y María, la empleada doméstica, que le atendía, le lavaba la ropa, le llevaba la comida, le cuidaba y le daba las medicinas sin reparo ninguno.

Y así... se enamoraron.

Ése fue el comienzo de la historia. En cuanto mi abuelo Manuel se curó de la viruela, le propuso matrimonio. Ella le dijo que sí; pero como era de esperar, la familia de mi abuelo puso el grito en el cielo: *hijo mío, pero qué van a pensar en el pueblo, qué van a decir...*

La verdad es que en el pueblo no tenían por qué pensar ni por qué decir nada: para ellos, a partir de entonces, no hubo ni otro hombre ni otra mujer. Pero en esa época se miraban mucho esas tonterías de *la clase y la posición*, cuando en el matrimonio lo que importa verdaderamente es que las

personas se quieran. Eran cosas del siglo pasado. ¿Qué digo yo? ¡De hace dos siglos!³

Y sus padres seguían, dale que te dale, unas veces por las malas y otras por las buenas:

—Pero, hijo mío, ¿por qué no te buscas una muchacha de tu misma posición?

Y pasó lo de siempre: que hubo quien habló más de la cuenta. *Las lenguas de doble filo*, como decía la canción...

Parece una historia romántica, ¿verdad? Pero es que lo fue. Además, ¡Hornachuelos es uno de los pueblos más románticos que existen! Por algo el Duque de Rivas, que es uno de los poetas más grandes que hemos tenido, puso *Don Álvaro*, que es una obra de teatro suya muy conocida, precisamente aquí⁴.

Bueno, yo no sé si ahora se mentará esa obra de teatro tanto como antes, pero desde luego en este pueblo nos la sabemos de memoria. ¿La ha visto usted? Comienza cuando don Álvaro, que es el protagonista, se enamora de doña Leonor, que es la hija de un marqués... El marqués de Calatrava, me parece. Es una historia muy complicada. La familia se opone (por lo mismo que se oponía la familia de mi abuelo: porque no consideraban a *la niña*, a María, de su misma *posición*) y entonces se fugan; mejor dicho; intentan fugarse. Y cuando están en ésas, se le dispara una pistola a don Álvaro y mata sin querer al marqués. Un drama...

Luego suceden muchas aventuras que ya no recuerdo: doña Leonor se viene aquí para esconderse; don Álvaro se va a Italia; allí le persigue el hijo del marqués; se batan en duelo; lo mata; se viene a España, y acaba, mire usted por donde, refugiándose en Hornachuelos, sin saber que ya es-

taba aquí doña Leonor. Entonces es cuando dice aquellos versos:

*piedad pediré a las fieras
que habitan en estos riscos,
alimento a estas montañas,
vivienda a estos precipicios...*

Sin embargo la historia de mis abuelos, aunque fue muy *romántica* también, acabó estupendamente. La familia cedió y se fueron a vivir al Añozal, que es una finca muy hermosa que se ve desde el otro lado del pueblo. La casa de la finca está arriba, en lo alto del monte, como las ermitas de Córdoba, y tiene unas vistas estupendas; además de sus buenas fanegas de encinas y alcornoques...

Ésa fue la causa por la que mi abuelo Manuel acabó dejando la Medicina: para dedicarse a la finca. Aunque la gente, por lo que me han contado, seguía subiendo allí un día sí y otro también: «*Don Manuel ¿podría usted venir a mi casa, que tengo un chiquillo que...?*». «*Don Manuel, que mi niña se me ha puesto mala...*»⁵. Y mi abuelo, como tenía tan buen corazón, siempre iba; y a los que no podían pagar, que eran la mayoría, no les cobraba⁶.

Estos abuelos míos tuvieron bastantes hijos: diez; pero cuatro se le murieron de chicos. El mayor de todos fue mi tito Antonio; luego vino mi madre, que se llamaba Benilde y era del 93. Tres años después nació mi tita María Ignacia en 1896. Le pusieron María por su madre; y por su abuela paterna, Ignacia.

Y en el año uno nació mi tita Braulia. Le pusieron ese nombre en recuerdo de aquella patrona que tuvo mi abuelo cuando estudiaba en Cádiz, que lo trató muy bien. Antes ese

nombre era bastante corriente; pero ahora me parece que sólo hay una señora en el pueblo que se llame así. Y poco después, nacieron mi tito Enrique y mi tito Manuel.

Mi tía María Ignacia tuvo una infancia muy feliz. Era la preferida de mi abuelo. Se comprende, porque era muy agradable y muy graciosa de carácter. Tenía el *genio alegre*, como el título de aquella comedia de los Quintero.

Tardó bastante en ir a la escuela, lo mismo que mi madre, porque mis abuelos no tenían esas prisas que tienen los padres de ahora. Los criaron en el Añozal, y allí les enseñaron todo lo que sabían».

Doña María Escobar

Todo lo que sabían. Para comprender cabalmente esta expresión de doña Pepita hay que trasladarse al Hornachuelos de finales del siglo diecinueve⁷; un pueblo pequeño, que no llega a los tres mil habitantes, y en el que, salvo algunas familias, como los García, la mayoría vive —o malvive— del aceite y del corcho, como los Escobar.

Doña María Escobar es una mujer sencilla y trabajadora, buena cristiana, con mucha fe, una fe elemental quizá. «Era muy piadosa y siempre la recuerdo rezando»⁸, evocaría años más tarde su hija Braulia. Es, ante todo, una buena madre de familia, trabajadora y discreta, que procura que sus hijos no hablen mal de nadie. ¡Bastante ha sufrido ella en su propia carne los dimes y diretes de la gente!

De ella aprende su hija María Ignacia el pleno sentido de esta expresión: *sacar adelante un hogar*. Ésa ha sido la profesión de doña María, antes y después de casarse: sacar ade-

lante un hogar de familia, ajeno al principio, que el amor ha convertido en el propio.

Doña María enseña a sus hijas a traer agua del pozo, a encender los candiles por la noche, a hacer las camas, a limpiar los azulejos y las solerías... «Porque en esas casas de la sierra —comenta doña Pepita— siempre hay tarea». Hay que quitar el polvo a los cristales de los cuadros ingleses; aparejar los cojines del tresillo de mimbre; dejar la talla de San Rafael como los chorros del oro...

La lista sigue: hay que ordenar los baúles; dar lustre a los escopeteros; distribuir la loza por los aparadores; poner en hora el reloj de péndulo... Además, hay que darse una vuelta para comprobar si los trabajadores han dejado limpios los pesebres; si el aperador ha sacado la paja, la cebada y el afrecho.. ¡ah, y si le han dado ya la harina a los pavos!

Porque, si no se está al tanto, en menos que canta un gallo se arma el revoltijo; y ya no hay quien encuentre las manceras, las horcas, los costales, las esparteñas o los rastrillos.

Cada hora, cada día y cada estación tiene su propio afán. ¿No ha puesto Dios los peces en el río, las águilas en el cielo y las cigueñas en el almiar? Pues lo mismo sucede en la rueda del año: en verano hay que decirle a las muchachas que cierran las ventanas desde media mañana, para que no entre *la calor*. En otoño hay que preparar la matanza. En invierno hay que apilar la leña junto al fogón y sacar los capotillo porque en el monte, en cuanto te descuidas, te cae encima, de sopetón, un manto de agua...

En este ambiente serrano, bajo la campana de la cocina, entre el ir y venir de las empleadas que gobierna su madre, va aprendiendo María Ignacia los secretos del arte de cocinar: pestiños, hojuelas, conejo *en pebre* —que no *en pobre*,

como dice la gente—, y ese bocado exquisito que es el chorizo de venado.

Hablando de secretos: todos los años, a comienzos de julio, doña María exclama invariablemente:

—¡Vaya! ¡No nos hemos dado cuenta y ya está San Abundio detrás de la puerta!

María Ignacia corre hasta la cancela, con la rapidez que le permiten sus tres o cuatro años. ¡El patrono del pueblo en persona, aquí, en el Añozal!

Pero no hay nadie. Hasta que le explican que San Abundio es un santo antiguo que ya no vive en Hornachuelos. «Es un cura de cuando vivían juntos en este pueblo los moros, los judíos y los cristianos. Él se llevaba bien con todos; pero hubo una persecución y lo mataron...»⁹.

Son historias *del tiempo antiguo*, de cuando había persecuciones y mataban a los cristianos; tradiciones y costumbres de otros siglos, que su bisabuelo le contó a su abuelo cuando se ganaba la vida durmiendo malamente en los charnaques y bregando entre quejigos.

Entreveradas con esas historias, doña María le refiere a María Ignacia cuentos y chascarrillos de la vida en las cortijadas, como las Ascalonias, o Zurraque, que es del Conde; y leyendas de bandoleros, como la de *El Tempranillo*. Todavía queda algún bandolero suelto por la serranía de Ronda, como *El Pernales*, que va sembrando el terror junto al *Niño del Arahal*, su acompañante.

Estos años de infancia en la serranía de Córdoba son decisivos en la vida de María Ignacia. Se acostumbra desde muy pequeña al contacto diario con la naturaleza: al rumor de los olivos, al revolotear de los pájaros por los tejados, y a la bulla y el griterío de los cazadores *abuecheando*¹⁰ por las montañas.

En sus escritos, junto con los omnipresentes pájaros —esos pajaritos mill/ que todo el día en los campos/ sus trinos dejan oír¹¹—, latirá siempre un afán de aire puro, una búsqueda de grandes espacios, junto con la nostalgia de los caminos y las alamedas. Y no falta el recuerdo de las tormentas, los truenos y los relámpagos: aquellos relámpagos inesperados que resonaban, en las noches de invierno, como un latigazo por los cuchillares de la sierra.

Don Manuel García

Si su madre le enseña las primeras lecciones de la naturaleza, su padre, don Manuel García, un hombre corpulento y elegante —sombrero, gabán, reloj en la chalina y grandes mostachos a lo Eduardo Dato— le transmite las lecciones fundamentales de la cultura y de la *moderna ciencia*. María Ignacia aprende a leer y a escribir a su lado, noche tras noche, casi sin darse cuenta, deletreando los grandes titulares de *La Ilustración Española*, entre las palomitas que revolotean en torno a la luz de la bujía¹².

En *La Ilustración* descubre fotografías y dibujos de mundos lejanos y fabulosos, con selvas, bahías, cordilleras y ciudades que parecen irreales, como Río de Janeiro o Buenos Aires, esos paraísos soñados hacia los que parten los emigrantes en los grandes vapores que salen de Cádiz.

Gracias a su padre, su oído se familiariza pronto con los nombres propios de la literatura, de la ópera y de la política: Espronceda, Bécquer y Campoamor; el gran Caruso; los socialistas, los anarquistas, los monárquicos y los republicanos¹³. Ha terminado la época, selecta y popular a un tiempo,

de la Restauración —de Cánovas a Sagasta, y de Sagasta a Cánovas—, y aunque en las veladas familiares su padre repita una y otra vez las palabras «crisis», «desastre» y «derrota», todavía se vive en un clima de moderado optimismo y se esperan maravillas del siglo que comienza. ¡Al fin, un siglo sin guerras, un siglo de paz para el mundo y para Europa!

Su padre la lleva con frecuencia de paseo hasta la fuente del Caño de Hierro. Durante esas caminatas le enseña los nombres de cada arroyo —Guadalora, Guadalvacarejo, Venajarate— y de cada planta: juncos, tarajes, lentiscos, palmas, aulagas, romero, zarzamoras, tomillo...

—¿Y esas plantas de color morado, cómo se llaman?

—Candilitos. Tienen una flor que les gusta mucho a los venados.

—¿Y ésas que hay junto al agua?

—Adelfas. Dice la gente que dan dolor de cabeza. ¡Pero no hay que creerse todo lo que dice la gente!

Otras veces caminan por el Paseo Viejo hasta llegar a las huertas, y luego, por la vereda del río, se acercan hasta las pasaderas, el galapagar, la fuente de los tres caños y lo que llaman «las siete revueltas».

Al lado de su padre aprende María Ignacia que no se puede ir al buen tuntún por el campo; que hay que tener cuidado con los perros balduendos¹⁴; con las puntas de los jarones y los cepos ocultos de los yerbazales; y sobre todo, con las víboras y los alicantes, aunque asegure el refrán que están completamente sordos: *si la víbora viera y el alicante oyera, no habría hombre que al campo saliera*.

Es un tiempo de refranes, romances y cantares. ¿Quién no ha escuchado los primeros versos de Fernández Grilo so-

bre las ermitas? *Hay en mi alegre sierra/ sobre las lomas/ unas casitas blancas/ como palomas...* Algunos se los saben de memoria, hasta el final:

*¡Muy alta está la cumbre, / La Cruz muy alta!
¡Para llegar al Cielo, /Cuan poco falta!*

Sin olvidar, naturalmente, las Rimas de Bécquer:

*Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar...*

Don Manuel contempla las aves desde una perspectiva menos literaria: es una buena escopeta y en cuanto puede, se pone los zahones cortos y se va a montar, cosa natural cuando se vive en un paraíso de la caza mayor y menor como éste. Pronto se acostumbra María Ignacia a las bromas y embustes de los cazadores, al guirigay de los rehaleiros y al carlear ansioso de los perros en la madrugada.

Éste es el paisaje y el marco familiar y humano de la infancia de María Ignacia, una niña morena de ojos despiertos y vivaces. En una fotografía que le hacen durante estos años aparece sentada en el regazo de su madre con los ojos muy abiertos, como asombrados por el entorno privilegiado que la rodea.

Todo rezuma vida a su alrededor. Los montes albergan ciervos, jabalíes, zorros, conejos, gatos monteses, tejones, liebres y algún que otro corzo; los cielos, águilas reales, alimoches, cigüeñas, tórtolas, perdices y palomas torcaces; los ríos, anguilas y patos silvestres, somormujos y zampullines. ¡Hasta las entrañas de estas sierras guardaban, siglos atrás, minas de plata y de azogue, antes de agotarse!

¿Y Dios? Dios es, para su mente infantil, un Ser lejano al que se implora, por medio de Santa Bárbara, cuando se de-

sata la tormenta: *Santa Bárbara bendita/ que en el Cielo estás escrita/ con papel y agua bendita...* Un Creador omnipotente, desconocido y terrible, como aquellos truenos que cantaba Espronceda: *Y del trueno/ Al son violento/ Y del viento/ Al rebramar...*¹⁵

Faltan todavía muchos años para que María Ignacia escriba, con aliento romántico:

*...la tempestad
de relámpago luciente
y ronco trueno, ¿verdad
que hablan del Omnipotente?*¹⁶

Al contrario que su esposa, don Manuel parece no tener fe. Sin embargo se muestra tolerante *en cosas de Religión*¹⁷. Es, en apariencia, un agnóstico, uno de ésos que piensan que la vida es una burla cruel y que la Muerte sólo conduce a la Nada. ¿Y el Cielo? El Cielo es *una vecchia fola*, un viejo cuento, como cantaba Yago en el *Otello* de Verdi:

*E credo l'uom gioco d'iniqua sorte
dal germe della culla
al verme dell'avel.
Vien dopo tanta irrision la Morte.
E poi? La Morte è 'il Nulla.
È vecchia fola il Ciel*¹⁸.

CAPÍTULO II

La calle de la Palma

1906 - 1916

...vio venir una galera
que a tierra quiere llegar,
Las velas traía de seda,
la ejarcia de oro torzal.

1906. Doña Matilde, la maestra

Corre un vientecillo fresco en esta mañana de diciembre en la que doña Pepita sigue hilvanando recuerdos familiares sobre su tía María Ignacia. A pesar del frío, la azotea invita a quedarse aquí, junto a la baranda, contemplando la campiña a vista de pájaro.

«Hay días claros —me dice— en los que, si uno se fija, se llegan a ver los campanarios de Estepa... Pero sigamos con lo que le iba contando. Estábamos en 1905, poco más o menos. Pues bien, al año siguiente, en 1906, mis abuelos se vinieron al pueblo, para que sus hijas pudieran ir a la escuela.

Mi tía María Ignacia tenía entonces diez años y la maestra era ya doña Matilde¹, que tuvo una importancia muy grande en la vida de mi tía María. Porque ella había recibido en su casa una buena educación, no voy a negarlo, pero de la fe cristiana sabía muy poquito: lo poquito que le había podido enseñar su madre.

Doña Matilde era una buena maestra: culta, educada, buena cristiana... Ella fue la que le enseñó a ser piadosa, con

una piedad, ¿cómo lo diría?, seria, profunda, cultivada. No era la *fe del carbonero*, como suele decirse. Por eso digo yo que doña Matilde tuvo una influencia decisiva. Lo he pensado muchas veces: ¡cuánto bien y cuánto mal puede hacer una maestra! Mire, por aquí tengo su fotografía...»

En la fotografía de doña Matilde García Vázquez, una maestra de veintitrés años, destaca su porte elegante y señorial. Doña Matilde tiene, en este lejano 1906, cuando acude María Ignacia a su escuela, muy pocas alumnas. A pesar de los intentos que están haciendo las autoridades para reducir el trabajo infantil², la mayoría de las niñas del pueblo, en vez de ir a clase, se quedan trabajando en casa o ayudan a sus padres en las faenas del campo. No es de extrañar que, según las estadísticas de 1900, casi el 80 por ciento de las mujeres de la zona sean analfabetas³.

«Por lo demás —continúa doña Pepita— la escuela no le debió suponer, ni a mi tía ni a sus hermanas, demasiado esfuerzo. Decía mi madre, riéndose, que ella había aprendido a leer *por ciencia infusa*.

Y además de enseñarlas a leer, doña Matilde les daba clases de labores, de costura, de etiqueta, de buena educación, de doctrina... Así se llamaba entonces al Catecismo: *la doctrina*. Para hacer la Primera Comunión había que saberse todo de memoria y recitarlo de corrido, desde el principio: *Todo fiel cristiano/ está muy obligado/ a tener devoción/ de todo corazón/ de la Santa Cruz/ de Cristo, nuestra luz...*

Pero después de la Primera Comunión había muchos niños que no volvían a pisar la iglesia hasta que se casaban.

A propósito de esto, no sé yo en qué fechas hizo mi tía María Ignacia la Primera Comunión, porque en 1934 que-

maron el archivo de la parroquia y ya no queda nada. Y en casa no tenemos tampoco ni fotografías, ni estampas. Sólo sé que el cura de entonces se llamaba don Fernando⁴, y que era muy amigo de la familia. Vivía en una casa que hay un poco más arriba, en la calle de la Palma».

Don Fernando regentaba en estos primeros años del siglo la parroquia de Nuestra Señora de las Flores, que cuenta con una iglesia que para sí querrían muchos pueblos: amplia, de una sola nave de tablazón, de estilo mozárabe, con arcos apuntados de inspiración gótica. Era un hombre bueno, celoso y respetado.

...Respetado por sus feligreses, habría que puntualizar porque en Hornachuelos, se dan, como en tantos pueblos de España, a pequeña escala, las tensiones ideológicas y sociales que sacuden el país.

Esas tensiones ponen con frecuencia a don Fernando en la diana de los ataques. Lo mismo le sucede a doña Matilde, que procura ser una maestra coherente con su fe. Para algunos vecinos de Hornachuelos el cristianismo no es más que «una superstición del tiempo antiguo»; una reliquia del pasado, inaceptable en este nuevo siglo que nos promete tantos adelantos; un manojo de cuentos para viejas y de refranes para ignorantes, como ese refrán de las víboras y los alicantes...

María Ignacia comienza a vivir la vida cristiana en este ambiente donde, salvo para unas pocas personas, la *vida cristiana* parece reducirse a un conjunto de preceptos, como confesarse y comulgar por Pascua florida; y a tres o cuatro costumbres de la religiosidad popular. Por ejemplo, la *subasta* que se hace el dos de agosto por la noche, tras la procesión de la Virgen.

Esa subasta simbólica sirve para sostener el culto y la capilla de la Patrona. Las familias del pueblo traen regalos —gladiolos, colchas bordadas a mano, palomas, ensartas de diamelas⁵— por los que pujan los vecinos:

—¡Yo doy cinco!

—¡Yo doy diez!

—¡Yo, veinticinco!

Los mozos casamenteros ponen especial empeño en la puja de las *ensartas*, porque sirven para declararse. Cuando se consigue una *ensarta*, se ofrece a la muchacha en cuestión: y si se la cuelga del cuello, está diciendo que sí⁶...

«Y si no... ¡a esperar al año que viene!» —dice, riendo, doña Pepita.

1910. De peña en peña

Tras la Primera Comunión, cuando tantos niños se desentienden de Dios, María Ignacia comienza a vivir la vida cristiana en toda su plenitud. Comienza a comulgar con frecuencia y toma una decisión en lo más íntimo de su ser.

Pero no hablará de esto con nadie.

Esta decisión de la infancia acabará marcando su existencia. Años después, cuando evoque esta temprana resolución, la denominará un *misterio sublime*.

Por lo demás, en Hornachuelos no se dan grandes cambios durante esta primera década del siglo. En el Casino se sigue hablando de «la pérdida del 98», de los problemas del campo, de las epidemias, del paro de los jornaleros —que llega a veces a los 250 días al año— o de los últimos atentados terroristas.

El último día de mayo del año seis llega la noticia:

—¡Han tirado un ramo con una bomba tras la boda del Rey!

Los reyes salen ilesos, pero hay muchos muertos y heridos. Y año tras año, los sucesos de la historia *grande* se van entrelazando con los de la historia local y menuda. En 1907 exclama un contertulio del casino, agitando el *ABC*:

—¡Han matado al Pernales y al Niño del Arahál!

Un gesto caballeresco ha sido la perdición de estos bandoleros. «*Dos jinetes bien armados y caballeros en briosos corceles*» —escribe el comentarista del periódico monárquico— le preguntaron a un leñador de Villaverde el modo de atravesar la Sierra de Alcaraz. El leñador les contestó amablemente y *el Pernales*, agradecido, le dio un duro y un cigarro, diciéndole:

—Gracias, buen hombre. Y tome esto para que se acuerde del Pernales... ¡que soy yo!

El leñador acudió a la Guardia Civil y aquel mismo día un tiroteo acabó con la leyenda; una leyenda que acabaría cantándose en un romance popular que mitificó la figura del bandolero, y lo convirtió en un benefactor de los pobres.

Pernales en toda su vida
no ha matado a ningún hombre
que el dinero que robaba
lo repartía entre los pobres.

Los bandoleros, la emigración, la pobreza, el hambre, las manifestaciones de obreros, los asesinatos... Estas realidades le hacen ver a María Ignacia que la vida tiene, como la sierra, solanas y umbrías, vegas y castellones. Con un padre agnóstico y una madre creyente, nieta de propietarios acomodados y de modestos taladores, hija de un médico y una

empleada doméstica, se va acercando al mundo con una visión abierta y comprensiva. Estos rasgos definirán su carácter y su vida.

«Mi abuelo —prosigue doña Pepita— acompañaba a mi tía a todas partes: al paseo, a la procesión y a la feria, porque entonces no parecía conveniente que se paseara sola por ahí una muchacha joven. Se la llevaba a ver los cohetes, a hacer compras a Córdoba, a lucir los vestidos de San Abundio...

Era su preferida, ya lo he dicho; quizá porque ella tenía un natural muy vivo, sin miedos de ningún tipo. ¡Se le notaba que había vivido en el campo! Cuentan que mi abuelo, cada vez que la veía volver después de darse un paseo con las amigas, con la cara roja y acalorada de tanto correr, le decía:

—Hija mía, te distingo a la legua. El resto de las muchachas van derechitas por la vereda, con miedo a caerse; mientras que tú... ¡vas por ahí brincando de peña en peña!»

Ese carácter decidido de María se puso de manifiesto en un momento memorable de la historia de Hornachuelos: la visita de los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia.

Hay expectación y curiosidad en el pueblo por conocer a la Reina, cuya imagen sigue unida, en la imaginación popular, al atentado de su boda, y a su vestido de novia manchado de sangre. Las gentes se apelotonan en la puerta de la Villa.

María Ignacia se pone en primera fila, y al ver a la Reina se dirige hacia ella con desenvoltura. Toma sus manos entre las suyas, y le dice:

—¡Pero qué *grasiosa* é!

Salvo esta anécdota, poco más sabemos de María Ignacia durante estos años. Su padre administra la finca, atiende a algún paciente de vez en cuando y comenta las novedades

con sus amigos en el Casino, fundado en 1880 por *las fuerzas vivas* de la localidad: Carlos de Golmayo, Juan Carrasco, José González, Manuel Cornejo y otros, como José Herrera Ariza.

«Este José Herrera Ariza es mi padre —me explica doña Pepita—. Era médico, igual que mi abuelo, y se conocían mucho. Cosas de la vida. ¡Quien le iba a decir a mi padre que al cabo de los años...!»

En el Casino se vive pendiente de los toros. Impresiona especialmente la muerte de *Lagartijo*, que fallece en 1910 a causa de la tuberculosis; y se comentan con pasión las hazañas de *Bombita*, un torero sevillano conocido de don Manuel, cuya sola mención produce en las tertulias parecido efecto al de su nombre⁷.

Bombita goza de una fama merecida de hombre valiente. Dicen que sus amigos, antes de salir a la plaza, en vez de desearle «¡Buena suerte!», le dicen: «¡Que no sea mucho!». Y ha dado *el campanazo* con un manifiesto en el que avisa al *respectable* que piensa cobrar más por torear Miuras, por los riesgos que entraña esa ganadería.

—¡Miedo!; Eso es lo que tiene! —grita un exaltado desde una mesa del casino.

—¡Miedo? —replica otro—. ¡Si lo único que hace es defender a los toreros, y a sus intereses!

Día tras día, los socios del Casino van pasando revista a todo el arte de Cúchares, comenzando por los de ayer y acabando por los de hoy: el desaparecido *Lagartijo*, el *Gallo*, famoso por sus *espantás*, el temerario Reverte —el de «¡no te tires, Reverte!»—, o don Luis Mazzantini, aquel medio italiano que decía que para ser alguien en España hay que ser tenor del Real o matador de toros.

Por mayo don Manuel lleva a sus hijas a Córdoba para pasear por la feria. O por las ferias, porque hay dos: la de casetas y la de ganado, que asienta sus reales en la otra orilla del *Guadalquivir* y que se parece bastante a la que cantaba José María Pemán: una «*fantasía/ de comprar y vender y mercar/ entre risas, fiestas, coplas y alegría,/ juntando a la par/ negocio y poesía*».

Negocio, lo que se dice negocio, no se hace mucho, porque Córdoba atraviesa una profunda crisis económica; pero el espectáculo está asegurado:

*Y hay un viejo negro, cenceño y enjuto,
que vende globitos:
y el que a dos reales retrata al minuto,
y el que ofrece flores, y el que vende pitos,
y el gitano viejo que olímpicamente,
tratando sus burros, charla, llora y miente
con el gesto grave de un emperador*⁸.

Tras pasear por la feria de las casetas, ven el desfile de los caballistas, cantan y tocan las palmas. Se escuchan fandangos de Lucena, mudanzas de Cabra, o peteneras de Palma del Río. Luego don Manuel se va de compras con sus hijas por los callejones cubiertos de toldillos de esta ciudad en la que aún se escucha el recrujir de las calesas y la voz de algún nostálgico que canturrea por lo bajo:

*Para matar con gracia
y con punto fijo
era Rafael Molina,
Molina,
¡El Lagartijo!*

1911. No hay quince años feos

«En 1911 mi tía María Ignacia cumplió los quince años —sigue contando doña Pepita—. Dicen que no hay quince años feos, pero es que ella era guapa de verdad. Sin embargo nunca dio que hablar en este pueblo, que es, en eso, pues mire usted... como todos los pueblos.

En ese particular la ayudó mucho doña Matilde con sus consejos. Y tuvo muy buenas amistades. Qué importante es eso. ¡Cuántas cosas escribió mi tía María Ignacia sobre las buenas amistades en su Cuaderno!⁹

En aquel tiempo muchas de sus amigas se conformaban con ir a la Misa del domingo, y gracias. Era lo que se llevaba. Y si hacías otra cosa, te criticaban. Pero ella comenzó a tomarse en serio la fe desde pequeña, sin hacer caso a crítica ni habladurías, sin importarle ni Sevilla ni el Guadalquivir, como decimos aquí. Ya de jovencita era muy independiente y con mucha personalidad. No se dejaba influenciar fácilmente. Porque aquí sucede como en todas partes, que en cuanto vas a Misa ya te están criticando y diciendo que si tal y que si cual.

Y precisamente en 1911, cuando mi tía María Ignacia cumplió quince años, vino el Padre Francisco de misión a Hornachuelos. El padre Francisco era un capuchino que nos hizo mucho bien a todos: a las gentes del pueblo, a mis tías, a mis abuelos... Yo le conocí de pequeña. Era un hombre alto, fuertote, con buen humor y con aquellas barbas largas que llevaban entonces».

Fray Francisco María de San Sebastián era en 1911 un sacerdote de treinta años¹⁰ que ejercía su ministerio confesando y predicando misiones por varios pueblos de Andalucía. Tenía buena amistad con don Fernando Laguna, el pá-

rrero de Hornachuelos¹¹, y según cuentan los que le conocieron, era un hombre muy querido «por su celo y su carácter bondadoso y caritativo»¹². Tenía tres grandes pasiones: el sacramento de la Confesión, el amor a la Eucaristía y la devoción al Corazón Agonizante de Jesús.

Esta devoción era fruto de su intenso celo sacerdotal. Dedicaba muchas horas de su jornada a confesar y sufría al ver cuántas personas morían alejadas de Dios porque nadie rezaba por ellas. ¡Cuántas conversiones habría —pensaba— si hubiese cristianos que pidieran al Señor por esas almas!

Esa inquietud espiritual le llevó a fundar en Sevilla una asociación piadosa¹³ para promover la devoción a la Agonía de Jesús¹⁴, y a dirigir *La Campanilla*, una publicación popular que María Ignacia leyó desde sus comienzos.

En las páginas de *La Campanilla* el capuchino escribía artículos y comentarios espirituales tan fogosos y ardientes como su carácter. Un botón de muestra:

Dichosos mil veces de nosotros si aparejamos a Jesús una buena morada en el fondo de nuestro corazón. Entonces Jesús se quedará a cenar con nosotros y celebrará su Pascua en el Cenáculo de nuestro corazón y llenará de vida inmortal nuestras almas. Y por fin, comprenderemos, muy a las claras, cómo una sola Comunión bien hecha, basta para canonizar a un alma, para elevarla al más alto grado de perfección¹⁵.

Según diversos testimonios, María Ignacia comenzó a dirigirse con Fray Francisco desde este año, 1911¹⁶. Fue el comienzo de una dirección espiritual que duró hasta 1929, en los que su piedad fue cobrando solidez doctrinal, junto un profundo amor a la Iglesia. Fray Francisco la ayudó a vivir una intensa vida cristiana y le transmitió la devoción a Cristo agonizante.

Mayo de 1912. Un retrato para la *posteridad*

1912. No suceden en Hornachuelos demasiados acontecimientos en esta segunda década del siglo. En las veladas familiares de los García y en las tertulias del casino ya no se habla de *Bombita* y de *Machaquito*, balanceándose en las mecedoras de mimbre o agolpándose alrededor de las fichas de dominó. Ahora le toca el turno a dos torerillos: *Joselito* y *Belmonte*.

Aunque no todo son toros, naturalmente. Algunas veces —pocas—, la actualidad internacional acapara la atención. Por ejemplo, un día llega una noticia increíble:

—¡Se ha hundido el *Titanic*!

Pero el interés vuelve a centrarse enseguida en sucesos más cercanos, como la comedia que acaban de estrenar los hermanos Quintero, o el último triunfo en Sevilla de Pastora Imperio, que se casó hace poco con El Gallo.

Son tiempos felices para María Ignacia, que escribirá años después en su Cuaderno:

¡Qué verdad es que en nuestra juventud todo lo vemos de color de rosa...!¹⁷

Los que la conocieron en estos años recuerdan uno de los rasgos de su personalidad: su gran afición a la lectura. Lee mucho, procurando completar su formación académica, que se reduce, como la de tantas jóvenes de su generación, a las clases de doña Matilde. Y se interesa por conocer buenas obras de espiritualidad.

Explica doña Pepita: «A veces la gente me habla de la buena formación espiritual que tenía mi tía María Ignacia, como si fuera fruto de una educación muy profunda en la fa-

milia o en la escuela... Y yo suelo decir que fue ella la que se preocupó desde joven por leer, por cultivarse, por meditar, por conocer a fondo su fe. Si no, hubiera sido una de tantas».

Es un tiempo de largos paseos con su prima Conchita¹⁸, de risas, bromas y fotografías, como aquella que se hizo junto a un grupo de amigas en mayo de 1912. En esa fotografía se adivina, bajo un aparente envaramiento, la *guasa* andaluza. Representa —porque es una *representación*— la ceremonia del *té de las cinco*. ¡Té, a las cinco de la tarde, en mayo, al aire libre y bajo el sol abrasador de Córdoba!

«Eso fue idea de doña Matilde, seguro —aventura doña Pepita—, que debió llamar a un fotógrafo para hacerse un *retrato fino*, como los que aparecían en el *Blanco y Negro*. Están todas endomingadas, con sus delantales bordados... Esta que está de pie es mi madre. Son doce; y es curioso, fíjese, las doce, por un lado o por otro, han acabado emparentando.

Cada vez que veo esta foto me parece que estoy escuchando a doña Matilde mandando y disponiendo porque, como maestra que era, le gustaba mandar. *Vosotras, Julia*¹⁹ y *Rosa*²⁰, os ponéis aquí, a mi derecha, de pie, sosteniendo las tazas... Y vosotras, *Carmen*²¹ y *Conchita*²², os sentáis en esa mecedora y os quedáis más quietas que una estatua...

Aparecen todas: la que sirve el té es Leandra²³. Angelita²⁴ es ésta del centro. Y ésta, Bernabela²⁵. María Ignacia es la que está de pie, detrás de Angelita, sosteniendo la taza en alto. Y doña Matilde, ésta de la derecha. Va tan elegante como siempre y están todas de punta en blanco. No era para menos. ¡Era un retrato para la *posteridad*!»

Externamente, María Ignacia es una más en este grupo de amigas que aguardan impávidas, conteniendo la risa, el *clic* y el fogonazo blanco del fotógrafo; pero sus escritos

muestran que ha emprendido, en la intimidad de su alma, a los dieciséis años, un camino de recia y profunda vida cristiana. Un camino de santidad.

Para alcanzar esa santidad pone los medios que le aconsejan: oración y penitencia. Se mortifica con sentido cristiano, sin que nadie lo advierta, siguiendo las enseñanzas evangélicas: «perfuma tu cabeza y lava tu cara»²⁶.

Esta búsqueda de Cristo la lleva a una madurez inusitada para su edad, que se refleja en sus escritos. Años más tarde revelará algunas etapas del proceso interior de búsqueda de Cristo durante estos años, utilizando la tercera persona para referirse a sí misma:

Un alma, animada de grande amor de Dios, sedienta de purificarse los pecados de su vida pasada, emprendió el camino de íntima unión con Él.

—Este alma, en su locura de amor, escogió el más áspero que imaginarse puede. Las mayores mortificaciones eran su más sabroso manjar. Su abandono a la Divina voluntad llegó a tales términos que, sin el menor esfuerzo ni violencia, se inclinaba —o mejor dicho, se doblegaba— a todo cuanto de esta Divina voluntad creía escuchar²⁷.

Mayo de 1915. La visita del Obispo

Prosigue doña Pepita: «He dicho antes que mi abuelo Manuel, el padre de María Ignacia, no era un hombre de fe, y es verdad. Eso hacía sufrir a sus hijas y seguramente mi tía rezaba por él.

Pero mi abuelo Manuel era un hombre bueno, con respeto hacia la Religión. Y con inquietudes espirituales, como luego contaré.

Por ejemplo, no tenía reparo alguno, al igual que mi tío abuelo Antonio, en dejar su casa al obispo, o a Fray Francisco cuando venía de misión al pueblo. Hay una habitación en esta casa que se sigue llamando así: el cuarto del obispo».

Uno de los obispos a los que se refiere doña Pepita fue Mons. Ramón Guillaumet y Coma, que hizo una visita pastoral al pueblo el 16 de mayo de 1915. Llegó a Hornachuelos desde el vecino pueblo de Palma del Río. Se le recibió con grandes honores, aunque haya que situar en sus justas proporciones la entusiasta descripción que hizo de la visita el cronista eclesiástico:

A la subida del pueblo esperan los niños y niñas de las escuelas con sus banderas. Le reciben el cura Sr. Laguna, el Alcalde, Juez, Ayuntamiento, Hijas de María, asociaciones de señoras y caballeros. En la plaza de la Iglesia se despiden los señores de Palma.

Con las solemnidades de rúbrica entra S.E. en el templo, dirigiendo la palabra a los fieles que llenan la iglesia. Visita el Sagrario y baptisterio. Acompañado de las autoridades y del pueblo en masa, con vivas ensordecedores, llega a casa de don Antonio García Durán, donde tiene preparado S. E. su alojamiento.

Lunes 17. —Celebra Misa de Comunión general, en la que toman parte los niños y las niñas de los colegios, las Hijas de María, llegando el número de comuniones a 165²⁸.

Fue un día ajetreado. Tras las confirmaciones vinieron los agasajos con dulces y vino; luego, se acercó hasta las escuelas y al *hermoso y bien acondicionado cementerio*. Por la noche, nuevos agasajos en casa de los García Durán. Al día siguiente, hubo otra tanda de confirmaciones y encuentros, antes de que el Prelado partiese, como relata el cronista, *a las dos y tres minutos*²⁹.

Cuatro horas después, *a las seis y cinco minutos*, la comitiva llegó en coche a la finca de Santa María.

Sin pretenderlo quizá, el minucioso cronista pone de manifiesto en su crónica la dificultad que presentaba la atención pastoral de aquellas serranías. Al llegar al Cerro de los Rayos, el Prelado no tuvo más remedio que bajarse del auto y subirse a una mula para proseguir el camino.

Dos horas después, exactamente *a las ocho y diez minutos se apean de las caballerías, siendo recibidos al poco rato por el Cura ecónomo señor Astiz, que le recibe con la Cruz y ciriales y capa pluvial. Las cañadas inmediatas retumban con el trueno de los muchos cohetes (...). La calle está iluminada con candiles*

Abandonado y solo

Durante esos años María Ignacia tiene noticia de una iniciativa apostólica³⁰ que ha promovido don Manuel González García³¹, el nuevo obispo auxiliar de Málaga. Es el famoso *Arcipreste de Huelva*, que había escrito:

*¡El Santísimo Sacramento!
Abandonado y pobre le he llamado; ¡que no se alarma
vuestra piedad!: voy a explicarme.*

Abandonado, digo; y vais a ver hasta qué punto y en qué medida.

Hay pueblos, no creáis que allá entre los salvajes, hay pueblos ¡en España! en los que se pasan semanas y meses sin que se abra el Sagrario, y otros en los que no comulga nadie, ni nadie visita el Santísimo Sacramento; y en muchísimos si se abre, es para que comulgue alguna viejecita del tiempo antiguo.

En esos pueblos, muchos de sus habitantes ni saben ya que hay Sagrario, ni qué es comulgar, y llegan al fin de su vida sin haber hecho la primera Comunión. Si a esos desgraciados les preguntaseis por la casa de Jesucristo en aquel pueblo, no sabrían qué responderos.

¡Abandonado! y ¿qué mayor abandono que estar solo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana?

En Hornachuelos don Fernando se preocupa por la dignidad del culto, y no se da, ni mucho menos, la triste situación que pintaba don Manuel:

Una lámpara mugrienta, muchas veces dos velas empolvadas, de no servir, una reja de goznes enmohecidos, de no girar, y alguna que otra telaraña, he aquí todo el acompañamiento de Jesucristo Sacramentado. ¿Conocéis a algún pobre, algún abandonado en situación más triste...?

Busco con quién compararlo y la única situación que encuentro que pueda compararse con ésta es en la que se vio el mismo Jesucristo en el Calvario.

La iglesia de Hornachuelos es hermosa, digna, limpia. El Sagrario también. Pero también en este pueblo son pocas las personas que se acercan habitualmente a la Eucaristía. La cifra de 165, durante la visita del Obispo, no era un cifra frecuente, ni mucho menos.

Se crea en el pueblo «la Obra de las Tres Marías», con el deseo de que haya mujeres que acompañen a Jesús Sacramentado. María Ignacia participa con intensidad en esta iniciativa, y aunque es la más joven de la Asociación, como recuerda su hermana Braulia³², propaga su amor a la Eucaristía «entre los chiquillos y entre las personas de edad».

Es, recalca Braulia, «increíblemente apostólica», y sabe poner en juego su simpatía, que es mucha, junto con su frescura natural, de la que no anda escasa.

—¡Hola, María Ignacia!

—Hablando del Rey de Roma... ¡que te quería yo comentar un asunto que te interesa muchísimo!

—¿Sí? A ver, a ver, cuéntame...

El afán apostólico —uno de los rasgos más acusados del perfil espiritual de María Ignacia— no es fruto de un entusiasmo pasajero. Sus escritos muestran como en ella los sentimientos se entrelazan con la reflexión de forma equilibrada y armónica, como las coronas de jazmines de Arabia, las *ensartas*, que se subastan en Hornachuelos en las primeras noches de agosto.

—¡Buenos días, doña Rafaela!

—Qué alegría, niña. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues nada, que pasaba por la calle y me he dicho: ¡voy a saludar a mi amiga doña Rafaela! Y de paso... la invito para que venga esta tarde, que tenemos...

Además de su oración, María Ignacia emplea los resortes de su ingenio y de su buen humor para que sus amigas se acerquen a la Eucaristía. Está convencida de que «una sola cosa hay que hacer en la noche tan fugaz de esta vida: amar a Jesús con todas las fuerzas de nuestro corazón y salvarle almas para que sea amado»³³.

1916. Tres hermanas: Benilde, María Ignacia, Braulia

«Las tres hermanas, Benilde, María Ignacia y Braulia, se llevaban muy bien entre sí —continúa relatando doña Pepita—, estaban muy unidas y coincidían en muchas cosas, a pesar del diferente modo de ser de cada una.

Por ejemplo, Benilde, mi madre, era más bien callada, discreta, bastante tímida...

Mi tía Braulia, todo lo contrario: alegre, activa, dicharachera. Le gustaba hablar... ¡y hablaba! ¡Ay, cuando tomaba la hebra! Era imparable. La recuerdo cantando por el jardín *Flor de té, flor de teeé*... Además, era muy habilidosa y se daba mucha maña para las labores.

¿Y María Ignacia? Pues yo la definiría como una mujer de carácter. Segura, abierta, decidida, simpática... Era emprendedora y de una manera de ser muy ordenada, muy equilibrada. Vestía con sencillez y con elegancia. Iba a una modista de Palma del Río, Belén Morales, y tenía buen gusto: el buen gusto de entonces, se entiende. Además, había uno que la pretendía... pero ya hablaremos de eso.

Y en 1916, cuando estaban las tres en la flor de la vida... mi madre tenía entonces veintitrés años; María Ignacia, veinte; y Braulia, quince... comenzaron las desgracias.

La primera fue la muerte de mi abuelo Manuel por una enfermedad de hígado. Todos se quedaron muy sorprendidos, porque cuando entró en la agonía, sin que nadie lo esperase, comenzó a rezar:

*Alma de Cristo, santifícame;
Cuerpo de Cristo, sálvame;
Sangre de Cristo, embriágame...*

Y empezó a pedir con todas sus fuerzas:

*En la hora de mi muerte, llámame!
y mándame ir a Ti...*

Cuando pienso en la devoción tan grande de mi tía María Ignacia por la Agonía del Señor... Es como si Dios le hubiese querido conceder esa gracia tan especial en la persona de su padre, ¿verdad?

Su padre —mi abuelo— había vendido la finca poco antes de morir, y la había repartido entre todos los hijos. Habían quedado, en lo económico, bastante bien; pero un pariente se hizo cargo del patrimonio de la familia y comenzó a llevarlo todo con mucho desorden. Invertió las acciones en una empresa; la empresa acabó quebrando y lo perdieron todo.

Se encontraron en la ruina de la noche a la mañana.

Esto se dice pronto, pero hay que haberlo sufrido para comprenderlo. Mi abuela, viuda, con tres hijas jóvenes y dos hijos pequeños... Fue una buena prueba para las tres hermanas, porque a ellas no les había faltado nunca de nada, y empezaron a saber lo que es pasar humillaciones y no tener de qué vivir.

Y luego estaban las deudas. María Ignacia tuvo que ir muchas veces a Córdoba para ir pagándolas, poco a poco, a

medida que iban cobrando las rentas. Lo pasó muy mal. De pronto la vida le cambió de color. Del rosa *pasó al rojo plovero*, como escribió ella³⁴.

Pero supo llevar aquella situación tan difícil sin hacer una tragedia, sin hablar mal de nadie, sin rencores, sin que le diera un *patofoliché*, como decimos aquí».

Serenidad

Doña Pepita me invita a dar una vuelta por el pueblo. En la misma calle de la Palma, un poco más abajo, viven las hermanas Santisteban, Conchita y Elena, amigas de María Ignacia. Tras las presentaciones, salen a escena los mazapanes —estamos en Navidad— y comienzan a evocar aquellos años, tan difíciles para ella.

«Supo perdonar de todo corazón —comenta doña Conchita— a las personas que debían haber ayudado a su familia tras la quiebra. Yo la acompañé, por casualidad, el día que fue para cobrar el arriendo de la finca a casa de un señor, que le dijo que un pariente suyo había vendido la finca sin su conocimiento, ni el de su madre y sus hermanas... Se llevó un gran disgusto, pero no habló mal de nadie.

Una Nochebuena me pidió que le llevara unos mazapanes de regalo a unos parientes. Fue un detalle de gran generosidad y cariño por su parte, porque estaban pasando una situación económica muy difícil y esas personas no se portaban bien con ellas.

—Les llevas estos mazapanes a su casa —me dijo— y les felicitas las Pascuas.

Y añadió sonriendo:

—Si te dan algo para ti, les dices que sí, ¡eh! Y te lo quedas. Pero no me dieron nada».

La vida le estaba mostrando a María Ignacia su filo más hiriente y amargo. Podía haberse abatido, pero «no era nada propensa al melodrama», como me comenta doña Pepita, mientras nos despedimos de las hermanas Santisteban y regresamos a su casa, dando una vuelta por la Plaza del Ayuntamiento, adornada ya para las fiestas.

La respuesta de María Ignacia podía haber sido el rencor, el resentimiento o el despecho; pero fue «la misericordia, el amor que perdona»³⁵.

Tuvo que hacerse violencia. No es fácil perdonar en determinadas situaciones. Pero luchó para no dejarse arrastrar por el despecho. Y aconsejaba en sus escritos:

Seamos fuertes en los momentos en que hasta nuestra misma naturaleza se rebela contra nosotros. —¡De qué paz disfrutamos cuando esto hacemos! Cual la tranquilizadora bonanza que siempre experimentamos después de una fuerte tormenta, así nuestro espíritu se goza en Dios nuestro Señor después de las fuertes y borrascosas luchas sostenidas contra nuestra humana naturaleza³⁶.

La experiencia del dolor —la ingratitud, la incompreensión, la enfermedad o la pobreza— lleva a algunas personas al abatimiento; a otras, a una furiosa rebelión contra ese Dios que les hace participar de su corona de espinas.

María Ignacia supo descubrir el amor de Dios precisamente ahí: entre las espinas.

Yo te buscaba entre las rosas, Jesús adorado, mas las rosas callaban; pero me condujiste por medio de acerbas espinas, y escuché tu dulce voz que me decía: «Aquí estoy, hijita mía; no olvides nunca que mi verdadero amante es el que vive en este mundo rodeado de dolor y por encima de él, sabe permanecer en mi amor». Desde entonces fui feliz³⁷.

Aquel año de 1916 supuso un hito en su vida. Evocando este periodo, escribió poco después:

¡Qué verdad es que en nuestra juventud todo lo vemos de color de rosa...! Más tarde, a través de los años, es cuando se ve todo tal y como en realidad es.

—Sin embargo... yo os certifico que existe un medio por el cual (...) siempre podemos seguir viéndolo todo de ese delicado color, aunque cuanto se nos presente en nuestra vida sea rojo plomizo, o negro. El amor a Dios nuestro Señor; el cual lleva siempre tras de sí una conciencia serena y tranquila.

Estad seguras que no os equivocareis ni arrepentiréis jamás³⁸.

1917. La rama del romero

María Ignacia se lo había visto hacer a su madre muchas veces. Iban de paseo por el campo y doña María se agachaba

con gesto rápido para cortar una rama de romero, porque, como dice el refrán,

*El que pasa por un romero
y no corta de él
ni ha tenido amores
ni los va a tener...*

¿Y ella...? En 1917 cumplió veintiún años. Era una joven atractiva y de buena posición, con una serena belleza andaluza. ¿Es que no había ninguno en Hornachuelos que pujara por darle una *ensarta* de diamelas en una noche de agosto, como a sus amigas,?

Mientras entramos de nuevo en su casa, doña Pepita me explica, bajando el tono de voz, aunque hayan transcurrido ya más de tres cuartos de siglo:

«Sí; había uno que la pretendía. Se llamaba Antonio. Antonio Moya Hidalgo, concretamente, que vivía aquí mismo, en esa casa que está por bajo de la nuestra, casi pared con pared. Era comerciante y muy buena persona: honrado, trabajador, formal. Al ver a María Ignacia, con aquella finura, con aquella simpatía, pues... el hombre se debió hacer ilusiones. Es natural.

Pero todo se quedó en eso: en puras ilusiones, porque ella no le hizo ningún caso. Ni poco ni mucho: ¡ninguno! Ni una conversación tras la reja, ni... ¡Nada! Antonio le debió enviar un mensaje, escrito en un billetecito, como se estilaba entonces, por medio de una amiga, diciéndole algo así: *Distinguida María Ignacia: tendría mucho gusto en que pudiéramos hablar, si se presentara una oportunidad...* Pero ella no le concedió ni siquiera esa *oportunidad*. Ni a él ni a nadie. Nunca dio el mínimo pie³⁹.

Se ve que ya se había decidido por Dios».

Desde pequeña —escribió María Ignacia— me decía mi corazón que a mi cariño no era posible correspondiera ninguna persona limitada... ¡misterio sublime! Mi alma había sido creada para amar exclusivamente a un infinito Amor⁴⁰.

Lo inesperado

1919 - 1920

*Marinero que la gúta
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar...*

1919. Braulia, enferma

«En 1919 —prosigue contando doña Pepita— Braulia se fue a vivir a Córdoba para estudiar Magisterio en la Normal. Había cumplido los dieciocho años y ya empezaba a ser costumbre que las mujeres hicieran carrera. Las tres hermanas estaban muy ilusionadas y hacían planes para cuando Braulia se colocase. Se comprende, las pobres, en la situación económica en que se encontraban...

Pero poco después Braulia se puso enferma de tuberculosis. Se contagió, posiblemente, de la hija de la dueña de la pensión donde vivía, que estaba tuberculosa y no se lo había dicho.

¡Tuberculosis! Ahora la tuberculosis se cura, pero entonces... Entonces era algo terrible. Nadie quería acercarse a un tuberculoso. Se les consideraba como una especie de apestados, como un peligro público casi. Y cuando se morían, había veces que las amistades ni siquiera iban al duelo, por miedo. Y se tiraba, o se quemaba, todo lo que habían tocado: las cartas, los libros, las sábanas, los cubiertos, ¡todo!

Fue un golpe tremendo, para mi abuela y para toda la familia. Empezaron a visitar médicos, que recomendaban «curas de aire» o que se fuera a un sanatorio¹.

¡Un sanatorio! Eso significaba un dinero que ellas no tenían».

Doña Pepita se queda en silencio. Momentos después, continúa:

«¡Pero no todo fueron dolores y penas en aquel tiempo! Por ejemplo, en aquellas mismas fechas, en 1920, se casó mi madre. Tenía veintisiete años. Mi padre se llamaba José Herrera y era médico, como he dicho antes.

Se casaron aquí, en esta misma casa, en una habitación que hay al fondo, que luego le enseñaré. Ese cuarto era entonces un oratorio privado. Los padrinos fueron mi tito Antonio y mi tita María Ignacia.

Nosotros fuimos seis hermanos, pero se murieron dos. La mayor soy yo; luego nació mi hermana Benilde; más tarde, mi hermana María —que siempre le tuvo un cariño especial a la tita María Ignacia—; y el último, mi hermano José.

Y... ya no recuerdo más cosas de ese tiempo, salvo que ese año en que se casaron mis padres se murió don Fernando, el cura; y vino al pueblo un cura nuevo, que se llamaba don Lorenzo. A ése sí que le conocí».

Don Lorenzo Pérez Porras² era, cuando llegó a Hornachuelos el 1 de marzo de 1920, un sacerdote de cincuenta años, de frente despejada y mirada bondadosa, que había regentado hasta entonces una parroquia en Puente Genil.

«Don Lorenzo —concluye doña Pepita— ayudó a la familia a llevar cristianamente aquella situación tan dura, que se había complicado con la enfermedad de Braulia. Era muy

buen sacerdote y trabajó mucho por el pueblo. ¡Quién iba a decir lo que le esperaba!»³.

Toda una dama

Suena el timbre. Esta mañana de Navidad es día de visitas. Son las hermanas Santisteban con otra amiga de María Ignacia, Anita Cárdenas. Hay un trasiego de mecedoras en la sala de estar y surgen nuevos recuerdos de infancia y de juventud; esos recuerdos que se quedan grabados, de modo indeleble, en el alma.

«Yo tengo una imagen muy clara de María Ignacia —cuenta Conchita Santisteban—. Me parece que la estoy viendo en esta casa, escribiendo a máquina, en una de esas máquinas negras que se usaban antes, de teclas muy altas, antes de irse a trabajar a Priego. «Es que tengo que mejorar el número de pulsaciones» —me decía.

—¿Qué hizo en Priego?

—Así, en concreto, no lo sé. Me parece que estuvo trabajando con una señora que ayudaba a las muchachas a labrarse un porvenir... Lo que recuerdo perfectamente es la alegría que teníamos cada vez que venía. ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí María Ignacia!

Acudíamos enseguida a verla, porque tenía una alegría, un encanto y un... no sé cómo explicarlo: una personalidad muy atractiva».

La temporada que María Ignacia pasó en Priego, un pueblo señorial al sur de la provincia de Córdoba, constituye una de las etapas menos conocidas de su vida. Doña Pepita, lo mismo que las amigas de María Ignacia, recuerda pocos datos de esa época, salvo su alegría al verla regresar.

Esos meses en Priego parecen un breve paréntesis de calma cuando todo parecía arreglarse en la familia. Benilde estaba recién casada; Braulia se reponía de su enfermedad en Hornachuelos; las deudas eran menos acuciantes...

¿Qué hizo en Priego? Todo parece indicar que estuvo trabajando junto con doña Carmen Luque Matilla⁴, una señora de buena posición de aquella localidad, que ayudaba a los niños abandonados, a las jóvenes sin recursos y los ancianos sin hogar.

«Desde pequeña —contaba Miguel Forcada, pariente de doña Carmen— se gastaba todo lo que le daban en comprar objetos, mantas y alimentos para repartirlos entre los necesitados»⁵.

A grandes trazos, la historia de Carmen Luque se puede resumir así: en plena juventud, cuando murió su padre y heredó una fortuna con la que hubiera podido vivir desahogadamente durante el resto de su vida, decidió poner en marcha sus sueños de justicia y solidaridad, contando, fundamentalmente, con la ayuda de sus familiares⁶.

«Se entregó en silencio y con recato (bienes, amor, tiempo e ilusiones) a los demás» —recuerdan los que la conocieron. La retratan como una «mujer de carácter sólido y perseverante, austera y valiente. Toda una dama»⁷.

Uno de los niños abandonados que recogió y educó doña Carmen contaba que «se conmovía por la gente del pueblo que estábamos en la miseria y pasábamos tantas calamidades. Todo se lo gastó en nosotros. Una vez se enteró que había ocho niños pequeños, hermanos, en Madrid, que se habían quedado huérfanos y se los trajo a Priego»⁸.

Según los diversos testimonios, la iniciativa humanitaria de doña Carmen, en la que colaboraban varias señoras ami-

gas suyas,⁹ tenía rasgos de lo que hoy denominaríamos una Organización No Gubernamental de inspiración cristiana¹⁰. Muy posiblemente María Ignacia actualizó sus habilidades en mecanografía para trabajar en esa iniciativa y colaboró con doña Carmen en tareas de carácter administrativo, como la petición de ayudas a diversas entidades.

Pero, por mucho que los afanes caritativos de María Ignacia cuadren bien con los empeños de doña Carmen, su colaboración con ella y su trabajo en Priego permanece, por ahora, en el terreno de la hipótesis. Quizá estas líneas de su cuaderno sean una referencia fugaz a sus meses en ese pueblo cordobés:

Él bendice más la misericordia que el sacrificio.
—Veamos en la frente de los pobres escrito este nombre adorable: Jesús, y con todo el amor de nuestras almas, socorrámoslos sin vacilar¹¹.

CAPÍTULO IV

Felices años veinte

1920 - 1930

*...los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que van volando
al mástil vienen posar*

El descubrimiento

«¡Estaba siempre tan alegre!». Este comentario de Conchita Santisteban, en esta tertulia mañanera en su casa de Hornachuelos, es una síntesis biográfica de María Ignacia. Los que la trataron resaltan este rasgo: la alegría, el buen humor.

Esta alegría contrasta con las dificultades con las que se enfrentó durante aquellos años. No se conserva ningún escrito suyo en el que aluda a ese periodo de los años veinte, salvo alguna referencia indirecta, en la que usa la tercera persona para referirse a sí misma:

Pero... ¿sabéis lo que ocurrió? Que, aunque animada de muy buena voluntad, como los designios del Señor eran otros, [Dios] permitió [que esa alma] se diera cuenta [de] que la obra de su santificación iba torcida (este alma no consultaba con su confesor ni Director cuanto en ella ocurría) y que en breve, sería destruida¹.

Mientras eso sucedía en su alma —cuenta María Ignacia—, su cuerpo *enfermó gravemente*. Un día vomitó sangre y comprendió que estaba tuberculosa, igual que su hermana Braulia².

¿Dónde fue consciente María Ignacia de su enfermedad por primera vez? ¿En Hornachuelos? ¿En Priego? ¿Fue esa la razón por la que regresó de aquel pueblo? No se tienen más datos. «Debió ocurrir —afirma doña Pepita— a comienzos de los años veinte». En sus escritos María Ignacia se extiende a la hora de hablar de Dios, y pasa de largo sobre sus propias tribulaciones.

Sólo cuenta, en uno de sus poemas, lo que le dijo al Señor al darse cuenta de que estaba tuberculosa.

No llegó a perturbarme
ningún triste pensamiento.
¡Sólo poder disgustarte!³

María Ignacia sabía qué significaba aquel vómito de sangre. Era el anuncio de muchos sufrimientos y, casi con toda seguridad, de una muerte cercana.

Su primera reacción fue un acto de amor:

al ver la sangre que había
desde mi pecho arrojado
llena de amor te decía...
¡Jesús mío, cuánto te amo!⁴

Pensaba María Ignacia que, además de aceptar aquella enfermedad mortal con alegría, no debía pedir a Dios que la curase. Consideraba que de ese modo —y así lo puso por escrito en sus Cuadernos—, su unión con la Voluntad divina sería más intensa y plena.

Pero... ¿era eso realmente lo que Dios quería? Se lo comentó a su confesor, que le aconsejó que pidiera su curación al Señor.

Y así lo hizo, como comentaba en uno de sus poemas:

Te pedí luego salud/ Pues bien sabes me recreo/ en
esta preciosa Cruz. /Al quererme toda tuya,/ Jesús,
quisiste probar/ Si con alegría aceptaba/ tan terrible
enfermedad./ Aunque unidas tres en una/ De
esta enfermedad hubiera/ Por tu amor Jesús mi
vida/ ¡¡Cual rico licor bebiera!!⁵

¡Si te quedaras ahí!

Aunque unidas tres en una... ¿Es que no le costaba, a un carácter como el suyo, apasionado y vital, aquel desgarramiento repentino del mapa de su vida? Debieron hacerle esa pregunta sus parientes y amigas, porque estas líneas tuyas tienen sabor de respuesta:

No crean que cuanto he padecido en la tierra haya sido con insensibilidad; todo lo contrario.—No he visto corazón más sensible que el mío; tanto así que le llamo a veces, «niño mimado». —Pero el inmenso amor que le tengo a mi Amado Jesús ha remontado siempre por encima de mi corazón⁶.

Doña Pepita cuenta que «hay un recuerdo que me viene siempre a la mente. Yo tendría unos seis o siete años, y está-

bamos ahí, en la cocina, viendo como hervía la leche, cuando se llenó toda la cazuela de espuma. Entonces María Ignacia, haciendo como que hablaba con la leche, comenzó a decir con mucha gracia:

—¡Ay...! ¡Si te quedaras ahí!

En ese momento no supe qué quería decir, pero se me quedó muy grabado. Ahora sí que lo entiendo.

Hasta poco tiempo antes, ella estaba muy bien considerada. Vivía sin problemas; tenía todas las puertas abiertas... Eso era la espuma.

Y de un día para otro, se muere su padre; se quedan sin dinero y llenas de deudas; Braulia se pone enferma; y poco después, ella.

Toda aquella espuma se había convertido... en nada».

¿Dónde? ¿Cómo?

Surgen nuevos recuerdos sobre María Ignacia. La mayoría proceden de la tradición familiar: son anécdotas que doña Pepita ha oído muchas veces de labios de su madre o de sus tías. Por ejemplo, muchas mañanas, a primera hora, María Ignacia se levanta y hace un rato de meditación en el sosiego del antiguo granero de la casa⁷. Acude con frecuencia a la Confesión, comulga todos los días y acompaña a Jesús en la Eucaristía. De esto dejó constancia en sus escritos:

En mis visitas a mi Jesús Eucaristía le digo que para qué vivo, sino para Él... que a quien más lo ama, más se le perdona... que quiero escribir su

nombre en mis ojos, en mis oídos, en todos mis sentidos, en mi corazón.

¡Oh Jesús, Jesús mío, mi Jesús!, le repito. Yo quiero pensar en Ti por los que te olvidan... orar por los que no lo hacen... agradecer por los ingratos... pedir perdón por los que de ello no se acuerdan... ¡y amarte con delirio, con locura y con toda la intensidad con la que te ama el Espíritu Santo, por los que no te aman!...⁸

Una idea cobra cada vez más fuerza en el alma de María Ignacia: el afán de desagravio. Intuye que su vida tiene una razón profunda de ser: la expiación, la reparación por los pecados ajenos. Encuentra en la Eucaristía la fuerza interior que necesita y se llena de esperanza; no tanto de la esperanza de curarse, como de la esperanza de cumplir la Voluntad de Dios, de llegar a amarle algún día con todo el corazón.

Vislumbra en su oración que su enfermedad guarda un sentido último que aún desconoce. Algunas personas de su entorno califican esos acontecimientos de su vida como *un rosario de desgracias*; algo así como los disparos fallidos de los colorineros, esos cazadores furtivos que corren alocados por las sierras de Hornachuelos.

Para ella, por el contrario, estos padecimientos, más que desgracias, son gracias —misteriosas, eso sí— que Dios le va concediendo.

Por eso, en esta dura década de los años veinte, María Ignacia no se considera la víctima de un *sino* absurdo y cruel, como doña Leonor, la protagonista de la tragedia del Duque de Rivas. Esta enfermedad no es fruto de la fatalidad, sino

de la libertad del hombre y del querer de Dios. No es *la fuerza del sino*, sino la fuerza del Amor.

El espíritu de abandono y confianza

Según cuenta en sus escritos, un día cae en sus manos la «Historia de un alma» de Teresa de Lisieux.

La lectura de aquel libro cambió muchas de sus perspectivas espirituales. Descubrió el camino de infancia y el valor de *lo pequeño*. Años más tarde —hablando de sí misma en tercera persona, como de costumbre— comentó el gran bien que le había hecho ese relato autobiográfico. Su alma fue «atraída por el espíritu de abandono y confianza en la Divina Providencia (...), su transformación fue completa»⁹.

A comienzos de julio de 1927 llega un nuevo sacerdote a la parroquia de Hornachuelos, don Antonio Molina Ariza, como coadjutor de don Lorenzo¹⁰. Don Antonio tiene veintitrés años y es un hombre de aspecto simpático, alegre y cordial, un cura «recién sacado del horno», dicen los vecinos, porque acaba de ordenarse hace sólo tres semanas, el 11 de junio de 1927.

Mientras tanto, de forma paulatina y dolorosa, algunas amigas van distanciándose de María Ignacia. Pocas se atreven a visitarla. «Hasta los mismos que tenemos en este mundo por buenos amigos —reconoce en sus escritos, con pesar—, ¡cuántas hieles nos dan a beber!»¹¹.

Sin embargo, aunque humanamente se encuentre cada vez más sola, no hay en sus poemas ni un acento triste ni una nota amarga. Como afirma en uno de ellos, titulado

¡Siempre me quedarás Tú!, sabe que, suceda lo que suceda, siempre le quedará Dios, fuente de alegría.

Circunstancias fatales
Podrán también cercarme
Pero Tú, Vida mía,
Vendrás a consolarme.
Amigas muy queridas
Se apartarán de mí,
Pero... nada me importa
Mientras te tenga a Ti¹².

Navidades de 1929. La Ciencia del Amor

Los escritos de María Ignacia suelen ser consideraciones espirituales íntimas; confidencias amorosas dirigidas a Jesucristo, que requieren, para su comprensión, cierto conocimiento de la mentalidad de la época.

Su estilo es el habitual de muchas jóvenes de los años veinte. Utiliza las frases hechas, los giros y modismos propios del modernismo y del romanticismo del XIX. Hay en su prosa *jardines deliciosos, cortinajes finos y deliquios de amor*. Escribe al modo de *las jóvenes andaluzas* de su tiempo, lo que exige, por decirlo de alguna manera, *una lectura andaluza* de sus escritos.

Por ejemplo, cuando se lee: «*Ten siempre presente, hija mía...*»¹³ hay que darle a esa expresión el tono afectuoso de las gentes del Sur. No se trata de una reconvención, ni mucho menos de una sentencia.

Su prosa es tan libre y espontánea como su modo de ser. No adopta *pose* de escritora, ni se preocupa demasiado por el

estilo. Y salvo en raras ocasiones¹⁴, no cita a otros autores. Toma sus ejemplos de su infancia en el Añozal o de la vida cotidiana en Hornachuelos:

«Cuando se quiere siempre se acaba por poder».
¿Qué hace usted para mantener a tan numerosa familia?, preguntaban a una madre. Y ella contestó sonriendo: ¡Amar!! Cuando se ama, no se cuenta¹⁵.

Podría decirse que *reza por escrito*, sin intención de *hacer literatura*. Por esta razón hay que leer sus cuadernos, sus recuerdos y sus poemas como lo que son: expresión viva, a menudo fogosa y ardiente, de una profunda experiencia humana y cristiana; el testimonio genuino de un alma enamorada de Dios, a la que Dios va atrayendo hacia Sí por el camino por el que suele llevar a los que más ama: por el camino del dolor.

Un regalo de Navidad

El 26 de diciembre de 1929, María Ignacia hace a sus sobrinas Pepita, Benilde y María, un regalo de Navidad muy especial. Es un pequeño cuaderno, titulado *Pepitas de Oro*¹⁶, escrito de su puño y letra.

En sus páginas les transmite este mensaje esencial: a lo largo de su vida deben buscar, por encima de todo, sólo una ciencia: la ciencia del amor.

¡La ciencia del Amor! No quiero otra ciencia más que ésta... porque no me queda ningún deseo sino es el de amar a Jesús con locura. Cueste lo que

cueste, quiero ganar la palma; sino es por la sangre, sea por el Amor.

¿Deseas un medio para llegar a la perfección? No conozco más que uno: el Amor.

Jesús arde en deseos de entrar en nuestro corazón y estima nuestro amor por encima de todos los dones que le podamos ofrecer. Pues todos los dones, aún los más perfectos, nada son sin el amor

Aborda en este cuaderno, con hondura y sencillez, algunas cuestiones capitales de ese «conocimiento de lo divino, profundo, penetrante y abarcante, pero más intuitivo y conatural que reflexivo, propio de las almas santas»¹⁷.

Estas páginas tienen sabor de testamento, porque las escribe cuando sabe que va a marcharse de Hornachuelos muy posiblemente para no volver más.

¡Míralas, míralas!

Doña Pepita sigue evocando la historia de su tía María Ignacia. «Llegó un momento —cuenta— en que los médicos les dijeron a mis tías María Ignacia y Braulia, que había que internarlas en un Sanatorio.

Braulia había hecho gestiones para ir a un hospital que había en Madrid, el Hospital del Rey, que decían que era muy bueno; pero, precisamente por eso, estaba muy solicitado y era difícil conseguir plaza. Además, no sabían cómo pagarla.

Comenzaron a pedir ayuda a todas las personas que conocían: parientes, amigos...; y al fin les ayudó el famoso

*Bombita*¹⁸, un amigo de mi abuelo, que era un hombre muy generoso. Ese torero le costó a María Ignacia un año entero de estancia en un hospital¹⁹.

...Y en ese mismo año, 1930, se murió mi padre, y mi madre se quedó viuda con treinta siete años y cuatro niños pequeños.

¿Es como para desesperarse, verdad? Pero mi tía María Ignacia permanecía serena, confiando en Dios, y haciendo apostolado con todos, grandes y chicos».

«Sí; —asiente Elena Santisteban— yo era de su grupo de amigas, que era bastante grande, y como a todas, su amistad me hizo mucho bien. Nos ayudó a ser buenas cristianas en un tiempo cada vez más difícil.

Por ejemplo, ella iba a Misa todos los días. Eso no era nada frecuente, y con el paso del tiempo fue requiriendo cierta valentía, porque empezaron las dificultades... No era raro que te insultasen por la calle, porque había gentes, que entonces se llamaban *de ideas avanzadas*, muy contrarias a la religión.

A finales de los años veinte y a comienzos de los treinta, los ataques se quedaban en eso: en burlas y amenazas. Luego vino la persecución hacia todo lo cristiano... Recuerdo que había una mujer —Dios la haya perdonado, yo rezo por ella— que cuando nos veía dirigirnos hacia la iglesia, comenzaba a gritar:

—¡Míralas, míralas! ¡Como si no supiéramos todas que van a la iglesia!».

Sigue contando doña Elena que María Ignacia, secundando la iniciativa de don Manuel González, animaba a sus amigas a rezar los jueves junto al Sagrario.

«Era en el sitio —cuenta— donde han puesto ahora a la Patrona. No había bancas y cada vez que íbamos teníamos

que trasladar las sillas. Éramos pocas: como mucho, unas diez o quince amigas de 18 y 20 años»²⁰.

Conchita Santisteban añade que María Ignacia le explicó como dedicar cada día a la consideración de un misterio de la Fe o a una devoción concreta:

«—Mira, decía: el jueves es el día de la Eucaristía. Puedes hacer una visita al Santísimo... El viernes es el día de la muerte del Señor, y puedes meditar el Vía Crucis. Y el sábado, que es el día de la Santísima Virgen...»²¹.

«Era una de esas personas que nunca se olvidan —comenta Anita Cárdenas—²². Su mirada se me ha quedado en el fondo del alma, no sé por qué. Aunque, pensándolo, sí lo sé: por su sencillez, por su humildad, por su cariño, por su alegría; y en mi caso, porque... ¡me hizo tanto bien!

Éramos un grupo de amigas de varias edades, que hacíamos lo mismo que las jóvenes de nuestra época: estudiábamos, charlábamos, paseábamos y nos divertíamos en las fiestas de San Abundio. Y así, en la vida normal y corriente de este pueblo, fui acostumbrándome, junto a María Ignacia, a ir a Misa varios días entre semana, y a querer mucho a Jesús y a la Virgen²³.

María Ignacia iba a Misa todos los días, cosa que entonces, en Hornachuelos, no era frecuente. Se exponía, además, a que la insultaran por la calle. Eran tiempos muy malos.

Ella me animaba con su ejemplo y me fue contagiando su amor a la Eucaristía. La vi rezar muchas veces con los ojos fijos en el Sagrario. Ahora comprendo que allí estaba su fuerza: de allí nacía aquel deseo suyo de llevar a Cristo al mundo entero; aquel desvivirse por todos y aquel cariño que se le traslucía en la mirada.

¡Era tan cariñosa! La estoy viendo todavía por la calle de la Palma, sonriente, con aquel tipo tan bonito que tenía, ca-

minando derecha, erguida, esbelta, con el cinturón por debajo de la cintura, y aquellas faldas de colores alegres que llevábamos entonces... Tenía unos ojos muy vivos, verdes, de un verde oscuro, intenso, con un *algo* que atraía: transmitían alegría, comprensión, optimismo.

Son cosas difíciles de expresar. A pesar de que han pasado tantos años no he podido olvidar cómo miraba al Sagrario y cómo miraba a los demás. No hacía nada especial —¡era muy sencilla!—, pero su mirada, su sonrisa, te llegaba muy dentro. Era como si sólo con mirar, con sonreír, te hablara de Dios.

Eso no significa que se quedase *calladita*, ni mucho menos. Nunca tuvo miedo a hablar de Dios, ¡todo lo contrario! Era un terremoto. Además, era una mujer de carácter, que valía mucho: hablaba con gracia, con finura, con tacto, pero con pasión. Y procuró acercar a Dios a todos, especialmente a sus amigas y a las hermanas de sus amigas, que tendríamos, por aquel entonces, doce, catorce o quince añillos.

Nos gustaba estar con ella. Disfrutábamos mucho en su compañía, porque era muy divertida. Tenía el don de entusiasarnos. Era culta, ingeniosa, positiva, muy extrovertida, alegre, divertida... con mucho salero y con mucha gracia, como buena andaluza; y además, con una gracia especial para llevarnos a Dios.

A las más pequeñas nos trataba conforme a nuestra edad. Por ejemplo, por las Navidades hacía un belén y dejaba todas las luces apagadas. Nos tenía en vilo hasta la medianoche del 24; entonces encendía las luces, y entre villancicos y panderetas —recuerdo que cuando estuvo trabajando en Priego me trajo una pandereta de regalo—, en un clima de alegría, nos iba contando la historia de Jesús.

Tenía un alma grande. Vibraba con toda la Iglesia. Me hablaba de los niños de la China, de Africa, del Japón...

—Hay que rezar mucho —me decía— por esos niños que no conocen a Dios y están sin bautizar...

Y me animaba a enviar algún donativo. ¿Qué daría yo? Tres o cuatro realillos, como mucho... Pero de ese modo —ahora me doy cuenta— me fue enseñando a ser generosa y a *ensanchar* el corazón.

Estas cosas pueden parecer insignificantes, pero no lo son: hizo una siembra cristiana intensa, formidable, entre la juventud de este pueblo. Una siembra de amor a la Iglesia, a los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia, de amor a la Eucaristía... Una siembra profunda, porque yo, desde entonces, he venido rezando por esos niños sin bautizar»²⁴.

CAPÍTULO V
Valdelasierra

1930

—*Galera, la mi galera,
Dios te me guarde del mal...*

Atardecer

«Me fue enseñando a ser generosa y a *ensanchar* el corazón». Sus amigas recuerdan cómo les fue contagiando sus sueños: llevar a Cristo a todas las gentes; a tantas naciones de Europa, de África, de América y Oriente; a la humanidad entera. En un breve escrito, que titula *Atardecer*, expresa su afán de mies, su deseo de llegar a miles de almas:

Es una hermosa tarde del mes de marzo, de esas que pregonan a grandes voces que la primavera se aproxima. El cielo está limpio de toda nube; la temperatura es muy agradable; el sol se despide de nosotros bañándonos con sus últimos rayos; los pajaritos elevan mi alma al Cielo con sus incesantes cantos a su Creador; el campanillo de la Capillita del pueblo llama una, dos, tres, muchas veces a todo el vecindario...

Los pajaritos, el sol, la campana...: lugares comunes de la literatura romántica. Pero María, en contra del fatalismo ro-

mántico, no desea morir. Acoge la muerte si Dios la quiere, que es algo distinto. Y aunque le cuesta, acepta la decisión de su familia, que, haciendo un considerable esfuerzo económico, ha determinado que vaya a un sanatorio de Madrid para reponerse.

No sabe qué le esperará allí, en un hospital de tuberculosos, lejos de su tierra. Su vida ha transcurrido siempre en este entorno de serranías, entre parientes y amigas, trabajando en las tareas de la casa, y disfrutando con la literatura y la escritura. En estas líneas de despedida le agradece a Dios haber podido gozar de tantas maravillas:

Yo, contemplando el hermoso panorama que se divisa desde la azotea de mi casa de este pintoresco pueblecito, alabo una y mil veces al Divino Hacedor, que tantas maravillas ha creado para servicio de nuestro cuerpo y en recreo de nuestros sentidos. Él haga que cuantas personas en el mismo existimos y existan en adelante no usemos de las cosas de esta vida solamente con miras humanas, sino que, sirviéndonos ante todo para levantar nuestro espíritu al trono del Señor, gocemos en esta vida de una gloria anticipada¹.

En la sierra de Madrid

Llegó a Madrid a comienzos de 1930. En otras circunstancias, una visita a la capital hubiera sido un acontecimiento gozoso: el Paseo del Prado, los tranvías, el Museo de Pinturas, los Altos del Hipódromo... Pero ahora, cuando

baja del tren en la estación de Atocha, enferma y débil, lo único que desea es llegar cuanto antes al Sanatorio de Valde-lasierra.

El Sanatorio está en el pueblo de Guadarrama, a 48 kilómetros al norte de la capital. Se dirige enseguida para allá, convencida de que este tiempo de espera será para ella «un prolongado tormento»².

Al llegar al pueblo le indican que el Sanatorio está a un kilómetro, a la derecha de un camino polvoriento. Al verlo, se queda desconcertada. En primer lugar, porque no parece un sanatorio. Al menos, un sanatorio tal como ella lo imaginaba, como un edificio de largos corredores con un ambiente entre sórdido y melancólico. Su nueva residencia, por el contrario, tiene el aspecto de un balneario veraniego. Los enfermos se alojan en varios chalets de dos plantas, junto a una espaciosa avenida de tierra, bordeada por castaños, fresnos, acacias y plátanos³.

No imaginaba tanta belleza en este lugar, que califica de «sitio muy delicioso». Contempla desde la avenida los «azules montes del ancho Guadarrama» que cantó Machado en sus versos. La Peña del Cuervo, el Montón de Trigo, los Siete Picos... Es un paisaje recio, de riscos y enseñadas, de bosques de pinos y farallones de piedra. ¡Y ella, que pensaba, como el poeta castellano, que se iba a encontrar con una triste «mansión de noche larga y fiebre lenta»!⁴

El Sanatorio era, según los folletos informativos, una «Residencia para enfermos de las Vías Respiratorias. Magnífica situación. 1500 metros de altura. Clima muy seco. Confort.»

¿Confort? El director del Sanatorio, Santiago Martínez Cereceda, hace lo que puede. Pero pronto comprueba María Ignacia que hay tanta buena voluntad como falta de medios;

y que aquí no existen, como pone por escrito, «adelantos de la ciencia». Cuando fallece un enfermo llaman a Rosa, una mujer del pueblo, que es la única que se atreve a trasladar los cadáveres de los tuberculosos. Rosa se los carga a la espalda y se los lleva por el camino, sorteando zanjas y charcos, desde el Sanatorio hasta la iglesia del Cementerio Viejo⁵.

«Morían muchos», recuerdan los vecinos del pueblo⁶. Esta cercanía con la muerte provoca una fuerte tensión interior en algunos enfermos. Cualquier contratiempo se convierte, para algunos, en una explosión de rabia. A otros esa cercanía les lleva al atolondramiento o a la tristeza.

María Ignacia procura consolar en lo que puede a las nuevas amistades que va haciendo. Por su parte, intuye en su alma su muerte cercana. Como le dice al Señor en su poema *A mi llegada al Guadarrama*⁷, no ha ido allí para recobrar la salud, sino para cumplir su *Santa voluntad*⁸.

Pero, ¿está buscando de verdad la voluntad de Dios? Concluye positivamente, tras examinar su alma, porque ve que todo lo que padece le produce alegría⁹.

Pruebas de amor

La causa principal de su gozo durante estos meses, cuenta, entre las montañas del Guadarrama es su trato con la Eucaristía¹⁰. El Sanatorio dispone de una pequeña capilla, donde puede acudir a cualquier hora para acompañar a Jesús Sacramentado¹¹.

Esto convierte al temido Sanatorio en «un sitio muy delicioso». «¡Cuánto amor me has demostrado!», exclama en su oración, deseando contagiar a todos ese amor¹².

Hace amistad con Pilar y Mercedes Archila de la Hoz, dos maestras jóvenes, «muy educadas, agradables, un poco tímidas», hijas de un catedrático del Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, que dejan pronto el Sanatorio. «La lesión era muy leve y enseguida se curaron»¹³.

En Valdelasierra está internado un sacerdote de 27 años, don Juan Martínez Montón¹⁴. Es un hombre de gran bondad, finura espiritual y preparación teológica. La estrecha convivencia entre los enfermos hace que pronto se conozcan algunos detalles de su biografía. Don Juan había ingresado muy joven en el Seminario de Cuenca; luego se trasladó a Roma, donde se había ordenado sacerdote pocos años antes. Había caído enfermo de tuberculosis y el obispo le había enviado a un pueblo de la serranía de Cuenca, para ver si mejoraba. Al agravarse su enfermedad, había tenido que trasladarse a este sanatorio¹⁵.

La dirección espiritual y los consejos de este sacerdote, enfermo como ella, ayudan mucho a María Ignacia, que agradece vivamente a Dios que lo haya puesto en su camino¹⁶. Gracias a su «diestra mano» y a los consejos que le da, escribe tiempo después, «aún más que mi enfermedad mi espíritu se alivió»¹⁷.

¿Podré olvidar mientras viva
Mi estancia en Valdelasierra?
No sé. ¿Hasta el día de hoy,
Recordarlo me consuela!¹⁸

CAPÍTULO VI

La intención

Junio 1930 - Abril 1932

*...Allí habló el conde Arnaldos
Bien oiréis lo que dirá.*

22 de julio de 1930

Regresa a Hornachuelos con mejor aspecto. «De mi mal muy aliviada», escribe en uno de sus poemas. Pero es un alivio pasajero. Pronto se ve obligada a regresar a Madrid «por agravarse mi mal». Y añade: «También mi hermana ha venido/ Enferma, en el mismo plan»¹.

Le han concedido por fin a Braulia la plaza que había solicitado en el Hospital del Rey; pero como ella se encuentra mejor y María Ignacia empeora a ojos vistas, la familia decide que sea María Ignacia la que ocupe esa plaza tan difícil de conseguir.

Braulia ingresa en otro Sanatorio de Madrid, el de Valdelatas.

María Ignacia viaja de nuevo a Madrid. Pregunta por el Hospital del Rey. No está exactamente en la capital, le dicen, sino en un descampado al norte de La Ventilla, a unos siete kilómetros de la Puerta del Sol. Para llegar hasta allí no hay otra solución que tomar *la Maquinilla*, un tren de vía estrecha.

Es un martes soleado de julio, sin nubes. Un día apacible y no excesivamente caluroso. Al subir en el tren, comprueba la razón del diminutivo: la Maquinilla no es más que un trenezuelo de tres al cuarto que avanza como puede hacia el extrarradio de la capital, entre empellones asmáticos, pitidos y humaredas.

La Maquinilla deja atrás los últimos edificios de Madrid. Se adentra luego por unos andurriales, entre viviendas desperdigadas, casas bajas y barrios de chabolas. Un poco más adelante se ve —y se huele— un gran basurero al que acuden los traperos con sus borricos cargados de desperdicios. Junto a la basura, en medio del estercolero, se levantan tinglados y casas de latas, en las que malviven algunas familias. Los niños juegan entre los desechos.

La Maquinilla la deja cerca del Hospital del Rey, que se alza en medio de este secarral árido y triste, como un buque imponente y solitario. Entra en el edificio. Es un conjunto espacioso y moderno, con grandes bloques cuadrangulares.

Rellena los papeles de admisión y logra ingresar. ¡Por fin!².

—Muy bien —le dicen al terminar los trámites burocráticos—. La enfermera la conducirá hasta su cama.

Sigue a la enfermera por los pabellones del hospital. En los dos primeros, le explica, están los enfermos de fiebres tifoideas, bronconeumonías, sarampión, escarlatina, erisipela... El cuarto pabellón es el de los niños³. El suyo es el tercero, el de los tuberculosos, palabra que incluso aquí se pronuncia con prevención.

Llegan al tercer pabellón. Suben al primer cuarto del segundo piso. Varias enfermas pasean por los corredores.

—Ésta es su sala —le dice la enfermera, que añade, señalándole la cuarta cama:

—Y ésta es su cama.

Este será, a partir de ahora, el marco de su nueva vida: una sala grande, de altas paredes vacías, con dos hileras de camas metálicas, sin espacio casi para moverse entre ellas. Entre cama y cama sólo cabe una silla. Las ventanas, bastante altas, están abiertas de par en par. Penden del techo unas bombillas solitarias. Huele a fármacos, a desinfectantes, a ropa lavada con lejía.

Las enfermas de la sala la reciben bien. Da gracias a Dios por encontrarse en este hospital moderno, con médicos de prestigio. Sabe que, a pesar del alto número de tuberculosos que hay en España, hasta hace pocos años el país no contaba con un hospital especializado como éste⁴, que funciona desde 1925⁵.

Sabe también que no hay un tratamiento claro para su enfermedad, salvo las lámparas de cuarzo (rayos ultravioleta) y las *curas de aire*. Por eso le dicen que al mediodía, después de la comida, haga el tiempo que haga, deberá salir al aire libre con el resto de las enfermas para reposar durante dos horas. Y por la misma razón, haga el tiempo que haga, las ventanas de la sala permanecerán abiertas...⁶.

El resto de las enfermas son mujeres de diversas edades: ancianas; madres de familia que han tenido que abandonar a sus hijos, o jóvenes que han visto truncada su vida de repente. En sus rostros abatidos se adivina el sufrimiento interior.

«En el hospital la llamaban familiarmente María»⁷, recuerda Braulia. Una joven enfermera, Josefina Andrés, al enterarse de que le gusta escribir, le pide que le dedique un poema. María Ignacia accede, aunque le advierte, al dárselo, que no es de lo mejor que ha salido de su pluma.

Este poema muestra las virtudes que María Ignacia valora especialmente. Alaba la abnegación de la enfermera; su solicitud por todos; su delicadeza y su cariño en el trato; su alegría durante las horas de guardia; y especialmente, el cumplimiento de sus obligaciones profesionales. Concluye con humor:

Y conste que con cariño
Le he dedicado estos versos.
Si como versos no valen,
¡Que valgan como recuerdo!⁸

Se va adaptando su nueva situación, y procura que las enfermas de la sala —once en total— se acerquen al Señor. Muchas de sus compañeras son buenas cristianas, aunque en el conjunto del hospital, haya, lógicamente, personas de muy diversa manera de pensar. El Hospital cuenta con los servicios de un buen capellán, y en uno de sus escritos María Ignacia elogia su celo apostólico y su personalidad: «Desde su entrada en este Hospital siempre me ha edificado». Y subraya: «¡Es tan bueno, tan caritativo, tan abnegado, tan humilde!»⁹.

Pasan los días. En la vida del Hospital se encuentra con el trato amable de las enfermeras y el afecto de sus nuevas amigas; pero también, con la grosería, la murmuración, el chisme y la burla. No se sorprende. Sabe que muchas de esas actitudes proceden de la ignorancia y procura no juzgar a nadie. No hay en sus escritos una sola palabra de condena o de crítica. Ama y comprende, incluso a las que insultan lo que más ama: «¡Pobres almas! —escribe—. ¡Qué idea más errónea tienen formada de nuestra hermosa Religión Cristiana...!»¹⁰.

No se aísla en un mundo interior, falsamente *místico*. No ha sido nunca una mujer *espiritualista*. Vive poco pendiente

de sí misma, atenta a los problemas concretos de las personas que la rodean, convencida de que su amor a Dios debe traducirse en actos de entrega a los demás. Como había escrito tiempo atrás, «fácil es decir a Dios *Té amo*, pero si esta palabra no va acompañada de la mortificación cristiana es vana y sin fundamento, porque el amor propio lo ocupa todo»¹¹.

Escribe muchas cartas: a su familia, a sus amigas y al director de *La Campanilla*, que está sorprendido por el modo sobrenatural con el que afronta su nueva situación. En estas cartas no se refiere a sus dolores, ni al frío continuo que sufre en las salas, ni al chirriar de las camas metálicas, ni a la ausencia total de intimidad, ni a las toses constantes de las otras enfermas, ni al defecto de ésta o a la manía de aquélla. María Ignacia aspira, como había escrito, a «dar, dar únicamente por dar, sin ocuparnos de la recompensa: porque la vida del amor consiste en *darse*, en vivir *entregado* a Dios y al prójimo sin mezquinos cálculos»¹².

¿*Dar* qué? La vida la ha ido despojando de todo. Lo único que tiene y que puede transmitir es su amor a Dios. Eso es lo que da, sin caer en el *victimismo*.

Pasa mucho tiempo, durante sus ratos de oración, contemplando en la intimidad de su alma el madero de la Cruz. Se une a la Pasión del Señor y a su Sacrificio de valor infinito que reparó las ofensas de todos los hombres, asociándose a su dolor redentor. Escribe, inspirándose en los autores espirituales que ha leído: «Miré a mi Salvador traspasado con los clavos, lo contemplé con amor y hallé que la mortificación *era Él*; el sufrimiento *era Él*; y entonces, obrándose en mí una transformación, todo me pareció divino»¹³.

El 15 de marzo escribe a F. Francisco, el director de *La Campanilla*, comentándole algunos aspectos de la vida cris-

tiana en el hospital. Le refiere, muy contenta, que todos los jueves, domingos y días de fiesta le traen la Comunión y que muchas enfermas de su sala comulgan con frecuencia.

Algunas de sus compañeras matan el tiempo, se evaden mentalmente y combaten la rutina de la vida hospitalaria hablando de mil cosas: de los que veranean en Santander, que es la ciudad de moda; de esas dos señoras que se han atrevido a tripular una avioneta en Getafe...

María Ignacia asume su situación con realismo y sentido sobrenatural. Mira la realidad de frente. Sabe lo que le espera. Ya conoce la dinámica interna del hospital: cuando una enferma se agrava, la trasladan de sala; más tarde se la llevan discretamente a una habitación pequeña; luego...

Pero, aunque acepte su situación, tiene que reprimir con energía algunas protestas lastimeras de lo que llama el «niño mimado» de su alma. «La santidad es fruto de actos enérgicos de amor», ha escrito. No puede evitar que de vez en cuando aflore esta pregunta en su corazón:

—¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

Luego, se abandona en las manos de Dios sin pedir respuesta. Tiene treinta y cuatro años. Lleva diez años enferma. Quizá muera sin saber el sentido último de lo que le sucede. No le importa.

Lo importante —piensa— no es saber, sino amar.

Don Lino y don José María

En las conversaciones del Hospital, durante las largas horas de reposo en las galerías, se habla con frecuencia del director, el famoso doctor Tapia, un hombre honrado y respetuoso,

cuyo nombre significa para muchos la última esperanza de curación. Sale a relucir también la figura de don Pedro Zarco, el jefe del tercer pabellón, tan querido por todos¹⁴, que se ha dedicado con todas sus fuerzas a la lucha contra la tuberculosis.

Luego están los cirujanos; las enfermeras; los del laboratorio y los practicantes. El hospital es un pequeño mundo: Victoriano, el portero; las monjas; el administrador; los sacerdotes...¹⁵. En uno de sus escritos evoca la primera vez que le hablaron de ellos, recién venida al hospital.

Sus compañeras le contaron que hacía poco tiempo dos sacerdotes de Madrid habían dado una misión para todos los enfermos y enfermas del Hospital del Rey. Uno se llamaba Lino Vea Murguía, y el otro, José María Somoano. Desde que se lo dijeron, María Ignacia deseaba conocerlos, hasta que

un día, por fin, vinieron a mi sala; y mientras D. Lino saludaba a las demás enfermas, D. José M.^a se paró junto a mi cama y, en unión de otra compañera que conmigo estaba, nos estuvo hablando.

José María Somoano les dijo que debían ver su enfermedad como un don, sin entristecerse porque Dios se la hubiera enviado.

—Mirad: dos niños están jugando en medio de la calle con un fango sucio y asqueroso, y a la vez que sus manitas, se están poniendo los vestidos hechos una lástima. Pasa en esto el padre de uno de ellos por allí; coge a su hijo, le azota, y le hace marchar al punto a su casa. Al otro, no le pone la mano encima, y le deja [que] continúe en el fango. ¡Claro! no es su hijo...

Pues igual ocurre en esto. Vosotras sois hijas predilectas de Jesús y si hoy las azota, es por lo mucho que las quiere.

Estas palabras la impresionaron, y a partir de entonces siempre que veía a don José María se acordaba del ejemplo de los dos niños de la calle. Esto explica su alegría cuando le dijeron que venía de capellán a la Enfermería del Hospital.

Me alegré en el alma y di gracias al Señor por el beneficio que nos concedía.

¡Cuántas veces, al acercarse a mi cama, me hablaba con el corazón en los labios, de la confianza tan absoluta que debemos tener en la bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor!

Yo le respondía que procuraba tenerla, pues precisamente era lo que más me llevaba a Él: la confianza. Y a pesar de esto, me seguía repitiendo:

—Pero esta confianza no olvide que tiene que ser absoluta, ¿sabe?¹⁶.

Lino Vea-Murguía¹⁷ y José María Somoano¹⁸, son, en este último trimestre de 1930, dos sacerdotes que rondan la treintena. Son amigos desde hace varios años, cuando coincidieron en las aulas del Seminario de Madrid. Don Lino es el único hijo varón de una familia de militares, muy acomodada, de la capital. José María Somoano es el mayor de los doce hijos de un abogado asturiano.

Los dos coinciden en su preocupación por los enfermos y en el celo sacerdotal. Y en la valentía: porque se necesita ser valiente y audaz para atender a los enfermos de un pabellón como éste, de enfermos infecciosos, aunque no se llame así.

Los dos saben a lo que se arriesgan cuando confiesan a estos enfermos con el oído pegado a la almohada.

Mayo de 1931

Pasan los meses. La vida en el Hospital prosigue su curso lento y monótono, mientras el país atraviesa horas cruciales de su historia. El 12 de abril de 1931 se celebran elecciones municipales en toda España. El rey entiende que los resultados constituyen una refutación a la monarquía, y decide exiliarse. Se proclama la República.

La actualidad política ocupa más que nunca las conversaciones de los enfermos del Hospital, que pasará a llamarse «Hospital Nacional de Enfermedades infecciosas». Se habla, se comenta y se discute acaloradamente dentro del marco rígido de un reglamento que los enfermos conocen bien. Todos los días, a las seis y media de la mañana, les despierta, inexorable, la voz de una enfermera:

—Buenos días. Buenos días. Váyanse despertando, que vamos a ponerles el termómetro...

Luego vienen las sesiones con lámpara de cuarzo. A las doce, la comida. Más tarde, un bullir de conversaciones durante el tiempo de reposo.

Durante ese tiempo suelen producirse algunas discusiones, casi siempre por cuestiones políticas. El 1 de mayo se producen alborotos en Madrid con motivo de la fiesta del trabajo. Los jornaleros piden en Sevilla el reconocimiento de la URSS y la abolición de la Ley de Orden público.

María Ignacia reza por esta confusa situación social, que sigue atentamente. Se acuerda de los suyos, que viven entre

Córdoba y Sevilla, en uno de los focos donde se producen más hechos de violencia.

En los días 11 y 12 de mayo tiene lugar en Madrid un suceso que hiere profundamente su alma. Se alzan sobre el cielo las humaredas de las iglesias incendiadas. Son días de gritos broncos y blasfemias, de burlas con los cálices y los objetos litúrgicos, de disturbios y tumultos. Han quemado la iglesia de los jesuitas, en la calle de la Flor; la de Santa Teresa; la de los carmelitas descalzos, en la plaza de España, que estaba recién construida...

La prensa va dando noticia, en los días siguientes, de las iglesias incendiadas: la de Bellas Vistas, la del Sagrado Corazón, la de San Agustín, la de Santo Domingo, y muchas otras que han ido ardiendo ante la pasividad de las autoridades¹⁹.

María Ignacia se pregunta qué puede hacer para reparar estas ofensas. ¿Cómo desagraviar esos actos de desamor? Con amor, concluye. Y eso es lo que se esfuerza por darle a Dios especialmente durante esos días: amor, con obras y en lo pequeño.

Estos sucesos la llevan a intensificar su afán por acercarse a sus amigos al Señor. Escribe en una de sus cartas que precisamente en ese mismo mes de mayo había ingresado en el hospital una joven de 18 años, alejada de Dios, aunque al poco de llegar comulgó.

Luego les dijo —refiere María Ignacia— que «ella no creía en nada. Y añadió que no intentáramos hablarle de ello, porque como estaba completamente convencida a nada daría oídos; antes por el contrario se lo diría a su padre, que le había encargado mucho le avisara si se la obligaba aquí a practicar la religión. Visto esto, y aconsejadas por personas

prudentes, determinamos callarnos, no sin añadir la oración continuada al silencio forzoso»²⁰.

9 de agosto de 1931. El Cuaderno

Pasan los días. Empeora de salud. Los dolores se vuelven insufribles. Hasta que los médicos dictaminan:

—Hay que operar.

Conoce por primera vez el mármol blanco de la mesa del quirófano, el olor del cloroformo y las penalidades del post-operatorio. Pero en sus escritos sólo hace una breve mención a estos sufrimientos, y de pasada: «Ya sé lo que es una operación de vientre».

El 9 de agosto decide ir anotando sus experiencias espirituales en un Cuaderno. No es un diario íntimo, ni nada parecido. No desea hablar de sí misma, sino de Dios, y de su amor a Dios. Escribe para rezar, para dialogar, para charlar con Jesucristo. Titula el primer escrito: *unos minutos de charla interior*.

Piensa que esas páginas le servirán para su trato con Dios. Hay momentos en su oración en los que comprende con especial claridad que debe ser plenamente *de Jesús*; pero luego, en la vida cotidiana, este pensamiento pierde vigor y la presencia de Dios se debilita. La hoguera de su amor corre el riesgo de convertirse en ceniza. La lectura de esas páginas la ayudará a mantener encendida esa hoguera.

Comienza su Cuaderno con esta dedicatoria:

—A Ti, Jesús mío, dedico cuanto en este cuaderno anote. —Bendícelo, y haz que todo sea para mayor gloria Tuya, y provecho de mi alma.

Sabe que su vida se acaba: «sólo me restan *unos días...*» y se plantea: «¿Procuro aprovechar este breve tiempo que Jesús con tanta misericordia me ha concedido para que *del todo* me dé a Él?»

Jesús me quiere toda suya... me regatea continuamente mi pobre amor... es a todo un Dios a quien le hago esperar... ¿Y no se me despedaza el corazón a la vista de tan horrenda ingratitud? —Con sólo pensar esto cada hora *siquiera un minuto...* ¿no me enmendaría?

—Luego entonces, ¿por qué no lo hago?

Continuamente siento en las puertas de mi mezquino corazón *fuertes aldabonazos* del Buen Jesús recordándome mis promesas...:

Examina la raíz de su falta de correspondencia. «Y yo, ¿cuándo voy a empezar? ¿Cuándo voy a convencerme plenamente de que fuera de Jesús no puedo hallar descanso alguno...?»

—¿Por qué no soy de Jesús, no de *palabras solamente*, sino de hechos? ¿Por qué?²¹

Una nueva operación

Los médicos no saben como atajar la tuberculosis peritoneal que se apodera lentamente de su cuerpo y se plantean una nueva intervención. Escribe en su Cuaderno:

Están estudiando mi caso y ya de un día a otro decidirán lo que me han de hacer. Ya sé lo que es una

operación de vientre y por lo tanto voy a dar gracias al Señor que tan espléndido es en enviarme beneficios a mí, que tan mal sé aprovecharme. Bendito sea mil y mil veces y Él haga se cumpla en mí su adorable y divina voluntad²².

Otra operación. Se dispone a soportar penalidades y sufrimientos, aunque está convencida de la inutilidad de esta nueva intervención quirúrgica. Sin embargo, desea curarse, desea vivir. En su actitud no hay fatalismo ni desesperación; precisamente porque espera en Dios, tiene la fortaleza suficiente para aceptar su propia debilidad. No ama el dolor por el dolor: lo acepta porque es un don de Dios. Esa operación será una ocasión más —piensa— para asociarse al dolor redentor de Cristo en la Cruz.

Cuando me operaron del vientre, fui a la sala de operaciones convencida de que no me curarían y así ha sido. Dice el doctor que me encuentra una corteza muy dura que me envuelve todo el vientre y además cree tengo adherencias. En fin, que a estas horas están sin saber a punto fijo qué van a combatir...

Mi confianza no está puesta en los hombres. Sé que sufro por Jesús y para Jesús. Amarle con locura, es mi única ambición en esta vida. Si Él dispone que yo no lo sepa mientras viva en la tierra, ¡no importa! Con que lo sepa Él me basta²³.

Mientras tanto, la prensa sigue dando noticias alarmantes de la situación del país. Continúan los disturbios en Andalucía. Desde el 21 al 28 de julio se desata una huelga

general revolucionaria en Sevilla. Se producen tantos incidentes que las autoridades declaran el estado de guerra en toda la provincia. En septiembre hay huelga general en Osuna. Más tarde, sucede lo mismo en Granada.

El hospital es un hervidero de murmullos y tensiones soterradas que amenazan con explotar. Especialmente por las noches, en las salas, las enfermas hablan de los maridos, de los hijos... A veces, en esos momentos de confidencia, algunas se derrumban y no pueden contener las lágrimas.

A María Ignacia también le fallan las fuerzas. Afortunadamente, José María Somoano, el joven capellán de la Enfermería, se desvela por llevar la comunión a todos los enfermos que lo desean. La Eucaristía la sostiene y la conforta. Le agradece a Dios el celo de don José María.

Su celo porque los enfermos no murieran sin recibir todos los sacramentos y amaran mucho a Jesús no tenía límites. Sabiendo que la fuente inagotable del amor de Dios Nuestro Señor es la Divina Eucaristía, nos la traía a sus enfermos siempre que podía; dos veces a la semana nunca nos faltaba, y en las grandes festividades de nuestra Santa Madre la Iglesia, procuraba siempre traérnosla.

La admira la abnegación constante de este joven sacerdote, pendiente de sus enfermos día y noche.

Había días que debido a que por la noche se había levantado dos o tres veces a auxiliar a sus enfermos, se pasaba las 48 horas sin descansar, pues el día lo tenía tan santamente ocupado que nada se reservaba para su descanso.

Pero, a pesar de todo cuanto sufría, cuando a sus enfermos visitaba, llevaba tal alegría en el semblante, procurando distraernos y animarnos a toda costa, apelando muchas veces a sus salidas de buen humor.

Se comprende que su corazón de padre no permitiría, por muy triturado que le tuviera, que llegáramos nunca a darnos cuenta de nada, no fuera a causarnos pena. A la vez que por el bien espiritual nuestro, no descuidaba el corporal, interesándose por cuanto nos ocurría, como una madre cariñosa lo hubiera hecho²⁴.

Aunque se encuentra cada vez más debilitada, continúa desarrollando un intenso apostolado entre sus amigas, y el 7 de octubre de 1931 le cuenta en una carta al director de *La Campanilla*:

Es muy consolador el ver la conversión de otras que, si antes se negaban y nunca pensaron en darse a Él, llegan luego a amarle, cifrando en esta unión su mayor felicidad. Dejando a un lado otros varios casos, voy a contarle uno ocurrido *en mi sala*, por el que continuamente doy gracias al Señor²⁵.

En esa misma carta le habla de la enferma de dieciocho años, alejada de Dios, con la que ha convivido durante los últimos cuatro meses, desde el mes de mayo, sin que diera «muestras ningunas de su parte de variar su opinión». Cuando fue un sacerdote a confesar a la sala, María Ignacia le contó su preocupación por esta joven. El sacerdote le aconsejó que

ofreciera los dolores de su enfermedad para que se convirtiera. Cuenta en su Cuaderno:

Así lo hice en aquel momento, y aunque siguió igual y si cabe peor, pues continuamente nos decía que su fin era matarse, yo seguía recordando mi ofrenda al Buen Jesús con entera confianza.

¡Qué bueno es Dios! ¡Qué grande es Dios! No hacía dos meses de esto, cuando la víspera de Cristo Rey la veo que se dirige al confesonario en unión de otra compañera²⁶.

Aquello le produjo una profunda alegría: «¡No sabía si llorar o reír! —escribe— Jesús, todo bondad y ternura, lo había dispuesto así, para evitarme el trabajo que pudiera haberme dado esto. Quería darme una sorpresita».

La joven enferma recobró la salud y al cabo de unos días abandonó el Hospital, completamente restablecida. Y no era el primer caso de personas que encontraban a Dios durante aquellos meses de enfermedad, como le contaba a F. Francisco:

Estas escenas se repiten aquí con bastante frecuencia. Y está visto que, ahora más que antes, pese a quien pese, hay almas que aman a Jesús y pregonan a grandes voces su amor y su misericordia²⁷.

Pese a quien pese

Corren malos vientos en el hospital para todo lo que tenga que ver con la fe. Crece día tras día el odio hacia la religión. Las salas y los corredores se han convertido en un

campo de batalla ideológico. Se comenta que hay médicos enfrentados por esta causa²⁸, y que entre las enfermeras y los enfermeros hay partidarios de ideologías marxistas, dispuestos a «cualquier cosa» contra lo que *huela a cristiano*.

Quizá lo más *prudente*, en estas circunstancias, sería callarse. Pero María Ignacia no se deja llevar por una cobardía disfrazada de prudencia. Precisamente porque se está librando una batalla, el tiempo urge, y procura hablar con sus amistades de Dios. Debe aprovechar estos contratiempos, piensa, para ofrecérselos al Señor. Escribe el 5 de noviembre de 1931. «¿De qué nos sirve todo cuanto padecemos si no lo aceptamos como venido de la mano de Dios para purificarnos de nuestras culpas? De nada». Concluye:

Procuremos ofrecer continuamente a Jesús todos los dolores y sufrimientos que nos sobrevengan; y estemos seguros que al llegar nuestra última hora y vislumbrar el premio tan hermoso que Dios Nuestro Señor nos tiene reservado²⁹...

Se prepara para una muerte cercana. Ofrece sus dolores por la Iglesia, por el Papa, por su madre, por la curación de su hermana Braulia, enferma desde hace tantos años, por Benilde, viuda y con cuatro hijos pequeños, por sus hermanos, por sus amigas, por sus parientes y conocidos... y también por esa misteriosa *intención* del capellán, que a veces, al pasar por la sala, se acerca hasta su cama y le pide:

—María: hay que pedir mucho por una intención, que es para bien de todos. Esta petición, no es de días; es un bien universal que necesita oraciones y sacrificios, ahora, mañana, y siempre. Pida sin des-

canso, que el fin de la intención que le digo es muy hermoso. No le digo lo que es, porque no puedo, ¿sabe?³⁰.

¿Un *bien universal*, que no es *de días*? ¿Qué habrá querido decir? Debe ser algo verdaderamente importante para que el capellán vaya por las salas alentando a las enfermas a ofrecer oraciones y sufrimientos por «su intención». Muchas enfermas ofrecen sus dolores por ella. Le cuentan que hay una enferma que durante una operación de garganta, al sentir el dolor punzante del «trocar»³¹, exclamó: «¡Por la intención de D. José María!».

Y esto se repetía con mucha frecuencia. —Una enferma que tenía una tos muy fuerte, exclamaba en medio de ella: «Jesús mío, por la intención de D. José María». Otras que no tenían apetito y a otras que no les gustaba la comida, se les oía decir: «Por la intención de D. José María, me la comeré».

En las grandes operaciones siempre recordaban esta intención. La satisfacción que él experimentaba con todo esto no podía por menos que exteriorizarla, dándole las gracias a las enfermas, y animándonos cada vez más a pedir, ¡siempre! ¡siempre!³².

La acechan durante estos días lo que denomina «asaltos del enemigo». Son, muy posiblemente, pensamientos de tristeza y desaliento, agazapados en los rincones oscuros del decaimiento físico. Esos «asaltos» se presentan en los momentos de debilidad. Lucha por combatirlos y acude a la fuente de la esperanza: la Cruz de Jesús. Al contemplar su agonía redentora, recobra la alegría.

Se suceden los meses en cama, las noches de insomnio y las fiebres, que ofrece por «la intención de don José María».

Como en este tiempo fue cuando a mí me dieron comienzo los 6 meses que últimamente he estado en cama y tantas fiebres altas, y continuos dolores en el vientre tenía, se me ocurrió decirle un día:

—D. José María, pienso que su intención tiene que valer mucho porque desde que V. me indicó que pidiera y ofreciera, Jesús se está portando muy espléndido conmigo. —De noche, cuando los dolores no me dejan dormir, me entretengo en recordarle su intención repetidas veces a Nuestro Señor. Y seguidamente me contestó:

—Siga, siga adelante y no dude, que todo lo merece dicha intención»³³.

1932. Un nuevo año en el Hospital

En los primeros días de 1932 se suceden las nevadas y el frío intenso. Vuelve a agravarse. Ya no sufre dolores, sino *agonías mortales*. Se siente desfallecer, y lo que es peor, a la debilidad del cuerpo se suma la del espíritu. Pasa días de desamparo interior, fatiga y sequedad.

Se entabla en su alma «una terrible lucha». Anota en su Cuaderno: «Han flaqueado varias veces mis fuerzas, pero con tu ayuda y la de tu Madre Santísima, por fin he logrado vencer». Termina con esta petición al Señor:

—Aquí me tienes; sólo te pido fuerzas espirituales para permanecer en tu santo amor, y gracia hasta

el último momento de mi vida; y envíame mañana y siempre lo que quieras, cuando quieras y en la forma que quieras³⁴.

En su oración, al reconsiderar su vida, la asalta la idea de que nunca se ha entregado verdaderamente y del todo a Dios. Escribe el 4 de febrero de 1932, mientras espera recibirle en la Eucaristía:

... Se acerca Jesús... el Jesús que me ama tanto... el Jesús que me ha perdonado tanto... el Jesús que me ha esperado tanto... sin cansarse jamás, a pesar de mis desvíos e ingratitudes... Él es el Dios de la Creación... el de la Encarnación... el del Pesebre... el de la Cruz...

Y yo, ¿quién soy? No acierto a decirlo... soy menos que la nada y sólo sirvo para prometer y no cumplir... Siempre con deseos de darme del todo a Jesús y nunca empiezo...

Es consciente de su situación: «Mi vida va tocando a su fin». Por eso se hace esta pregunta, atravesada por urgencias de amor:

¿Para cuándo voy a dejar el ser buena?³⁵

El 7 de febrero amanece sin sol. El cielo permanece cubierto durante la mañana. Al mediodía la atmósfera se ilumina y se despejan las nubes. Madrid celebra las fiestas de Carnaval.

Por la noche, algunas enfermas refieren anécdotas jocosas de la cabalgata de Carnaval, que han leído en la prensa. Han desfilado por la Castellana, dicen, las comparsas de cos-

tumbre; y aunque el alcalde de Madrid haya prohibido en un bando las manifestaciones blasfemas, se han vuelto a poner de manifiesto, de forma grosera y zafia, muchas actitudes anticristianas.

No se trata sólo de unas cuantas burlas jocosas o irreverentes. Los recientes desmanes han demostrado con qué facilidad la burla se transforma en tea incendiaria. Aún se ven los muros renegridos de muchas iglesias de Madrid.

María Ignacia hace muchos actos de desagravio, aunque se encuentre interiormente, según una expresión que copia de Conchita Barrechegurren, «como un palo seco»³⁶. Pero no protesta; piensa que el Señor permite esa sequedad en su alma para que desagravie más:

—En tus manos lo tienes. Sufre con la mayor resignación y alegría ese desamparo espiritual en que te encuentras, que Yo soy el que te lo he enviado. ¿No me dices siempre que solamente lo que desees en este mundo es que se cumpla en ti mi Adorable y Divina Voluntad? Pues ya ves cómo me adelanto a tus deseos. Cuando tú pensabas comenzar la obra, ya la había Yo terminado.

¿No me dices que me perteneces, que sin Mí no te sería posible la vida, que tu corazón me lo entregas todo sin reserva alguna? Si te entristeces, me retiraré y te dejaré con tus muchos propósitos... ¿Qué prefieres?

Sabe que la alegría es la mejor manifestación de esa aceptación rendida que el Señor le pide. Hace este propósito: «Sonreiré estos días en medio de cuantas sequedades y tribulaciones quieras enviarme. Todo lo podré Contigo»³⁷.

Como mejor te plazca

Comienza la Cuaresma de 1932. Años atrás, en Hornachuelos, se esforzaba por vivir este periodo previo a la Semana Santa con espíritu de mortificación, Muchos viernes se *quedaba* espiritualmente junto a la Cruz, meditando la Pasión del Señor y sacando enseñanzas para su vida cotidiana. Día tras día, acompañaba al Señor en las semanas anteriores a su Agonía, con ayunos y penitencias. Ahora...

Ahora, piensa, sólo puede ofrecer sus dolores desde la cama de un hospital. Y escribe:

Miércoles de Ceniza

Hoy empezó tu retiro en el desierto, Jesús mío, donde ayunaste los cuarenta días que antecedieron a tu Sagrada Pasión. Yo no puedo acompañarte, mi adorado Jesús, con ayunos ni penitencias, pues ya sabes que estoy en esta cama, sin una hora seguida de descanso... Si con mis dolores puedo hacerte alguna compañía, dispón de mí como mejor te plazca.

Desde luego al despertar esta mañana he visto, mi Jesús, que, ahora como siempre, no me has olvidado. —Desde anoche me encuentro peor... No tengo nada en mi cuerpo que no me duela.

—Como no se te ocultan las vivas ansias de mi corazón de llegar a amarte hasta perderme dentro de la llaga de tu divino costado, mientras yo dormía, cual Padre cariñosísimo, Tú me preparaste tan agradable sorpresa para hoy.

No sé hacer oración. —Rara vez me mortifico. Soy muy charlatana... ¿Cuándo, así, voy a purificarme de tantos pecados como en mi vida he cometido, y poder llegarme a Ti?

Al enviarme los dolores me dices: «Si los aceptas con alegría y en medio del sufrimiento me demuestras amor, aunque sea con una leve mirada al Crucifijo, yo te prometo suplir con ello cuantos rezos y mortificaciones pudieras hacer en mi honor».

Este pensamiento la reconforta, y le dice al Señor en la intimidad de su alma:

Tu amor es solamente lo que anhelo. ¡Sólo tu amor!³⁸.

Su amor a Jesús Crucificado hace que le duelan en carne viva las ofensas, privadas y públicas, que recibe durante estos días. No sólo se le insulta y se ponen trabas a las manifestaciones externas de culto: en la noche del día 10 de febrero un grupo de personas, como informaba el diario ABC, organizó una procesión blasfema por las calles de Madrid,

ostentando ornamentos litúrgicos y precedidos de su heraldo, que llevaba una cruz, en la que la salvaje incultura de estos sujetos intentaba simular el divino cuerpo de Jesús, recorrieron las calles de Madrid con cánticos de blasfemia y las más indignantes parodias de ceremonias religiosas. En la plaza del Progreso —según nos informan las personas aludidas— llegó el desenfreno de estos desgraciados a sus exteriorizaciones más escandalosas³⁹.

Tres días después, el 13 de febrero, el hospital amanece cubierto de nieve. ¡Nieve! Quizá sea la última vez que vea

nevar... Piensa que es un regalo que el Señor le envía y anota, agradecida, en su Cuaderno:

Una nevada...

Al despertarnos la enfermera a las seis y media de la mañana para tomarnos la temperatura diaria, mis compañeras gritan con entusiasmo: «¡qué bonita nevada!» Me incorporo en la cama, y por la ventana que junto a ella hay —como no tiene puertas y día y noche permanece así—, puedo al punto contemplar tan hermoso paisaje.

Más que exterior, interiormente me he recreado con este pensamiento: ¿Quién, sino el Todopoderoso, puede hacer esto? —¡Qué grande es el Señor! —Y este Señor es mi Amado... el que me regala con sus dones... el que me acaricia con sus perdones... el que me llama sin descanso invitándome a reposar junto a la llaga de su divino costado... ¿Merezco yo tanta dignidad? La misma nieve que contemplan mis ojos debo tener en mi corazón cuando no se consume de amor hacia Aquel [al] que todo le debo. — Derrite, ¡oh Jesús mío! la nieve de mi pecho, y caldéalo con el fuego de tu santo amor. Que si no llegan a ver mis ojos otra vez una nevada, me sirva ésta de gratísimo recuerdo⁴⁰.

En el Hospital se sigue hablando de huelgas, manifestaciones, bombas y amenazas. Junto al desorden público y la agitación social, se produce una reacción anticatólica en todo el país. El día 15 de febrero aparece mutilada una imagen de la Virgen en la catedral de Sevilla. Es tal el clima de

violencia que la mayoría de las cofradías sevillanas anuncian que no saldrán a la calle en Semana Santa. Se preparan legislaciones de signo anticristiano.

El 2 de marzo María Ignacia vuelve a empeorar de salud. Los médicos, temiéndose lo peor, ordenan trasladarla de pabellón. Presiente que se acerca el final. Pero se repone y el 4 de marzo escribe en su Cuaderno: «La gravedad del día dos... el cambio de domicilio... el ataque gripal... que sólo Tú (...) sabes los ratos que con él he pasado... ¡Todo, todo ha sido para Ti!»⁴¹.

27 de marzo de 1932. Una carta a Braulia

20 de marzo de 1932. Domingo de Ramos. Comienza la Semana Santa. Se asocia a los padecimientos de Jesús. «Todos los días de esta semana que ha pasado, en la cual se conmemora tu sangrienta Pasión, he procurado seguir tus pasos, meditando tu amor hasta el fin por mi alma pecadora... ¡Gracias, Jesús bueno!»

No anota nada en su cuaderno hasta el Domingo de Resurrección, en el que hace un breve resumen de los días pasados.

El Jueves Santo escribí a mi hermanita Braulia felicitándola pues, como San Braulio era el 26 y las cartas a mi pueblo echan tres fechas⁴², tuve que hacerlo ese día.

—Con sus trece años de enfermedad no acertaba qué ponerle. Por fin lo hice, pero como todo fue Tuyo, me place anotarlo aquí:⁴³

Querida hermana:

Con esta postal desearía enviarte la salud completa, que es una de las mayores felicidades de esta vida,

pero... si yo tampoco la tengo, ¿dónde ir a buscarla? Pues mira, querida hermana, vayamos al Calvario... a los pies de la Cruz de nuestro Divino Redentor... Allí, la encontraremos, no lo dudes. —Jesús nos la compró a costa de su propia vida. —Es la salud del alma; la que vale más que todo el oro del mundo y la que nos deparará una eternidad feliz. Esta vida, que es poca y mala, ¡pasa tan pronto!

No te niego que nuestras enfermedades y contratiempos nos hacen a veces llorar gotas de sangre... pero pensemos, querida Braulia, con toda confianza, que ha de ser éste el billete para nuestra entrada segura en el Reino de los Cielos. ¡Qué alegría! Allí tendrán término todas, todas nuestras penas y dolores. Que el Señor te bendiga en tu día, en unión de nuestra querida madre y hermanos, [te] desea tu hermana que te quiere mucho.

MIG.

También escribo a continuación los propósitos del día de retiro para que los bendigas y nos concedas la gracias necesarias para cumplirlos:

- 1.º Confianza absoluta en la misericordia del Señor.
- 2.º Indiferencia completa en todas las cosas, aceptando lo que Jesús me envíe, sea como fuere.
- 3.º Alabar al Señor en todos los sucesos de mi vida, ya sean prósperos, ya adversos; y hacer de ellos la menor referencia posible, sobre todo de los adversos.
- 4.º Cuando sea reprendida, no contestar; y si alguna vez fuere necesario, muy brevemente.

5.º En mis dolores y sufrimientos, no dejar nunca de mirar al Crucifijo y besarle con amor.

6.º Viviré siempre como si a cada instante fuese a morir.

7.º Amaré mucho a la Santísima Virgen, mi Madre.

Viernes Santo del 1932

Sí, mi adorado Jesús, ya es hora que del todo me dé a Ti. ¡Me quedan aún tantas *malas hierbas* que arrancar!⁴⁴.

A pesar de la mejoría, continúa con fiebres altas y dolores continuos, que sigue ofreciendo por *la intención de don José María*.

CAPÍTULO VII

Una nueva era de amor

9 - IV - 1932

*—Por tu vida, marinero,
dígame ora ese cantar—.*

Sábado, 9 de abril de 1932

El sábado 9 de abril fue un día de cielo claro y temperatura agradable. Las enfermas del hospital comentaban las noticias del día: la subida del precio del pan; los alborotos de los estudiantes; el incendio de la iglesia de San Julián, en Sevilla...

Como tantos sábados, don Lino Veá Murguía fue recorriendo las salas del hospital para confesar a quien se lo pidiese. Aquel día estuvo hablando con María Ignacia. Esa conversación cambió su vida.

Don Lino le habló de una realidad nueva que había comenzado en la Iglesia: un camino de santidad por medio del trabajo para los cristianos que viven en medio del mundo. Un camino que estaba en sus comienzos, y necesitaba el cimiento de la oración de miles de personas. ¡Ésa era la intención por la que pedía oraciones el capellán de la Enfermería!

El Opus Dei. ¡Al fin conocía María Ignacia el contenido de la intención de don José María, por la que llevaba tantos meses ofreciendo oraciones y sufrimientos!

No sabemos en concreto qué más le dijo don Lino. Muy posiblemente le habló del Fundador, un joven sacerdote llamado Josemaría Escrivá, al que había conocido en Madrid gracias a don Norberto, un sacerdote mayor amigo suyo.

El Fundador, Josemaría Escrivá, tenía treinta años en esta primavera de 1932. Había nacido en Barbastro en 1902; se había ordenado sacerdote en Zaragoza en 1925; y había fundado el Opus Dei cuatro años antes, el 2 de octubre de 1928.

La labor del Opus Dei con mujeres era aún más reciente: había comenzado dos años antes, el 14 de febrero de 1930. El Opus Dei, por tanto, estaba en sus comienzos. Seguían al joven Fundador varios sacerdotes, algunas mujeres y un puñado de hombres; tan pocos en total que casi se podían contar con los dedos de las manos.

Aunque se desconozcan los pormenores de esta conversación, su Cuaderno refleja la alegría de María Ignacia. Dios la llamaba al Opus Dei; a la santificación de lo cotidiano, de la vida ordinaria, del propio trabajo. Ella, por su parte, no dudó en corresponder a esa llamada, presentida a lo largo de su existencia.

A partir de entonces, su itinerario espiritual cobra dimensiones insospechadas. Va profundizando en el espíritu de filiación divina y en la sencillez en el trato con Dios. Descubre, al leer los escritos del Fundador, el valor santificador de la vida ordinaria. Y comprende con luz nueva que el trabajo es medio y camino de santidad.

El espíritu del Opus Dei, que le llega directamente de labios del Fundador o por medio de José María Somoano, potencia, hasta límites insospechados, sus afanes de caridad y apostolado, y su empeño por dar un testimonio vibrante de

la fe cristiana. Todo, fundido en la unidad de vida, una expresión que utiliza frecuentemente Josemaría Escrivá.

Dios le hacía ver su vocación —¡qué misteriosos son los caminos de Dios!— cuando el Opus Dei estaba comenzando y ella entraba en la agonía.

¿Por qué Dios la llamaba precisamente ahora? Era una pregunta sin respuesta, *un sublime misterio*, semejante a aquel impulso interior, tan fuerte como inexplicable, que le llevó a ofrecerle su corazón entero, sin compartirlo con ninguna persona, desde la infancia.

Estas decisiones de María Ignacia responden a la intimidad de su trato con Dios. Son como aquella música interior, honda y misteriosa, del viejo romance castellano:

Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Siente un insospechado amanecer en su alma. Recuerda los amaneceres de Hornachuelos. El sol iba dorando los olivos de los montes cercanos; comenzaban a cantar los pájaros, y cuando se disipaban las últimas brumas y se abrían los horizontes, y se presentía, al Sur, tras aquella llanura interminable, la silueta de Sevilla. Más allá, Cádiz. Y más allá, soñado y nunca visto, el mar.

Esta vocación que Dios le mostraba era algo semejante a un amanecer. Aún más: era como ver el mar de repente, y sentir, de forma inesperada, su brisa fresca en el alma. Durante muchos años había aceptado aquel dolor que Dios le enviaba, *sin pedir explicaciones*. Había acogido su enfermedad sin fatalismos, como un querer misterioso de Dios. Y Dios le daba ahora *la explicación*: en palabras del Fundador se habían abierto —en su vida, y en la de tantas personas—

los caminos divinos de la tierra. Y adivinaba un panorama apostólico grande, inmenso, *como un mar sin orillas*.

Poco después habló con don José María Somoano, que le dijo que él también había pedido la admisión en el Opus Dei.

Somoano comenzó a transmitirle, a partir de entonces, el espíritu del Opus Dei que estaba conociendo de labios del propio Fundador. Se conserva una anotación del capellán en su cuaderno de notas, fechada el mismo 9 de abril. Escribe Somoano que cuando su amigo don Lino le planteó a María Ignacia la posibilidad de entregarse a Dios en el Opus Dei, *María aceptó complacida*¹.

Fue, por lo que se desprende de la lectura del Cuaderno, mucho más que una *aceptación complacida*. María Ignacia rebosaba agradecimiento y alegría por aquel don inesperado de Dios. ¡Allí, postrada en aquella cama del hospital, desahuciada por los médicos, esperando la muerte, había visto, al fin, la razón última de su existencia!

Ser y hacer el Opus Dei: ése era el sentido de su vida. Ya sabía, para siempre, *quién era ella*; más bien, quién debía ser, quién quería Dios que fuera: un apoyo en un gran edificio sobrenatural. El Opus Dei: miles de hombres y mujeres, de todos los lugares, santificándose en su vida ordinaria, en su trabajo, en las circunstancias de cada día...

María Ignacia intuía que no llegaría a ver construido ese edificio en esta tierra, pero ya lo contemplaba en su alma con los ojos de la fe. Aquella enfermedad —lo comprendía ahora con luz nueva— era *su trabajo*, su instrumento de santificación, su camino concreto para llegar a Dios. Su dolor, unido al de Jesús, serviría para allanar los *caminos divinos* de una muchedumbre de hombres y mujeres, que se encontrarían con Dios gracias al Opus Dei.

Aunque no relate en su Cuaderno qué le dijo en concreto don Lino en aquella conversación del 9 de abril, hay algo que resulta patente al leer sus escritos: su sabiduría de la Cruz —sabiduría de Amor— le ayudó a profundizar de forma insospechada en el espíritu del Opus Dei, que estaba naciendo también bajo el signo de la Cruz.

Ese mismo día, 9 de abril, le subió la fiebre. Como de costumbre, Dios la bendecía con el sufrimiento².

El día siguiente, cuando supo la decisión de entrega de María Ignacia, el Fundador propuso a don Lino, a José María Sommoano y a otros sacerdotes que le acompañaban, que rezaran juntos un *Te Deum* de agradecimiento a Dios por la entrega generosa de esta mujer, una de las primeras del Opus Dei³.

La etapa más gozosa de su vida

María Ignacia reflejó en las páginas de su Cuaderno la gran decisión que había tomado.

Una nueva era de amor

El 9 de abril del 1932 jamás podrá borrarse de mi memoria. De nuevo me eliges buen Jesús, para que siga tus divinas pisadas... ¿Qué viste en mí (...) para dispensarme tan señalado favor? —Sé que no lo merezco...

— Confundida y rebosando mi corazón de gratitud, te digo: ¡Gracias, Jesús mío! ¡Gracias por tanta bondad! Te prometo desde este momento, con tu ayuda, ser espléndida en el puesto en que me has

colocado, ya que toda la gloria ha de ser para Ti. Dame las gracias necesarias para ello, y no te separes de mí.

—Así una vez más el mundo entero quedará convencido [de] que por muy grande pecadora que un alma sea, no debe temer el ir a Ti, pues con sólo oír de sus labios un «Te amo» salido del corazón, te complaces en designarla como piedra fundamental para tus obras.

—Te repito, conmovida por este nuevo y hermoso favor... ¡¡Gracias Jesús del alma mía, gracias!!⁴.

No tengo palabras para expresar...

Desconocemos la fecha exacta en la que el Fundador se encontró por primera vez con María Ignacia en el Hospital. Debió tener lugar en este mismo mes de abril de 1932.

Josemaría Escrivá era un sacerdote de aspecto dinámico y alegre, aunque, como afirma Andrés Vázquez de Prada, «para un atento observador, bajo el tinte ligeramente moreno de la piel, se adivinaba, más que se veía, una ascética palidez, que era la huella dejada por el cansancio de prolongadas vigiliass y la aspereza de duras privaciones. Su risueña estampa física encubría los rigores de disciplinas y ayunos»⁵.

Su personalidad y sus enseñanzas produjeron a María Ignacia, como relata su hermana Braulia, una profunda impresión. «Recuerdo oír decir a mi hermana algo de lo que les decía el Padre: que *el Señor escribe utilizando cualquier medio; incluso la pata de una mesa*; que utilizaba instrumen-

tos desproporcionados para que se viese que la Obra era suya. Hablaba mucho de confiar en Dios: de tener seguridad en Él»⁶.

A partir de este momento María Ignacia conversa frecuentemente con el capellán sobre la Obra, a la que empieza a amar intensamente. «No tengo palabras para expresar lo mucho que la amaba», escribe María Ignacia.

Somoano le transmite lo que escucha de labios del Fundador; y le cuenta que también él decidió entregarse a Dios en el Opus Dei en el mismo momento en que Josemaría Escrivá se lo planteó, el 2 de enero anterior. Aquel día, le cuenta el capellán a María Ignacia, había experimentado un gozo tan intenso que por la noche «no pudo conciliar el sueño de la alegría tan grande que sentía».

María Ignacia le sugiere los nombres de varias amigas suyas, Antonia, Ángeles y Tomasa, a las que se podría plantear la entrega a Dios en el Opus Dei⁷. A Somoano le parece bien; y le recuerda, haciéndose eco de las enseñanzas del Fundador, que necesitan «Almas santas... almas de íntima unión con Jesús... almas abrasadas en el fuego del amor Divino. ¡Almas grandes! ¿Me entiende?»

Cuando hablan sobre la Obra le dice:

—Hay que cimentarla bien. Para ello, procuremos que estos cimientos sean de piedra de granito; no nos ocurra lo que a aquel edificio de que habla el Evangelio, que fue edificado en la arena. Los cimientos, ante todo; luego, vendrá lo demás⁸.

María Ignacia advierte la alegría de Somoano cada vez que regresa de las charlas sacerdotales que da el Fundador. «Cuando volvía los lunes de asistir a las reuniones espiritua-

les de nuestra Obra, solamente al mirarle se le notaba lo contento y satisfecho que venía».

A veces, Somoano le enseña algunos escritos con enseñanzas del Fundador:

—¡Esto sí que vale! Es hermoso entre todo lo hermoso. Es muy grande doctrina. ¡Cuánto amor divino encierra este librito!⁹.

Atendiendo las sugerencias de María Ignacia, el 12 de abril Somoano estuvo hablando con Antonia Sierra, otra enferma del hospital. Le propuso ser del Opus Dei y le habló del Fundador. La respuesta de Antonia fue también pronta y generosa. Escribió el capellán en su cuaderno de notas: *Queda muy contenta igual que María. —Dios no desprecia al corazón humilde y que sufre.*

Hay pocos datos sobre Antonia Sierra, una mujer que, como María Ignacia, estuvo oculta en el *cimiento* del edificio espiritual del Opus Dei, con su dolor ofrecido a Dios. Pocos años después, durante la guerra civil española, el Fundador se refirió a ella afectuosamente en una carta en la que, para evitar los riesgos de la censura, que controlaba toda la correspondencia, empleó la expresión *nieta* en vez de *hija*:

Allá va la dirección de una pobre nieta mía, enferma y pobre y archibuena (...): «Antonia Sierra. Sanatorio Hospital. Villafranca del Cid. (Castellón)». Lleva qué sé yo el tiempo, rodando de hospital en hospital. Si pudierais verla, yo muy agradecido (...). ¡Cómo me alegraría si pudierais darle el consuelo de vuestra visita!¹⁰.

María Ignacia y Antonia Sierra forman parte de las primeras mujeres que siguen al Fundador del Opus Dei. Durante estos primeros meses de 1932 estas mujeres son muy pocas en total: una profesora de colegio, una enfermera, varias empleadas y algunas chicas jóvenes que se reúnen en casa de alguna de ellas o van los domingos a dar catequesis al barrio de la Ventilla¹¹.

El Fundador, considerando su propia juventud y la falta de tiempo para sacar adelante tantas tareas apostólicas como llevaba entre manos, había decidido confiar la formación de estas primeras mujeres a los sacerdotes que le acompañan, como don Norberto o don Lino. Pero esta tarea se quedó sin hacer¹².

Durante estos meses van acudiendo al Hospital para visitar a María Ignacia y a Antonia algunas de esas mujeres del Opus Dei. Braulia, que visita con frecuencia a su hermana desde el Sanatorio de Valdelatas, coincide a veces con ellas.

Por su situación, María Ignacia puede participar poco en las labores apostólicas que promueven estas mujeres. Procura acercarse a Dios sobre todo a las enfermas del hospital, aunque no olvida a sus amigas de Hornachuelos, a las que escribe con frecuencia.

Todo por su amor

¿Qué debe hacer ella para sacar adelante el Opus Dei —se pregunta María Ignacia— en su situación?

Se da a sí misma la respuesta en un poema:

—Santificarme.

Eso es lo que Dios le pide: santidad, oración, sacrificio, expiación. Debe hacer el Opus Dei *haciéndose ella misma Opus Dei*, por medio de su amor a Dios y su mortificación.

Como no tiene un planteamiento *utilitarista* de su vida, no se siente inútil a causa de su enfermedad, y menos a la hora de *hacer* el Opus Dei. Sabe que un empeño sobrenatural debe hacerse, fundamentalmente, con medios sobrenaturales.

Por esta razón no se encuentra en sus escritos, en los que expresa con frecuencia su deseo de *amar más*, ninguna queja por *no poder hacer más*. Escribe en uno de sus poemas: «—¿Qué me pide Jesús? Purificarme / de los desdenes que a su Amor le hice».

Sabe que, aunque Dios la librara de la enfermedad que padece y pudiera hacer mil cosas y «gozar aquí abajo lo indecible», su vida sólo tiene un sentido fundamental: buscar la santidad en su trabajo. Y su trabajo es la enfermedad. Éste es su deseo:

—¡Responder a su amor! ¡¡Quiero ser santa!!¹³.

Ha comprendido un rasgo esencial del espíritu del Opus Dei: todos los cristianos, sea cual sea su condición en medio del mundo —sacerdotes y laicos; solteros y casados; viejos y jóvenes; sanos y enfermos— están llamados a la plenitud del amor a Dios, la santidad. «Tenéis que ser santas, pero santas de altar», recordaba el Fundador a las mujeres del Opus Dei¹⁴.

Ese afán de santidad empapa la vida de María Ignacia a partir de su entrega en el Opus Dei, y está presente en sus cartas y escritos. «Supe que pertenecía al Opus Dei —escribe su hermana Benilde— porque ella misma me lo dijo. Me escribía cartas animándome a tener preocupación de santidad, y me contaba algunos detalles del Opus Dei»¹⁵.

Braulia resalta el amor de su hermana por su vocación: «Me dijo mi hermana que ella pertenecía a la Obra: que la amaba mucho»¹⁶.

Doña Matilde, su antigua maestra en Hornachuelos, recordaba también esas cartas en las que María Ignacia le hablaba de la necesidad de buscar la santidad y de su entrega a Dios¹⁷.

El 7 de mayo María Ignacia se refiere en su Cuaderno a una noticia que había recibido el 19 de abril cuyo contenido desconocemos. Durante las semanas siguientes no escribe nada, hasta comienzos de mayo, cuando se cumple el primer aniversario de la quema de iglesias.

Al evocar aquellos sucesos experimenta un profundo afán de desagravio, y anota:

—En el primer aniversario de tan horrendos sacrilegios, te dedico estas líneas, mi buen Jesús, para si con ellas puedo en algo consolar tu Divino Corazón. Confieso, contrita y avergonzada, que yo he sido la causa de ello.

—Sí, Jesús mío; los pecados de mi vida pasada¹⁸ han echado a tus ministros de tu santa casa; a las vírgenes, de sus claustros; han quemado tus templos, haciéndote salir de tus Sagrarios; y profanado los vasos sagrados en cafés y tabernas... y no contentos con eso, te han arrancado en los colegios de la vista de tantas almas inocentes; y por último, te persiguen por todos lados sin descanso.

Estas líneas reflejan un fenómeno espiritual, propio de las almas unidas a Dios, que explicaba San Gregorio Magno en una de sus homilías: «Muchos que en realidad no tienen nada malo sobre la conciencia sienten una profunda compunción, como si todos los pecados del mundo pesaran sobre ellos. Y esto les lleva a privarse de cosas lícitas, a renun-

ciar heroicamente a tantas cosas superfluas, a no permitirse compensaciones de ningún tipo, a privarse de lo que legítimamente estaba a su alcance»¹⁹. Desde esta perspectiva se entienden estos sentimientos íntimos de María Ignacia:

Estoy convencida de ello, y por tanto, lágrimas ardientes brotan hoy de mis ojos, y aún más que de mis ojos, de mi corazón arrepentido. Con ellas he bañado el Crucifijo que pende de mi cuello, y el pensamiento de la Magdalena ha confortado mi espíritu. ¡Te debo tanto, Jesús querido! ¡Me has mirado siempre con tanta misericordia!

Estas almas, explica San Gregorio, «desprecian lo visible, suspirando ardientemente por lo invisible; están alegres en medio de la desgracia y viven con humildad en todas las circunstancias. (...) ¿Qué son entonces? Yo creo que se les debe considerar santos y a la vez penitentes, porque humildemente expían por los pecados de pensamiento y perseveran siempre en las obras rectas»²⁰.

No tiene nada que ver este sentimiento de María Ignacia con el sentimiento enfermizo de culpabilidad. Su sentimiento no nace de la angustia, sino de un profundo amor a Dios, alegre y sereno, que la lleva a la paz, al desagravio y al abandono.

—¡Qué bueno y qué grande eres, Jesús del alma mía! Si tanto te he agraviado en mi vida pasada, no menos deseo desagraviarte en la presente. Aquí me tienes... no me canso de repetirte que dispuesta estoy a recibir de tus manos lo que quieras, cuando quieras, de la forma que quieras²¹.

Lo que llegará a ser

De vez en cuando María Ignacia recibe la visita en el Hospital de su madre y de su hermana Benilde, que van a verla desde Córdoba, y se quedan impresionadas por el aliento espiritual que está recibiendo María Ignacia gracias al Opus Dei. ¡Ésa es la causa de la desconcertante alegría que reflejan sus cartas!

«La vocación a la Obra le daba extraordinaria fuerza» —recuerda Benilde²²—. «Lógicamente quiso que las otras dos hermanas participáramos de la dicha que ella tenía con este descubrimiento, que había sido una especial gracia de Dios».

Benilde tenía interés por conocer al Fundador. Se había quedado viuda y con cuatro hijos pequeños en un momento difícil. ¿Cómo formarlos cristianamente en aquellas circunstancias sociales tan agitadas? También quería que le hablara del Opus Dei. ¿Podía ella, en el futuro, pertenecer al Opus Dei, como su hermana? Quería hablar de muchas cosas, pero la retraía su timidez natural.

—Si es muy sencillo; vas, te presentas y le dices: Buenos días, Padre. Soy Benilde, la hermana de María Ignacia, y quería hablar con usted de...

—Sí, María Ignacia. Sencillo... ¡te lo parecerá a ti!

Al fin Benilde tuvo un arranque repentino (muy propio, por otra parte, de este tipo de caracteres) y se decidió a visitar al Fundador, presentándose en su casa sin previo aviso.

«A pesar de no haber concertado la entrevista —cuenta Benilde—, el Padre no me hizo esperar y estuvo un rato conmigo. Me llamó la atención su extremada sencillez y lo ale-

gre que era. Lo que me dijo —breve, concreto— no tuvo desperdicio.

Centró enseguida el tema, que fue exclusivamente espiritual. Más o menos me dijo que podía pertenecer a la Obra y que María Ignacia ya le había explicado las circunstancias en que me encontraba. Me anticipó un poco de cómo podía ya empezar una vida espiritual más intensa, señalándome algunas cosas concretas.

Recuerdo un detalle que me pareció muy significativo: que llevara a mis hijas, con toda libertad —pero que ellas querrían—, a hacer la Visita al Santísimo todas las tardes.

Pepita tenía entonces diez años. Yo me sentía en la gloria cuando hablaba con él y conocerle ha sido uno de los favores más grandes que Dios me ha concedido y del que estoy más agradecida.

Ese primer día se hizo bastante tarde: serían las tres y me pareció que el Padre tenía prisa. Yo también estaba un poco apurada porque tenía a mi madre esperándome en la fonda.

A pesar de ello, al levantarme —transformada— vi una pequeña fotografía suya —no tendría más de veinte centímetros— colocada en una de las paredes y, mirándola, como si pensara en voz alta, dije:

—Este sacerdote, con el tiempo... lo que llegará a ser»²³.

¿Por qué desconfiar...?

El Fundador le planteó a Benilde la santidad en medio del mundo, en su propio trabajo como madre de familia, y en el estado en que Dios la había puesto: viuda y con cuatro hijos pequeños.

Su situación no era un obstáculo para vivir con plenitud la vida cristiana; al contrario, como afirmaba dos años antes, el 24 de febrero de 1930:

Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —homo peccator sum (Luc. V, 8), decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio²⁴.

Haciéndose eco de estas enseñanzas del Fundador, escribe María Ignacia el 19 de mayo en su Cuaderno unas consideraciones con este título expresivo: *¿Por qué desconfiar de ser, con tu ayuda, una gran santa, si todo don de Ti nos viene?*

María Ignacia conoce bien sus defectos y limitaciones. Es consciente de sus faltas; pero confía en Dios por encima de todo, y se abandona en sus brazos.

Como eres tan bueno, echando a un lado todas mis imperfecciones, me invitas [a] que vaya a Ti. ¿Cómo permanecer inmóvil, sin echarme al punto en tus divinos brazos, con entera confianza y amor? Al caer en tus brazos, me introduces dentro de la llaga de tu divino costado; y mi alma, de ese Amor enloquecida, busca un rincón en tu Divino Corazón, encontrándome en él *borracha* de felicidad, y a salvo de los embates de todos sus enemigos.

Y allí me comunicas, con exquisita delicadeza, lo que jamás en libro alguno aprendí. ¡Qué fácil veo entonces el camino de la santidad!

No se plantea la santidad como el resultado de un esfuerzo voluntarista, sino como un fruto de la gracia y de la correspondencia a la gracia:

Tú lo quieres... Tú eres quien forma los santos... Tu poder y Tu sabiduría no tiene límites... ¿Somos nosotros los llamados a escoger los materiales para tus obras? ¡No! Solamente [tenemos que] estar dispuestos a no negarte nada²⁵.

Se te conoce tan poco

A medida que pasan los meses, el ambiente del hospital se va enrareciendo, y con frecuencia surgen discusiones entre sus compañeras de sala, que son ahora mujeres de muy diversas maneras de pensar.

Todo esto refleja la vida del país, que padece una fuerte presión social de signo anticristiano. Muchos gobernadores y alcaldes han prohibido cualquier exteriorización de la fe, como las procesiones. Otros han cambiado los nombres de algunas calles, quitando los de carácter cristiano. Se ha rebajado a un tercio el presupuesto de los eclesiásticos. A propuesta del Ministro de Instrucción Pública, se ha suprimido la asignatura de Religión en los centros docentes dependientes de ese ministerio. Y han ordenado retirar todos los crucifijos de las escuelas y hospitales²⁶.

María Ignacia, serena y comprensiva como de costumbre, no toma parte en las discusiones apasionadas de sus

compañeras, pero, como recuerda doña Matilde, «hacía todo lo que podía por ir influyendo cristianamente» en ellas²⁷.

Sabe María Ignacia que muchas de estas mujeres hablan y actúan así por ignorancia: la misma ignorancia que padecía ella antes de conocer a doña Matilde. Escribe el 30 de junio unos comentarios en su cuaderno que titula: «¡Qué pena me da, Jesús mío, al ver que en el mundo se te conoce tan poco!»

Echada en mi silla en la galería de este hospital, oigo a mis espaldas una conversación entre dos almas que aseguran ser cristianas y buenas creyentes, que se me parte el corazón.

No se me oculta lo mucho que se te ofende en el mundo. Sí, Jesús adorado... ¡es tan triste ver el pago que recibes, a cambio de la muerte que escogiste solamente por nuestro amor!

No se comprende que esto ocurra si no es porque no se te conoce. No, Jesús de mi vida: conociéndote, es imposible dejarte de amar. Y no; con un amor tibio, mezquino, pobre, —¡no!— no se te ama hasta la locura²⁸, pues dándose cuenta el alma de lo que te debe, y con la bondad y misericordia que te cuidas de ella, sin Ti no quiere la vida; no acierta a respirar sin Ti.

Pero, aunque no se me oculta, como anteriormente digo, el pago que recibes de la mayoría de los corazones, al palparlo tan de cerca, pienso y me digo: ¡Pobres almas! ¡Qué cieguccitas viven en el mundo!

Concluye con una petición esperanzada y ferviente: «¡¡¡Que vean, Señor, que vean!!!»²⁹

CAPÍTULO VIII

José María Somoano

16 - VIII - 1932

*Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:*

Un sillar oculto

El Fundador había escrito en sus *Apuntes íntimos* cómo debían ser los cimientos del Opus Dei.

«En ese gran edificio, que se llama “la Obra de Dios” y que llenará todo el mundo, no hay que dar importancia a la veleta brillante. ¡Eso ya vendrá! Los cimientos: de ellos depende la solidez toda del conjunto. Cimientos hondos, muy hondos y fuertes: los sillares de ese cimiento son la oración; la argamasa que unirá estos sillares tiene un nombre solamente: expiación. Orar y sufrir, con alegría. Ahondar mucho; pues, para un edificio gigante, se precisa una base gigante también»¹.

En estos primeros meses de 1932 Josemaría Escrivá, el Fundador, contaba ya con algunos *cimientos*: jóvenes profesionales, como Isidoro Zorzano, un ingeniero nacido en Argentina; estudiantes, como Juan Jiménez Vargas; o sacerdo-

tes, como José María Somoano, el capellán de la Enfermería del Hospital del Rey.

José María Somoano se había ordenado sacerdote cinco años antes. Habían sido cinco años marcados por la Cruz, como la vida de María Ignacia. Poco después de ordenarse sacerdote las autoridades militares le habían enviado a Alcazarquivir, al sur de lo que era entonces Protectorado de Marruecos, donde ejerció su ministerio en un antiguo hospital de sangre.

Tras esos duros meses africanos había estado en San Mamés, un pueblo de la «sierra pobre» madrileña, entre gente de talante huraño *que ni respeta al sacerdote ni le quiere, que le calumnia y le hace pasar horas amargas, que no quiere rezar y sí blasfemar*².

El párroco anterior, amigo suyo, había muerto posiblemente a causa de las horas amargas que había pasado entre aquellos parroquianos. Le habían enterrado en el propio pueblo, pero Somoano no encontró su tumba porque sus feligreses no se habían preocupado siquiera de señalar el lugar con una lápida o con una cruz.

Luego había trabajado como capellán en el Asilo Porta Coeli, con *los golfillos* de Madrid. Los *golfillos* eran «niños de la calle», muchachos abandonados sin instrucción alguna, a los que se intentaba enseñar un oficio junto con una formación cristiana.

Y ahora, en este quinto año de su sacerdocio, estaba padeciendo en carne propia las consecuencias de la intolerancia religiosa que se respiraba en el Hospital. Recuerda María Ignacia en su Cuaderno:

Fue mucho lo que sufrió, con la entereza de un mártir. Persecución, insultos, desprecios, moles-

tias y continuos trabajos, debido a las órdenes dadas por el nuevo Régimen, siempre con la sonrisa en los labios³.

Su figura se había convertido en la diana de muchas bur-las y amenazas, aunque, como explica María Ignacia,

de todos estos contratiempos, jamás le gustaba hablar y si a ruegos nuestros lo hacía, nos dejaba tan edificadas, que con gusto hubiéramos sufrido en aquellos momentos cualquier persecución con tal de disfrutar de aquella paz tan envidiable que en él se retrataba.

Un día me atreví a decirle:

—Vd. no me quiere contar nada, pero yo he sabido que en La Ventilla, cuando cruzaba las calles, se han metido con Vd., insultándole cuanto han querido.

Y me contestó:

—¡Bah! no hay que darle importancia a eso. Sólo fue motivo para hacerme entonar al punto un *Te Deum*...⁴.

Los responsables del Hospital han ido pasando, en las últimas semanas, de una actitud de indiferencia hasta una postura manifiestamente hostil. Su trabajo es inútil, le dicen al capellán; su figura molesta a muchos; es un elemento de discordia para los enfermos. ¡Irse! ¡Eso es lo que tiene que hacer! ¡Y cuanto antes mejor!

¡Irse del hospital —piensa Somoano— precisamente ahora, cuando tantas almas le necesitan, cuando empieza a dar fruto la labor apostólica de los últimos meses!

Le dan, al principio, razones económicas para que se vaya. No hay dinero para pagarle⁵. Pero el capellán sabe que ésa no es la causa. Comienza a hacer gestiones en las instancias superiores de Sanidad a comienzos de abril y saca impresiones contradictorias y confusas. «*En Sanidad quieren que no marche de manera alguna y al mismo tiempo no se atreven a autorizar oficialmente créditos para el sostenimiento mío. Así andamos*»⁶.

Mientras tanto, asiste regularmente a las reuniones sacerdotales que ha organizado el Fundador del Opus Dei desde el 22 de febrero de 1932. Acuden a esas charlas dos antiguos amigos suyos del Seminario: Lino Vea-Murguía y José María Vegas; un sacerdote mayor, don Norberto Rodríguez; y varios sacerdotes jóvenes, como Sebastián Cirac.

Esos encuentros semanales con el Fundador le dan nuevos bríos espirituales y apostólicos. Sale renovado: Josemaría Escrivá le contagia su afán de santidad y su deseo de servir a la Iglesia. «Fielmente pegados —había escrito el Fundador del Opus Dei el pasado 9 de enero— al Vicario de Cristo en la tierra —al dulce Cristo en la tierra—, al Papa, tenemos la ambición de llevar a todos los hombres los medios de salvación que tiene la Iglesia, haciendo realidad aquella jaculatoria que vengo repitiendo desde el día de los Santos Ángeles Custodios de 1928: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*!»⁷.

Somoano agradece especialmente este estímulo, porque en el hospital su tarea se está volviendo cada vez más difícil. Hay bastantes enfermos, médicos y miembros del personal sanitario, que manifiestan abiertamente su repulsa hacia él y todo lo cristiano. *No hay espíritu cristiano* —escribe en sus notas el día 14—. *Aquí en el 1º un enfermo no quiere nada con Dios ni con Cristo (palabras textuales). Dios le mudará*⁸.



«Ésta es una fotografía antigua de Hornachuelos —comenta Pepita Herrera, sobrina de María Ignacia García Escobar, mientras hojea las páginas del álbum familiar—. En esa casa grande con jardín vivió mi tía María Ignacia...



...aunque ella no nació en esa casa, sino en la casa de al lado, una casa con ventanas con rejas y balcones, pintada en blanco como es costumbre en Andalucía...



...En esta foto aparece mi tía María Ignacia en brazos de mi abuela María. Benilde está a su lado. María Ignacia está muy graciosa, tan chiquitilla, con los ojos abiertos, como deslumbrados por todo lo que veía a su alrededor. Entonces vivía en el Añozal, enfrente del pueblo...

...Ésta es mi abuela María, una mujer buena y piadosa, que se había criado entre muchas necesidades. Era muy buena y enseñó a sus hijos a no hablar nunca mal de nadie... Ella había sufrido la murmuración en su propia carne.



...Y éste es mi abuelo. Era médico y, aunque había perdido la fe, tenía gran respeto hacia la Religión. Era muy culto, muy generoso, buen padre de sus hijos, liberal, librepensador... Ya le contaré luego cómo murió...





Éste es el "Bombita", un torero muy famoso. Ya sabe usted que Andalucía es la cuna de los grandes toreros. El "Bombita" nos ayudó en aquella situación tan apurada, tras la muerte del abuelo...



Y aquí está mi tía María Ignacia con mi tía Braulia, en el Hospital del Rey. Mi tía María era una mujer muy decidida, muy dinámica... no sé cómo decirle, muy moderna. Y mi tía Braulia era pura espontaneidad. Le gustaba hablar y cantar. ¡Ay, cuando se ponía a hablar...! No paraba. ...Braulia es la que va enteramente vestida de blanco...

¡Viva + Jesús!

- Del grande entusiasmo que D. José María q.e.p.d., sentía por nuestra O. -

En estas apartadas y breves líneas, hablaré del grande y santo entusiasmo que D. José María sentía por nuestra O.

En los últimos meses del 1.931 acercándose un día a mi cama, me dijo: "María: hay que pedir mucho por una intención, que es para bien de todos. - Esta petición, no es de días; es un bien universal que necesita oraciones y sacrificios, ahora, mañana, y siempre. Pida sin descanso que el fin de la intención que le digo, es muy hermoso. No le digo lo que es, porque no puede saberlo." Y marchó

Éste es un escrito de mi tía María Ignacia. Le gustaba mucho escribir. A mí me regaló un librito escrito por ella -un cuaderno- antes de marcharse a Madrid, con unas consideraciones espirituales muy profundas, para que no las olvidara nunca... Hace hoy setenta años justos...



...Esas consideraciones no las he olvidado, lo mismo que su mirada. Yo no sé qué tiene la mirada de las personas santas. Dan una serenidad, una paz... Debe ser la alegría de vivir muy cerca de Dios, ¿verdad?



Desde la plaza de la iglesia se ve muy bien el Añozal. Se dice de diversas maneras, pero así, "el Añozal", es como yo lo he oído mentar siempre en mi casa. Es una finca en la sierra, con unas vistas maravillosas...



...Y aquí estoy yo con Anita Cárdenas a mi derecha, en la azotea de su casa. En los días claros se ve toda la campiña, como un mar de olivos. Anita dice que, por la gracia de Dios, ha vivido entre santos; y es verdad...



Esta fotografía a mí me hace mucha gracia. María Ignacia está de pie en el centro. Me hace gracia porque estoy segura de que esta idea de retratarse tomando el té fue de doña Matilde, la maestra. ¿A quién se le ocurre? ¡Tomar



el té de las cinco, a pleno sol, con el calor que hace en esta tierra! Doña Matilde fue muy importante en la vida de mi tía. ¡Cuánto bien –y cuánto mal– puede hacer una maestra...!



En mi casa, al Fundador del Opus Dei siempre le hemos llamado don Josemaría. ¡Qué impresión tan grande debió producir en mi madre, para que ella, que era tan tímida, exclamase en voz alta, cuando fue a verle en 1932, mirando un retrato suyo –sin darse cuenta de que don Josemaría la estaba escuchando–: “Este sacerdote, con el tiempo, ¡lo que llegará a ser!”



Mi tía Braulia le recordaba siempre entre chicos jóvenes, que le acompañaban a dar el catecismo a los barrios de chabolas de los suburbios de Madrid. «Hacía falta una inmensa fe –decía– para hacer aquello entonces».
(Altorrelieve de la capilla del Beato Josemaría en la catedral de la Almudena, en Madrid.)

...Mi madre y mi tía Braulia contaban que mi tía María Ignacia estaba maravillosamente atendida por don Josemaría. ¡Cuántas veces hemos hablado aquí, en este jardín, de la esperanza y la alegría que le transmitió don Josemaría!»





José María Somoano
(1902-1932).

«María: —le decía Somoano—
hay que pedir mucho por una
intención, que es para bien
de todos. Esta petición no es
de días; es un bien universal
que necesita oraciones y
sacrificios, ahora, mañana
y siempre.»

Carnet universitario de Luis Gordon, uno de los primeros fieles del Opus Dei.



Nom de l'étudiant : M. Gordon Picardo
 Prénoms : Louis
 Date : 30 Oct 1928
 Lieu : Cádiz
 Pays : Espagne
 Département ou province : Cádiz
 Adresses de l'étudiant : Cours Léopold 35 Nava
adresse de Parents P. B. Canalejas, Madrid
Espagne
 (Signature de l'étudiant) : Luis Gordon
 (Signature du Secrétaire de la Faculté ou Ecole, ou de son délégué, attestant que les pièces authentiques d'état civil et les diplômes ou certificats ont été présentés) : [Signature]
 (Signature ou griffe du Doyen ou du Directeur) : [Signature]
 (Légalisation des signatures) :



Hospital del Rey. Recordaba el Dr. Torres, del Hospital del Rey, que ni con diez enfermerías como la que contaba el Hospital, uno de los más modernos del país, se podía “apagar el fuego desencadenado por la tuberculosis (...) la cantidad de jóvenes que padecían esta enfermedad (...) nos producía verdadera consternación”.





Imagen del Niño Jesús, que se conserva en el domicilio natal de María Ignacia. La devoción de María Ignacia hacia la Santísima Humanidad de Cristo, y en particular al Niño Jesús, llegó en ocasiones –como ponen de manifiesto sus escritos– a situaciones de profunda intimidad y de identificación con el Señor.



Vista de Hornachuelos.



*Vista de Hornachuelos.
Iglesia.
«Siempre que me veo en apuros –comenta doña Anita– me encomiendo a ella, y tengo la seguridad interior, no sé cómo decirlo, de que me escucha, de que intercede ante Dios por mí.»*

¡Viva + Jesús!

- Pequeño bosquejo de las virtudes del celoso apóstol D. José M^a Somoano (q. e. p. d.) por una enferma del Hospital Nacional. -

Recién venida a este Hospital, me contaron mis compañeras que había muy poco que dos Padres de Madrid, habiéndolo dado una misión para todos los enfermos y enfermas. (D. Lino, y D. José M^a Somoano) Recuerdo que una enfermita que no salía casi nunca me refirió que en estos días, no perdió uno de ir a escuchar a dichos Padres pues con sus sabias y santas palabras atraían en tal forma los corazones, que a pesar de las lluvias que por aquellos días hubo, todas las enfermitas las atravesaban quitosísimas para recibir en sus almas aquella otra lluvia celestial que con

Escrito autógrafo de María Ignacia sobre José María Somoano.

Afortunadamente cuenta entre los enfermos con personas como María Ignacia y Antonia, que están *muy contentas*, escribe—. Y añade, aludiendo a su entrega en el Opus Dei: *No es para menos*⁹.

Cada día me convenzo más —anota Somoano el 18 de abril, tras una nueva reunión con el Fundador del Opus Dei— *de la bondad de Dios N. Señor. ¡Cómo premia lo poco que por El se hace! Quiere Dios darme gracias especialísimas y que sea santo y grande. Yo quiero serlo*¹⁰.

24 de abril de 1932. Una nota escrita a lápiz

Un día, las amenazas de expulsión del capellán se materializan. El 24 de abril le entregan a Somoano una nota escrita ¡a lápiz! en la que el Jefe de personal de Sanidad le comunica que el Ministro de la Gobernación le ha cesado como capellán de la Enfermería, en ejecución de la Ley de Presupuestos,

A partir de entonces ya no podrán vivir sacerdotes en el hospital, como le había comunicado el pasado 20 de abril el Inspector General de la Dirección General de Sanidad a don Luis Muñozerro, en una nota escrita también a lápiz, en papel corriente y sin membrete.

En esa nota se especifican una serie de medidas: las religiosas que atienden a los enfermos podrán tener actos de culto, pero para ellas solas y a sus expensas. Sólo podrán celebrarse misas los domingos, siempre que los gastos no se carguen a los presupuestos del hospital. Y si algún enfermo grave pide la presencia de un sacerdote se deberá avisar a una parroquia cercana.

Al conocer el contenido de aquella nota, un *oficio inicuo que contrista a hermanas y enfermos*, escribe Somoano, evocando las palabras del Señor: *Es necesario que yo me vaya*. Y concluye: *No creo que esto tenga solución. ¿Acaso viniendo a la Ventilla?*¹¹.

Los enfermos protestan —anota en su pequeño cuaderno al día siguiente—. *No sé qué caso harán*.

Es cierto que hay enfermos que protestan, pero son pocos. El hospital está dividido, lo mismo que el país. Muchos enfermos guardan silencio. ¿Miedo? ¿Prevención? ¿Indiferencia? Es difícil saberlo en estos momentos de confusión. Lo cierto es que cuando abandona las salas, unos enfermos le miran con agradecimiento y otros con rencor.

¿Qué puede hacer? Más bien, ¿qué debe hacer? Habla con el Vicario General de Madrid, Francisco Morán, que le sugiere la posibilidad de trasladarse a una barriada cercana al hospital. Pero, ¿no supone eso, en la práctica, abandonar a sus enfermos? En cuanto se vaya, lo sabe bien, nadie le reemplazará y Somoano no está dispuesto a que los enfermos mueran *sin los santos Sacramentos*¹².

El 25 de abril por la tarde se reúne de nuevo con el Fundador. *Se habla de arreglar lo de la Ventilla*. A todos les parece que ir a la barriada de la Ventilla es la solución más razonable: desde allí podrá atender a sus enfermos, mientras se apacigua la situación.

Acepta el consejo. Pero antes de marcharse del hospital, decide poner todos los medios posibles para quedarse. Una vez fuera, todo dependerá del responsable de turno. ¿Y quién le asegura que no le cerrarán las puertas cuando vaya a atender a un moribundo?

Hace nuevas gestiones. El día 26 visita Pinos Altos: *no es plan*. Le plantean otra alternativa. Tampoco resulta factible.

Algunos enfermos le apoyan en público. *Sigue el interés grande en que continúe aquí*, escribe en sus notas. Pero hay otras personas, sobre todo del personal sanitario, que le manifiestan abiertamente su repulsa.

Recibe insultos y amenazas por los pasillos y corredores del Hospital. Estas ofensas hieren su alma. *Ante Jesús Crucificado me tranquilizo*. —*Haz, Señor, que gozosamente lleve tu Cruz*¹³.

El 28 de abril va a verle el Fundador. Sus palabras le animan, aunque sigue preocupado. *No acabo de recobrar la tranquilidad. ¿Será amor propio herido?* El viernes 29, más sosegado, habla otra vez con el Vicario, que le aconseja de nuevo que se vaya a Los Pinos. Pero Somoano no acaba de convenirse de la bondad de esta solución: *creo que fracasará esto*.

«*Como resumen de esta semana* —anota el capellán el sábado 30 de abril— *se puede decir que he perdido mucha tranquilidad, y aunque he hecho las prácticas piadosas, he notado mucha frialdad y falta de virtud. Ha sido un buen termómetro para que no me ilusione. Dios me ha consolado mucho*¹⁴.

El siguiente lunes, 2 de mayo, acude a la reunión semanal con el Fundador, que le recomienda que se abandone en las manos de Dios para recobrar la paz. *Escrivá dice que Jesús me necesita y que para la tranquilidad mía me conviene postrarme en tierra y estar así en la presencia de Dios 5 ó 10 minutos*¹⁵.

La situación se va ennegreciendo poco a poco —escribe el 7 de mayo—. *Parece que éstos quieren llegar, en lo que de ellos dependa, a descristianizar a todos. ¡Dios nos asista, y nos sostenga!*¹⁶

El 10 de mayo se inaugura la capilla del hospital. Algunos enfermos manifiestan su piedad pero, en general, anota Somoano, es *la frivolidad reina y señora*¹⁷.

Nuevas amenazas

El 14 de mayo le dicen que se vaya de forma tajante y con malos modos. *Me afecta* —apunta en su cuaderno de notas—; *pero poco*.

Vuelven a amenazarle de muerte: *Me anuncian la salud para un plazo muy próximo*¹⁸.

No son fanfarronadas. En el hospital existe desde hace tiempo «un nutrido grupo de extremistas que tenían fama de realizar toda clase de hazañas criminosas, arrastrando con ellos a algunos empleados y personal sanitario»¹⁹.

¿Qué haré? —*¡En manos del Señor me pongo para que El haga de mí lo que quiera?*²⁰ —escribe el 15 de mayo.

De todos modos, conserva la esperanza de quedarse. Sabe que Eugenio Vázquez Caballero, el Administrador, está poniendo todos los medios para que se vaya, pero hasta ahora no le ha dicho nada directamente.

Habla de nuevo con Morán, el Vicario, que le aconseja por cuarta vez que se vaya a Los Pinos, al ver el cariz que está tomando la situación.

Se decide por fin a marcharse, aunque no sabe cómo podrá celebrar Misa los domingos y llevar la Comunión a los enfermos. *Algo difícil va a ser*²¹.

Al día siguiente, 18 de mayo, la situación parece dar un giro. *Precisamente después de estar todo determinado para ir a los Pinos, vuelve a parecer posible quedar aquí o cerca de aquí pero para atender esto. ¡Qué lío! Hay unas cuantas almas santas que no se resignan a quedar sin la S. Comunión e instan a Jesús*²².

El ambiente —escribe el jueves 19— *presagia una pronta revolución religioso-social*²³. Por lo demás, se encuentra inte-

riormente sereno y sosegado. *La primera vez que me alegro por contumeliam pro nomine Jesu pati*, por haber padecido por el nombre del Señor.

El lunes 23 de mayo charla con el Fundador, que le da un nuevo aliento en su entrega: *La Obra de Dios va bien* —escribe Somoano ese mismo día—. *El tiempo se aprovecha más y el espíritu más se sobrenaturaliza* — *Hay dos nuevos* — ¡Señor, que sean santos y que perseveren! Reza por un amigo suyo, don Juan, para que conozca el Opus Dei.

El Administrador sigue sin darle un documento escrito de su expulsión, y se van sucediendo las jornadas sin más noticias: *Del Hospital nada. Sigue el compás de espera*²⁴.

No sabe qué resolución tomar. El Administrador se encuentra entre dos fuegos, porque hay posturas encontradas en la dirección del Hospital en torno a su expulsión. Y sabe que Vázquez dice algunas cosas sólo para complacer a determinados superiores.

Procura actuar mientras tanto con la máxima prudencia, siguiendo las indicaciones que le dan, aunque sin abandonar las exigencias de su ministerio.

Un día del mes de junio, cuenta María Ignacia, una enferma se preparaba para sufrir una importante operación en el pulmón izquierdo, y deseaba comulgar. Le pidió permiso al médico para ir a la Capilla. Éste se negó. Al enterarse de esto, Somoano se apresuró a llevarle la Comunión a su cuarto y le prometió rezar por ella especialmente durante la intervención²⁵.

Preguntó luego varias veces por el resultado de la operación y por la tarde fue a visitarla. Al día siguiente, escribe María Ignacia, «vino a ver cómo seguía y a alentarla, como

siempre, a unir sus sufrimientos a los de Jesús». Comenzó a leerle la Hora Santa, sabiendo que eso la confortaba.

De vez en cuando interrumpía esta lectura, para preguntarle a la enferma si se fatigaba al oírle; y al contestarle que no, seguía cada vez con más entusiasmo y lleno de caridad su labor. Todos los días siguió repitiendo sus visitas, mañana y tarde²⁶.

Estaban en junio, mes en que la Iglesia venera especialmente el Sagrado Corazón de Jesús, y Somoano comenzó a dar una serie de pláticas, pero, escribe María Ignacia,

solamente había dicho la primera cuando dio orden el Director del Pabellón para que no las siguiera y por añadidura no entrara a ver a las enfermas como no estuvieran graves y fuera llamado por éstas.

Este día, como de costumbre, entró a visitar a la enferma de [la] que antes hablo, y la Hermana del piso²⁷, toda asustada con las órdenes que acababa de recibir, le mandó salir inmediatamente, obedeciendo al punto. (...) Cumplió esta orden con tal exactitud, que a no ser llamado por una enferma grave, no volvió a venir nada más que los días de confesión, y en cuanto cumplía su sagrado deber marchaba enseguida.

Y si alguna enferma de las salas se enteraba que estaba allí y le mandaba entrar para darle algún recado, le contestaba siguiendo su camino: *Dígaselo al director*²⁸.

Seguía confiando, a pesar de todo, en permanecer en el hospital, a pesar de la actitud intolerante y de las intri-

gas de Vázquez: *Creo que la cosa le va a salir mal. Hay orden de que no me marche por ahora. Mientras tanto, continuaba atendiendo día y noche a los enfermos: Comulgan muchos, mejor dicho, confiesan. No está mal el ambiente espiritual*²⁹.

3 de junio de 1932. Deja de vivir en el hospital

A comienzos de junio la situación ha llegado a un punto definitivo, y el 3 de junio, fiesta del Corazón de Jesús, Somoano deja de vivir en el Hospital, *aunque sigo siendo su capellán*³⁰, recalca en sus apuntes.

Parece que me desenvolveré bien —anota el día siguiente— *y el Hospital y Enfermería quedarán atendidos*³¹.

Está dispuesto a atender a los enfermos, pase lo que pase, cada vez que le necesiten. Recuerda María Ignacia:

Un día que estábamos en duda si se marcharía ya del Hospital —le pregunté:

—Padre, ¿tendremos mañana Comunión?

A lo que me contestó sonriendo, a la vez que con firmeza:

—¡Sí! ¡sí! Antes le ha de faltar agua al mar (...) que aquí la Sagrada Comunión³².

Se instala cerca del Hospital, en una casa pequeña, «la quinta de las Nieves», regentada por dos ancianas gallegas. Comienza a atender desde fuera a los enfermos, y tiene la impresión de que, poco a poco, los ánimos se van aplacando. Parece —escribe— que *la cosa marcha y el querer permanecer contra Dios no puede ser*³³.

El día 11 celebra el quinto aniversario de su ordenación sacerdotal. ¡Cinco años! *En este tiempo —reconoce, agradecido—, cuántas gracias de Dios, especialísimas muchas y qué mala correspondencia (...)* ¡Dios haga que me enamore de Él!³⁴

*Dios mío, que sea ferviente —anota el 14 de junio—. Vos sois mi amigo íntimo— ¡Cómo no os amo más y converso con Vos y Os defiende!*³⁵

Cuando todo parece encauzarse, recibe una noticia muy dolorosa. Un hermano suyo ha caído gravemente enfermo. *Pide que el Señor le dé gracias para que se santifique y se cure si le conviene, y dé fuerza a mis padres para soportar este golpe*³⁶.

El 5 de julio va con el Fundador y José María Vegas a rezar ante una imagen del Sagrado Corazón. *Pide intensamente ante las llagas de Cristo por la salud de mi hermano.*

Su diario concluye refiriendo que un conocido suyo le *pide oraciones. Yo estoy necesitado de ellas— Dios sea bendito!*³⁷.

16 de julio

La noticia corre por el Hospital como un escalofrío.

—A don José María le acaban de internar. Está muy grave.

Todo ha sucedido de forma tan rápida que cuesta creerlo. Escribe María Ignacia:

Cuando la ambulancia de este hospital fue a la casa donde se hospedaba para traerle aquí por encontrarse muy mal, cuenta el conductor lo siguiente:

«Cuando yo entré por la puerta del dormitorio de D. José María ¡pueden creer! me dio pena de lo ma-

lito que le veía. El pobre quería vestirse algo para salir a la ambulancia y con miles de apuros, lo intentó.

Al darme yo cuenta de ello, le dije: “Ea, Padre; eche a un lado en esta ocasión reparos, y déjese vestir por mí”.

Así lo hizo, y cuando terminé mi faena, me reclamó con interés un crucifijo muy hermoso que tenía allí, para traerlo en su compañía. Se lo dimos al punto comprendiendo que cada uno... ¡tiene que morir en sus creencias!»

Como se ve, aunque este pobre hombre no es gran creyente, alabó el amor de aquel sacerdote a su crucifijo³⁸.

Le ingresaron el 15 de julio en una habitación del primer pabellón del Hospital³⁹ con un extraño cuadro clínico: vómitos sólidos y líquidos de sabor amargo, diarrea, fiebres, afonía...

¿Una intoxicación, quizá?, le preguntó el médico. No; —le dijo el capellán— bebía habitualmente agua de Lozoya, y siempre tomaba la leche hervida. ¿Algún contacto físico con un enfermo que hubiese podido dar pie a un contagio?

—*En absoluto*, respondió Somoano tajante.

¿Entonces? Si no era contagio, si no era una intoxicación producida por un alimento en mal estado, ¿qué podría ser?

Algunos médicos, enfermeras y monjas le dijeron a Leopoldo, un hermano de Somoano, «con mucha reserva, pero sin señalar a nadie, que acaso le echaron algún veneno en el cáliz antes de la Misa, como arsénico o algo parecido»⁴⁰.

Su situación fue agravándose hora tras hora, entre convulsiones, espasmos y sudores fríos. Al día siguiente por la mañana volvió el médico a visitarle.

Era sábado, 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, a la que Somoano tenía gran devoción.

Continúa —anotó el doctor en la Hoja de Diario Clínico— *con vómitos líquidos y verdosos, unos cinco o seis desde ayer. Sigue con molestias de tipo vago simpático; el abdomen está blando y sin defensa muscular alguna; persiste el dolor a nivel del punto apendicular y cístico. El pulso es apenas perceptible, taquicardia intensa.*

Indicó el tratamiento a seguir: *Espalmagine, 1 c.c.; Atropina y Suero Hayen 300 c.c.*, y recomendó que le aplicasen hielo sobre la región del hígado.

Su hermano Leopoldo, que le acompañaba, cuenta que «le iba preguntando qué tal se encontraba, pero le costaba mucho hablar. Sólo después de grandes trabajos, con mucha dificultad, lograba decir alguna frase ininteligible y perdía el conocimiento. Y sufría un absceso y otro...

—¿Qué te pasó, Pepe? —le preguntaba yo— ¿Qué te pasó?

—No sé...

Eso era todo lo que acertaba a decirnos. Avisaron al Fundador, que vino enseguida a verle y le animó:

—José María, hay que estar dispuesto a todo. Lo que Dios quiera. Hay que ser valientes⁴¹.

La visita del Fundador fue forzosamente corta, porque el médico de guardia le dijo que se marchara enseguida, ya que su presencia allí «le comprometía».

Antes de dejar el hospital, profundamente apenado, el Fundador rogó a varias personas —entre ellas, María Igna-

cia— que pidieran mucho por la salud de D. José María, «pues que Nuestro Señor parecía querer conservarle la vida, si con fe se lo pedíamos»⁴² anota María Ignacia; que dice a continuación:

yo no escatimé oraciones, privaciones, vencimientos y cuanto mis fuerzas alcanzaron para ello⁴³.

«Todos estábamos inquietos —recuerda Leopoldo Somoano—. ¿Qué sería aquello? Era algo realmente extraño: vomitaba con frecuencia cuajarones de líquido negro, con grandes trabajos; y era raro también que el personal médico no supiera nada de nada»⁴⁴.

«Durante la noche del día 15 estuvimos junto a su cama sin separarnos ni un momento de su lado —evoca Sor María Casado, una de las religiosas que atendían el Hospital—, Sor María Galparsoro y yo. Padecía unas pesadillas y unos espasmos terribles. Cuando se reponía un poco, comenzaba a rezar y a invocar al Señor en voz alta. Le daban unas convulsiones y unos espasmos tan fuertes que teníamos que sujetarlo. Cuando se calmaba, nos miraba a las dos y nos decía:

—*Qué trabajo, qué trabajo le estoy dando a las dos Marías.*

Y volvía a tener vómitos y estremecimientos. Aquello era muy extraño. Yo no había visto nunca nada parecido y estaba convencida de que lo habían envenenado. En cuanto se le pasaba la desazón, volvía de nuevo a rezar, y a invocar al Señor...

Así pasó aquella noche... Y así, rezando, entre dolores y sufrimientos, invocando al Señor y a la Virgen, a las once de la noche del día siguiente, sábado 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, se nos fue al Cielo»⁴⁵.

El día siguiente, domingo, a primera hora, el Fundador llamó por teléfono al Hospital. Le dijeron que volviera a llamar a las ocho de la mañana. A continuación celebró la Misa por Somoano: por su alma, si había fallecido; por su salud, si vivía.

Avisó a las dos Comunidades de religiosas de Santa Isabel, de las que era capellán, para que se unieran a su intención. Al llegar al *memento* de difuntos, tuvo la corazonada de que había muerto. Cuando terminó de celebrar la Misa recibió una llamada con la confirmación de su presentimiento. Rezó un responso muy impresionado y lloró.

También María Ignacia, que había estado rezando intensamente durante la noche, tuvo un presentimiento parecido. Escribió en su Cuaderno:

Me dormí tarde, sin dejar continuamente de pedir más y más por su salud, si así convenía; pero, a las tres o cuatro horas de quedarme dormida, serían las 3 de la madrugada, desperté y lo primero que se me vino al pensamiento fue él, pero al intentar de nuevo pedir por su salud, una voz interior me decía con toda insistencia: reza ante todo las oraciones de difuntos, que es lo que más falta le puede hacer en estos momentos.

Aunque no quería acabarme de convencer de que había muerto, las recé enseguida. Y a las 7 de la mañana cuando la enfermera vino a tomarnos la temperatura, me confirmó que había muerto a media noche.

¿Qué iba a pasar cuando le hicieran la autopsia? Acusarían a éste y a aquél... ¡Las amenazas habían sido públicas y

notorias! Pero no sucedió nada, porque cuando vino el padre del capellán, don Vicente Somoano, se negó a que le hicieran la autopsia.

Don Vicente era abogado y trabajaba como Secretario de Juzgado de Arriendas, un pueblo de Asturias. Había tenido que asistir, por su profesión, a numerosas autopsias, y no quiso que el cuerpo de su hijo pasara por aquel trance.

«Poco después —recuerda Leopoldo Somoano—, el Fundador del Opus Dei, junto con otros sacerdotes, asistió al funeral en la capilla y cada uno de ellos rezó un responso. Al día siguiente, estuvo con nosotros, consolándonos. Aunque comprendía la actitud de mi padre, nos dijo que él hubiera sido partidario de mandar hacer la autopsia para demostrar el presunto envenenamiento.

Entonces le contamos que Sor Engracia nos había dicho que había visto y oído a nuestro hermano ofrecer su vida a Dios, durante una visita al Santísimo. Al oír esto, exclamó:

—¡Qué pena de no haberlo sabido antes! Le hubiera disuadido, porque todos le necesitábamos muchísimo⁴⁶.

«El día 18 por la mañana —prosigue Leopoldo— lo llevamos a enterrar al cementerio de Chamartín (...). Estaba allí el Fundador del Opus Dei y varios sacerdotes amigos de mi hermano, muchos conocidos y gentes del hospital, todos muy afectados y sorprendidos por la rapidez con la que había sucedido todo»⁴⁷.

El Fundador se haría eco, años después, del gran amor de Somoano hacia la Eucaristía. Sólo el pensamiento de que hubiera sacerdotes que subían al altar menos dispuestos, le hacía derramar lágrimas de Amor y de Reparación:

«¡Cómo lloró —escribió Josemaría Escrivá en el n.º 532 de *Camino*—, al pie del altar, aquel joven Sacerdote santo

que mereció martirio, porque se acordaba de un alma que se acercó en pecado mortal a recibir a Cristo!

—¿Así le desagravias tú?»

Pocos días más tarde, don Josemaría estuvo hablando con un eclesiástico, que exclamó, refiriéndose a Somoano:

—¡Qué santo era!

—¿Lo trató Vd. mucho? —preguntó el Fundador.

—No; pero le vi una vez celebrar la Santa Misa⁴⁸.

¿Cuál fue la causa de aquella extraña muerte? Julio Somoano, otro hermano del capellán, afirma que se dieron un conjunto de *circunstancias misteriosas que no se desvelaron nunca*⁴⁹.

¡Daré un paso adelante, no lo dudéis!

En los días siguientes al fallecimiento de Somoano, en las últimas semanas de julio de 1932, María Ignacia ora y reflexiona sobre los hechos que acaban de suceder. Algunas enfermas hablan con agradecimiento de la ayuda que les ha prestado el capellán en la dirección espiritual. Una comenta:

Le pasaba lo mismo que al médico que limpia la llaga del enfermo sin escuchar para nada sus lamentos, poniendo todo su cuidado en hacerlo bien. Sabe que le produce dolor, pero lo que le interesa no es la molestia pasajera que dicho enfermo siente, sino su curación. Igual le pasaba a don José María; daba siempre en la llaga... pero por tanto, siempre también curaba las heridas del alma.

Esa enferma marchó poco después a su tierra, y le contaba a María Ignacia por carta:

Cada vez lloro más y más el Padre tan bueno que he perdido; y lo hago en tal forma que a veces siento remordimiento. Me consuela el pensamiento [de] que desde el Cielo nos alargará la mano siempre que lo necesitemos, ya que en la tierra tantas veces lo hizo. ¡Cuánto, cuánto bien ha hecho a mi alma!⁵⁰.

María Ignacia piensa en el Fundador y en el futuro del Opus Dei. ¿Qué sucederá ahora? Escribe el 21 de julio en su Cuaderno:

**Un apóstol menos en la tierra
y un santo más en el Cielo**

El 17⁵¹ de este mes nos dejó nuestro celoso y santo Capellán para volar Contigo a los Cielos (...).

Ha muerto (si muerte puede llamarse al que en su último momento se une a la Vida) en la cumbre de sus sufrimientos.

Porque veía en los enfermos Tu imagen, y por amor a Ti, nada de cuanto por el bien del alma de los enfermos hacía nunca le pareció duro ni difícil. Sufrió en silencio, y siempre con la sonrisa en los labios, abandonos, desprecios, insultos, vergüenzas, y toda clase de incomodidades y dolores.

Dichoso él, que en los momentos en los que era más triturado por el sufrimiento, le abriste las puertas de tu Reino (...).

A mis hermanos en la Obra de Dios les diré: «¡No tengáis pena! ¡Nuestra hermosa Obra dará un paso adelante; no lo dudéis!

¡Qué santo entusiasmo sentía por ella! — Espere-
mos gratas sorpresas.»

En su limpia mirada se reflejaba un alma sencilla y santa. — ¡Con qué candidez y pureza de intención me dijo un día : «Qué bueno... qué grande es Jesús... A veces, le siento junto a mí... Me envuelve su Divinidad... ¡Qué hermoso es escucharle!»

— Así como él te escuchó en la tierra, escúchale Tú en el Cielo, ¡oh Jesús mío!»⁵².

Se cumplió su profecía

A partir de entonces Josemaría Escrivá se ocupará de los enfermos del Hospital. Al principio acude sólo los martes para confesar. Pero hay tantos que desean verle, que pronto comienza a ir también los sábados⁵³. A pesar de su intenso trabajo sacerdotal, que no le deja un minuto libre, le ha dicho a Sor Engracia, la superiora de las religiosas, que le llamen a cualquier hora del día o de la noche si un enfermo grave pide los Sacramentos⁵⁴.

«Cuando venía a confesar y ayudar, con su palabra y su orientación, a nuestros enfermos — cuenta una religiosa, María Jesús Sanz — les he visto esperarle con alegría y esperanza. Les he visto aceptar el dolor y la muerte con un fervor y una entrega, que daban devoción a quienes les rodeábamos»⁵⁵.

Además, casi todos los domingos y días festivos celebra la Santa Misa. Si hace buen tiempo, públicamente, en el jar-

dín, al aire libre. Y predica la homilía. Todo esto supone un acto de audacia y valentía, en vista de lo que acababa de sucederle a Somoano.

Está haciendo realidad lo que Somoano había prometido a María Ignacia antes de morir: *antes se quedaría sin agua el mar* que los enfermos de aquel hospital sin la Comunión.

Recordando estas palabras, escribió María Ignacia:

Hasta su muerte se cumplió *su profecía*. Y hoy día, tampoco nos ha faltado⁵⁶.

Una canción desconocida

—Yo no digo mi canción...

Como un niño delante de Dios

El itinerario espiritual de María Ignacia durante este último periodo de su vida se va adentrando en lo que la mística denomina *infancia espiritual*, un camino de abandono, sencillez y docilidad que lleva a hacerse *niño delante de Dios* y a rezar con la fe y la humildad de los niños. El Fundador del Opus Dei lo considera «camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios»¹.

La infancia espiritual es algo muy diverso del sentimentalismo o la puerilidad. Por eso aconseja Josemaría Escrivá: «Deja obrar al Espíritu Santo»²

El Fundador del Opus Dei pone de manifiesto en sus *Apuntes íntimos* muchos aspectos de la infancia espiritual, porque Dios le condujo por este camino. «Yo no he conocido en los libros el camino de infancia —escribió— hasta después de haberme hecho andar Jesús por esa vía»³.

«Ayer, por primera vez —anotó el Fundador del Opus Dei el 14 de enero de 1932—, comencé a hojear un libro que he

de leer despacio muchas veces: «Caminito de infancia espiritual» por el P. Martín. Con esa lectura, he visto cómo Jesús me ha hecho sentir, hasta con las mismas imágenes, la vía de Santa Teresita. Algo hay anotado en estas Catalinas⁴, que lo comprueba. Leeré también despacio la «Historia de un alma»⁵.

Ese mismo día consignó en sus Apuntes: «Entonces, me tomó Teresita y me llevó (...), por María, mi Madre y Señora, al Amor de Jesús»⁶.

Me tomó, escribe Josemaría Escrivá, para resaltar que ese *camino de infancia* pertenecía sólo a su vida interior. No era un rasgo de la fisonomía espiritual del Opus Dei.

Vendrían al Opus Dei — el Fundador los veía ya con los ojos de la fe— miles de hombres y mujeres de todas las culturas, que procurarían identificarse con Cristo en medio de sus circunstancias. Y, como sabía que Dios lleva a cada alma por su propio camino, aunque recomendó ese camino de infancia espiritual⁷, nunca quiso imponerlo como un paso obligado de la vida cristiana de los hombres y mujeres del Opus Dei.

Una hermosa lección

Dios llevó también a María Ignacia por este *camino de infancia*, gracias a una costumbre cristiana que había vivido desde su juventud: la lectura espiritual.

El 25 de mayo María Ignacia escribió una breve relación de su vida interior, que tituló *Fruto de una meditación*; un escrito que es, en cierto sentido, un *aviso para caminantes*.

Cuenta que en su vida interior hubo una primera etapa, caracterizada por la búsqueda de la santidad en lo extraordinario; y más tarde, una segunda etapa, un segundo camino,

que denomina la etapa de la infancia espiritual, cuyo rasgo principal era la sencillez y el abandono en Dios.

Este⁸ segundo camino, al parecer tan opuesto al primero, ¡qué hermoso le encontró desde sus primeros pasos en él! Sí; por aquel caminito le invitó Jesús a que le buscara; asegurándole [que] le encontraría.

Y por si este alma pudiera algún día volver a olvidarse del primer camino, e intentar de nuevo caminar por él, Jesús, quitándole toda la salud y fuerzas corporales, volvió tierra⁹ toda su obra, para moldearla a su gusto. ¡Qué encantador será este edificio cuando llegue a terminarse!

Si bien es verdad que, mientras no esté consumado, sus paredes aparecerán con manchitas de acá para allá, debido a los materiales con los que la primera vez se amasó la mezcla, en el último día el Maestro Divino estucará sus paredes dándole un brillo a todo por igual, que sin notarse ya mancha de ninguna especie, sus resplandores atraerán hacia Él las almas del mismo modo que las palomitas son atraídas por la luz de una bujía.

¡Qué bueno y qué grande es Dios nuestro Señor!¹⁰

El sucedido íntimo que María Ignacia describe el 20 de agosto en su Cuaderno, titulado *¡Con cuánta frecuencia me acaricias, Jesús mío, durante el sueño!*, refleja cuánto había avanzado en su trato con el Señor por este camino de infancia. Experimenta un gozo interior parecido al de muchas personas santas a lo largo de la historia de la Iglesia.

...Soñé que, rendida por los cuidados del mundo, me fui al Sagrario a descansar en la compañía de

mi dulce Amado. Al acercarme al altar vi junto a la puerta del Tabernáculo una imagen muy hermosa del Niño Jesús, y me abracé a ella con grande cariño. —Estando así me dije: Mira¹¹ ...que si este Niño se revistiera ahora de carne mortal... ¡que impresión recibiría! —En esto, siento su carita junto a la mía tan suave, tan llena de vida, que no acababa de creerlo.

Lleno su rostro de una celestial sonrisa y señalando hacia el Sagrario, sin dejar de abrazarme, dijo: «Quiero que seas para mí como una madre». Yo pensaba que Jesús desde el Sagrario estaba oyendo cuanto aquel Divino Niño me decía, y como mi Padre que era y, por tanto, conocedor de todas mis flaquezas, basada en esto contesté:

—¡Pobre de mí! ¡Soy tan incapaz para todo...!

—El Niño Jesús, al punto, poniéndose muy triste, se soltó de mi cuello y volvió a ser una imagen.

Así que me di cuenta de aquel cambio, le dije: «Sí; Jesusito; sí; con tu ayuda seré cuanto tú quieras. Aquí me tienes.»

Enseguida me volvió a abrazar, y sentí que de nuevo sus tiernas carnicitas rozaban mi cara, sonriendo con gran satisfacción.

—Después de esto, desperté.—

¡Verdad que en este sueño, Jesús mío, me quisiste dar a conocer, una vez más, que la desconfianza es lo que más apena tu misericordioso y bondadosísimo Corazón? En el momento que desconfié, me apartaste tus gracias... tus caricias... Y en cuanto te prometí, con tu ayuda, segura correspondencia,

olvidándolo todo, sonreías más y más, estrechándome sobre tu pecho.

¡Nunca olvidaré tan hermosa lección!

Luchas

Durante los días en los que María Ignacia redacta estas líneas sufre una fuerte recaída y su hermana Braulia va a atenderla. Braulia ve que estos meses, en los que se redoblan los dolores, son, paradójicamente, los más felices de la vida de su hermana. Su amor hacia la Eucaristía va engrandeciéndose jornada tras jornada, en un *crescendo* inacabable.

Escribe el 31 de agosto en su Cuaderno:

*El alma de Ti enamorada, a los pies de un
sagrario, duda de su vida mortal...*

Sí, Jesús adorado: en los días que llevo visitándote, en el momento [en] que penetro en la Capilla, y mis ojos descubren el Tabernáculo donde te escondes para cubrir tus resplandores detrás de unas puertecitas cubiertas de fino cortinaje, al pensar que sólo por ellas estoy separada de Ti, mi corazón traspasa esos umbrales con la misma facilidad que el sol, atravesando el cristal, se introduce por los rincones de la estancia.

Si la obediencia no me avisara que debo partir de tu lado, creo que aún sin comer ni beber permanecería inmóvil días y noches consecutivos a tus sagrados pies, alimentada en abundancia del néctar delicioso que mana de la llaga de tu divino costado.

¡Qué embriaguez santa se siente en tu divina presencia!

Allí, la salud, el bienestar, los placeres, el dinero, ocupan un lugar tan bajo, que al corazón le había recordarlo. —Únicamente la palabra *amor* es pronunciada desde el fondo del alma. —El repetirte una y mil veces cuánto te amo, que deseo amarte más y más, que mi única ilusión es llegar a amarte *con locura*, y que me concedas la dicha de morir abrasada en las dulces llamas de tu amor, forman mi delicia. Las oraciones vocales me distraen, y las suspendo... —Mirar a tu Cárcel Sagrada, hablarte con el corazón, decirte mil requiebros, ofrecimientos y súplicas, es mi ocupación, mientras permanezco a tus pies, Jesús del alma mía.

A mi vuelta le digo a mis compañeras: «Ya he expuesto todas mis necesidades y preocupaciones a mi Jesús. Ahora, a descansar tranquila... Le he encargado todo... Él verá lo que ha de hacer.»

¡De qué paz disfruto, cuando todo —y del todo— lo pongo en tus manos!

¡Qué tesoros tan hermosos desperdician las almas que no te conocen!

¡¡Pobrecitas!! —¡Señor! que todos te conozcan para que, conociéndote, ¡te amen!¹².

12 de septiembre de 1932. Una carta

El 12 de septiembre María Ignacia se hace eco de una carta que ha recibido —escrita por F. Francisco con toda se-

guridad—, y que le ha confortado mucho. La transcribe discretamente y humildemente en su Cuaderno, sustituyendo su nombre por el de «una amiguita mía».

Esta carta constituye un testimonio excepcional sobre la personalidad de María Ignacia, contemplada desde la perspectiva de F. Francisco, que ha sido testigo de su progresiva identificación con Cristo durante varias décadas.

Escribe María Ignacia:

Hace unos días que recibí una amiguita mía esta carta que a continuación anoto, por ser una carta que debiera perdurar. Dice así:

Muy estimada X:

Recibí la tuya que me causó impresión grande al ver lo que sufres y cómo lo sufres.

En ambas cosas te pareces a Santa Teresita, y sólo te diferencias en el Amor a Jesús, que creo no le igualarás ¿no es eso?

Aspira en cuanto puedas a seguirla por esa senda, la más elevada y perfecta, a ver si eres su amiguita pronto en el Cielo. Eres joven no contaminada con el vicio... y las faltas cometidas, pocas e hijas de la irreflexión juvenil, mil veces las habrás detestado y confesado; y Dios, que es justiciero y terrible con el obstinado, es suave y misericordioso con el arrepentido, te los habrá perdonado.

Indudablemente lo podemos así creer, porque Él es el que te sostiene en la tribulación, con esa resignación tranquila y amorosa que se ve en tu carta. Es tu piadoso y Divino Cirineo, que te ayuda a llevar la Cruz que todos hemos de llevar en pos de Él, según su pala-

bra. —Y como el herrero, que con un brazo martillea la barra y con otro la sostiene, así el Señor te aflige y purifica con el fuego del dolor, pero también te sostiene. Y como dice San Gregorio Magno: «Todos los pecadores han de purificarse, o con fuego o con agua. En la otra vida se purifican con el fuego del Purgatorio; en ésta, con las aguas de las tribulaciones; y bien se sabe que más suave es purificarse con agua que con fuego.»

—Aprovecha, mi buena X, esa situación en que te ha puesto la Divina Providencia, que es aptísima para purgar los pecados, y adquirir merecimientos grandes para comprar el descanso eterno. Por mi parte te encomiendo gustosamente en el Santo Sacrificio de la Misa, para que Jesús, María y José sean tus ayudadores, tus consoladores en vida y en muerte, y te salven; que la verdad es que, tal está esta sociedad, que se puede apetecer dejarla cuanto antes. Y si San Ignacio decía: «Ah, cuán vil me parece la tierra cuando miro al Cielo», ¿qué diría ahora? Pero, en fin, hasta que el Señor nos conserve la vida, trabajemos en nuestra santificación; y con nuestras oraciones, penitencias y buen ejemplo contribuyamos a la glorificación divina y salvación de nuestros prójimos, lamentablemente extraviados y engañados. —Tu servidor en Jesús, —X.

5 septiembre, 1932

«A imitación de este buen sacerdote —concluye María Ignacia— procuremos siempre que nuestras manos escriban, darte mucha gloria. Que

nuestras cartas sean centellitas de amor que caigan sin cesar en medio de las borrascas de la vida. ¡Cuánto agradece nuestro corazón una mano amiga que nos consuele y nos lleve a Él!»

22 de octubre. Un descubrimiento

La aparición de la ronda de los médicos suscita cada mañana en las salas del Hospital un trasiego de ilusiones y esperanzas. Quizá, tras el paso de aquellas batas blancas, se escuche al fin la palabra consoladora, el diagnóstico benigno...

María Ignacia, consciente de su situación, no espera nada de estas visitas, salvo la confirmación gradual y rutinaria de su empeoramiento, que los médicos van constatando día tras día. Acude continuamente con su corazón al Sagrario, donde encuentra la alegría y la esperanza.

Sólo la apena su falta de correspondencia con el Señor. ¿Qué puede hacer ella con aquel corazón suyo que dice y promete, que se llena de valor y entusiasmo, y luego, a la hora de la verdad, llora y se atemoriza?

El 22 de octubre consigna con detalle en su Cuaderno *un descubrimiento* espiritual que ha hecho cuatro días antes.

El día 18 de este mes, arrodillada delante del Sagrario de la capilla de este Hospital, te dije: «Jesús de mi vida, te dejo mi corazón. No para un ratito, para un día o para varios... ¡no, Jesús adorado! del todo, y para siempre. Bastante tiempo te he disgustado con mis informalidades... Te he dicho millones de veces : Jesús mío, te doy mi corazón. Y al

poco rato he vuelto a pedírtelo, con mis inquietudes, mis desalientos, mis ingratitudes... ¡No, y mil veces no! Jamás te lo reclamaré mi dulce Jesús». Y me dije a mí misma:

—¡Qué alegría! Ya no mando yo en mi corazón. Manda Jesús. Ya no tengo que cuidarme de él. Jesús se cuidará como cosa suya. Ya no tengo yo que defenderle, pues a cargo de Jesús está su defensa... ¡Qué tranquila voy a descansar!

Así me ocurrió; gocé unos días de tanta paz y felicidad que dudaba a veces si sobre la tierra era posible tanta ventura.

Pero el enemigo, siempre envidioso de la felicidad de las almas, me preparó un golpe certero... Ya sabe él, cuando no encuentra otro medio, por dónde tiene que atacar... Me presentó grandes dudas contra la fe... ¡Qué horribles agonías ha pasado mi alma! Con razón había leído en un libro santo que las heridas en la fe son mortales...

— Protestas... suspiros... ¡lágrimas! Millones de actos de fe... de amor... de confianza... A todo, a todo echaba mano, antes que apartarme de tu lado.

Al fin, por tu gran misericordia, salió burlado el enemigo. ¡¡¡Gracias Jesús mío!!!

Ayer fui de nuevo al Sagrario y te hablé de esta forma:

«Mira, Jesús mío adorado: supuesto que Tú tienes mi corazón, te voy a decir una cosa [de la] que me he enterado. Sabes que el maligno enemigo anda tras de apoderarse de él... echa babas rabiosas, por-

que te lo he dado a Ti... todos cuantos medios estén a su alcance dice que ha de poner para lograr su intento... Tú verás, Jesús del alma mía, lo que has de hacer. Yo no haré nada más que avisarte de todo cuanto me entere. Y Tú, como [es] tuyo, te encargarás de todo lo demás.

Ya sabes lo que hoy ocurre. Adiós, mi Jesús, hasta otro día».

¡Qué contenta salí de tu presencia! No me había acordado hasta entonces [de] que el enemigo nada podría hacerle a mi corazón sin tu permiso, ya que en tus manos le había colocado días antes.

¡Qué feliz me siento en medio de tanta obscuridad y tribulación!

8 de enero de 1933. Unos escritos del Fundador

1933. Un nuevo año. El tercero que pasa en el Hospital. El 8 de enero le traen unos escritos del Fundador. Estos escritos, que la consuelan mucho, son, posiblemente, los 246 pensamientos que el Fundador ha estado recopilando durante el pasado mes de diciembre, y que después de transcribirlos a máquina, ha impreso en un velógrafo en forma de fascículos¹³.

María Ignacia experimenta una gran alegría al leer estas *Consideraciones espirituales* o *Consejos*¹⁴, que tantos ecos encuentran en su alma.

152. —Camino de infancia. Abandono. Niñez espiritual. Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana¹⁵.

153. —Reconozco mi torpeza, Señor mío, que es tanta... tanta, que hasta cuando quiero acariciar hago daño. Suaviza las maneras de mi alma: dame, quiero que me des, dentro de la recia virilidad de la vida de infancia, esa delicadeza y mimo que los niños tienen para tratar, con íntima efusión de Amor, a sus padres¹⁶.

154. —Niño, ofrécele cada día... hasta tus fragilidades¹⁷.

Braulia observa que su hermana guarda estos escritos del Fundador como oro en paño, «perfectamente ordenados en una carpeta»¹⁸.

No ha podido escribir nada, por su estado físico, durante los últimos meses. Permanece horas y horas en la cama, acompañada por su hermana Braulia.

Ya no está con el resto de las enfermas. La han trasladado a un cuarto y sabe lo que eso significa.

Pero experimenta una leve mejoría y escribe el 9 de enero de 1933:

*En las recatadas de mi enfermedad,
veo siempre más y más cuánto me amas, ¡oh Jesús mío!*

Se pasaron los meses de noviembre y diciembre sin dedicarte unas líneas en las hojas de este cuaderno.

—A pesar de ello, Jesús del alma mía, me queda el gran consuelo [de] que, si esta vez no han sido escritas por mi mano, seguramente habrán sido escritas por la tuya. ¡Qué ganancioso cambio!

Las mías, como terrenas, hubieran sido grabadas en este cuaderno, pero las tuyas habrán sido escri-

tas en el libro de la Vida... ¡Qué bueno eres, Jesús mío! ¡Cómo me amas!

Sí; mi dulce Amado: las fiebres altas, los grandes dolores en el vientre, el traslado de nuevo a *un cuarto*... en fin todo, todo sufrido por tu amor (éste ha sido mi deseo), habrá ido trazando líneas de la tierra al Cielo, pudiendo asegurar, sin temor a equivocarme, que estos escritos son los que más te agradan.

Por tanto, repetiré llena de confianza: Sí; en noviembre y diciembre también le he dedicado escritos a mi Jesús, pero... no están en mi cuaderno; están en el suyo... ¡Qué alegría!

Ayer, último día de Pascua de los Santos Reyes, me trajo una hermanita mía en la Obra de Dios unos escritos que hace tiempo esperaba con santa impaciencia, por tratarse de Ti.

En varios de sus puntos habla de la niñez espiritual. —Al terminar de leerlos, con gran convicción de lo que decía, y esperanza ilimitada en tu poder y misericordia, he exclamado: Señor, soy una niña, sí; pero... una niña incorregible y con unos instintos de fiera, que si Tú, mi cariñosísimo Padre, no me coges en tus brazos; y, a pesar de mis gritos de protesta, [no] me apartas del peligro, llevándome a *tu aposento*, mi nueva caída sería segura!

¡Jesús del alma mía, apiádate de mí!!¹⁹.

Éstas son las últimas palabras que escribe en su Cuaderno.

Cuán poco falta

1933

...sino a quien conmigo va.

Hay que rezar mucho

A Braulia, que se ha establecido en Madrid para cuidar de su hermana¹, le sorprende la felicidad de María Ignacia durante estos meses de 1933, en los que se va consumiendo lentamente. Es una larga agonía. Contempla cómo su hermana transforma su dolor en un encuentro amoroso con Cristo, llevando a la práctica lo que había escrito años atrás:

¿Queremos que no nos canse el dolor? Pues pensemos que en él estamos complaciendo y amando a Dios².

Como demuestra la experiencia cristiana de tantas almas, el sufrimiento no sólo es compatible con la alegría, sino que puede convertirse en la fuente de esa misma alegría, «porque en ese sufrimiento está el mismo Dios: porque ese sufrimiento es la Cruz de Cristo»³.

Ni siquiera en estos momentos, cuando sabe que puede morir de un momento a otro, María Ignacia piensa en sí misma. Pone los medios a su alcance para acercarse a Dios a

los que la rodean y para que su hermana Braulia, que por su corazón generoso puede entender el Opus Dei, hable con el Fundador.

Cuenta Braulia que su hermana le insistió mucho «en que fuera a ver a don Josemaría y que hablase con él. Fui a verle (...) no recuerdo el mes⁴, a una casa de la calle de Martínez Campos».

En esa casa residía el Fundador con su madre y sus hermanos Carmen y Santiago. Allí daba clases de formación cristiana, y recibía a muchas personas, a las que hablaba de Dios.

Al ver que Braulia ya conocía el Opus Dei por medio de su hermana, el Fundador le dijo:

—¡Hay que rezar mucho!

Durante esa conversación le preguntó si le gustaría pertenecer al Opus Dei en el futuro. Braulia le dijo que sí⁵.

«Estaba la casa —recuerda— con chicos jóvenes de muy distintas clases sociales». Por su carácter alegre y expansivo, a Braulia le gustó ver que esos chicos «salían contentos, comentando cuánto animaba el Padre y cómo a todos contagiaba su alegría»⁶.

15 de mayo de 1933

Tras esa entrevista con el Fundador, Braulia comprende mejor la alegría de su hermana. ¡Qué paradoja! Ella se encuentra prácticamente curada y María Ignacia se prepara para la muerte sin una queja. El sufrimiento la ha ido modelando y conformando con Cristo. Como puso por escrito en uno de sus Cuadernos: «¡Qué dulce es el sufrimiento cuando se padece cerquita del Corazón de Jesús!»⁷

Charlan con frecuencia del Opus Dei, y María Ignacia le comenta algunas enseñanzas que ha escuchado de labios del Fundador:

—A veces puede parecernos que Dios nos trata duramente; no podemos entender las dificultades o las penas que nos envía; pero tampoco el niño pequeño entiende por qué su madre no le deja que juegue con un cuchillo o que acaricie con sus dedos la llama de una vela; y menos entiende por qué, en determinadas circunstancias le da unos buenos azotes. Sin embargo, todo es para el bien del crío⁸.

Pasan los días. Los médicos temen por su vida. En una de esas ocasiones el Fundador le administra los últimos Sacramentos. Al día siguiente escribe en sus *Apuntes íntimos*:

«Día de San Isidro — 15-V-933: Ayer administré el Santísimo Viático a mi h. María García. Es vocación de expiación. Enferma de tuberculosis fue admitida en la O., con el beneplácito del Señor. Hermosa alma»⁹.

Estuvo presente, Juan Jiménez Vargas, un médico joven que recordaría estos momentos durante toda su vida.

Escribe el Fundador:

Me acompañó al hospital nacional (del Rey) Juanito J. Vargas¹⁰. Ama la Voluntad de Dios esa hermana nuestra: ve en la enfermedad, larga, penosa

y múltiple (no tiene nada sano) la bendición y las predilecciones de Jesús y, aunque afirma en su humildad que merece castigo, el terrible dolor que en todo su organismo siente, sobre todo por las adherencias del vientre, no es un castigo, es una misericordia»¹¹.

Años atrás, pensando en la muerte, había escrito María Ignacia: «Dichosa mil veces el alma que se mantiene firme y serena en medio del dolor»¹². Ahora, mientras avanza la primavera de 1933, se acerca hacia el encuentro definitivo con Cristo con una profunda paz. «Sólo una cosa es necesaria para tener paz; amar sufriendo y sufrir amando»¹³.

Desea vivir y morir al mismo tiempo. Irse y quedarse. Desea... lo que Dios quiera. Sabe que aquí hay mucho por hacer, porque el Opus Dei está en sus comienzos, pero desde el Cielo ¡puede hacer tanto! A ella se refieren, con toda probabilidad, las palabras que el Fundador escribió en *Forja*:

«¡Cómo amaba la Voluntad de Dios aquella enferma a la que atendí espiritualmente!: veía en la enfermedad, larga, penosa y múltiple (no tenía nada sano), la bendición y las predilecciones de Jesús: y, aunque afirmaba en su humildad que merecía castigo, el terrible dolor que en todo su organismo sentía no era un castigo, era una misericordia.

—Hablamos de la muerte. Y del Cielo. Y de lo que había de decir a Jesús y a Nuestra Señora... Y de cómo desde allí *trabajaría* más que aquí... Que-

ría morir cuando Dios quisiera..., pero —exclamaba, llena de gozo— ¡ay, si fuera hoy mismo! Contemplaba la muerte con la alegría de quien sabe que, al morir, se va con su Padre»¹⁴.

Estoy muy contenta

Llega el verano. La agonía de María Ignacia se prolonga día tras día. El Fundador sigue atendiéndola, y le pide que rece por sus intenciones. Una de ellas es comenzar lo antes posible la Academia DYA, que tantos obstáculos está encontrando para ponerse en marcha.

Cuenta Braulia que su hermana «estaba maravillosamente atendida espiritualmente por el Padre», que le daba «muchos consejos, animándola en su labor de apostolado y llevando paz a su alma al formarla según el espíritu de la Obra. La alegría de María Ignacia cuando había ido el Padre a verla era patente y me recibía con un ánimo especial:

—Ha estado aquí don Josemaría. Estoy muy contenta»¹⁵.

También a Benilde, cuando iba a visitar a María Ignacia desde Córdoba, le llamaba la atención «la alegría y la serenidad de todas aquellas mujeres, madres de familia, pobres, separadas de sus hijos por el contagio de la enfermedad y que, apenas veían entrar a don Josemaría se llenaban de una felicidad profunda. Lo decían sencillamente así: *Ya ha llegado don Josemaría*. Quedaba dicho todo»¹⁶.

María Ignacia padeció durante este periodo de una forma tremenda, desgarradora incluso. Su unión con Cristo confortaba su alma, pero no mitigaba sus dolores¹⁷. Adelgazó hasta extremos increíbles. Se afilaron los rasgos de su

rostro. Estaba extenuada, sin fuerzas, totalmente consumida, y su cuerpo comenzó a cubrirse de llagas.

La locura de amor

Estaba siendo apoyo para el Opus Dei en unas horas difíciles. «Aún antes de conocer la Obra de Dios —escribió el Fundador— ya aplicaba María por nosotros los terribles sufrimientos de sus enfermedades»¹⁸.

Aparentemente, se encontraba en la retaguardia de la acción apostólica; pero, de hecho, estaba en la primera línea de esa nueva *guerra de amor*. Durante su larguísima agonía comprendió por qué el Señor le había dado, desde su juventud, tanta devoción por su Santa Agonía en la Cruz.

Ya quedaba poco... Y como en aquellos versos de su juventud, que cantaban las maravillas de la sierra y de las ermitas de Córdoba, ella podía decir también:

¡Para llegar al Cielo, cuán poco falta!

Pocos años después, en esa misma sierra cordobesa y junto a esas ermitas blancas, el Fundador volvió a recordar esta enseñanza de la que había hablado en otras ocasiones: con el Opus Dei se *habían abierto los caminos divinos de la tierra*. Había llegado la hora de llevar este mensaje evangélico a los cinco continentes: igual unión con Dios se podía alcanzar en aquel monte de Córdoba, alejado del mundo —explicaba Josemaría Escrivá— que en la Gran Vía de Madrid, en medio del ajetreo del trabajo cotidiano. A igual distancia del Cielo se podía estar desde la soledad de aquellas sierras cordobesas que desde la Plaza de *la Cibeles*, como la llamaban los madrileños.

13 de septiembre de 1933

Braulia recuerda que a finales de verano, cuando María Ignacia podía morir de un momento a otro, el Fundador iba todos los días a verla, y «si no podía ir, la llamaba por teléfono y preguntaba cómo seguía».

«Poco antes de morir la trasladaron de la sala común a una habitación de dos camas para no apenar a las otras enfermas. Yo la acompañaba día y noche. Tenía dolores terribles; estaba llagada de pies a cabeza; la última vértebra la tenía deformada y sobresalía tremendamente. Se había quedado consumida, incluso mucho más pequeña de estatura. Clarita, la enfermera, podía levantarla sin ayuda de nadie.

Vino el Padre para administrarle la Extremaunción»¹⁹.

Braulia asistió a la administración de ese sacramento «sosteniendo el farol con dos velas encendidas que dejé caer —del nerviosismo y del cansancio— manchando la ropa de cera y quemándome un poco.

El Padre, al acabar la ceremonia me dijo que si tenía fuerzas y me parecía oportuno, él podía leerle las oraciones de la recomendación del alma. Las leyó por el ritual y luego rezó otras oraciones que no estaban recogidas en ese libro»²⁰.

El Fundador recordaría siempre las palabras que repetía María Ignacia durante estos largos meses al borde la agonía: «Qué gran cosa ha de ser la Obra, cuando en vez de tener yo una enfermedad, tengo cinco»²¹.

María Ignacia falleció el 13 de septiembre, en la víspera de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

«Cuando María Ignacia murió yo estaba sola —escribe Braulia—. Don Josemaría se enteró inmediatamente —no

sé cómo— y vino enseguida. Se encargó de organizar el entierro y lo presidió, junto a otros sacerdotes.

Esperábamos que acudiese el Capellán del Hospital, pero se retrasaba mucho y yo estaba sin saber qué hacer. El Padre me tranquilizó: me dijo que no me preocupara, que allí estaban ellos: me dio mucha paz.

Asistió también el Capellán de Valdelatas, don Juan Martínez Montón²² que se destacaba por su santidad (...).

Recuerdo al Padre con manteo, caminando deprisa detrás del féretro, colocado sobre el coche mortuario, hasta el cementerio de Chamartín de la Rosa²³.

Cuando llegó el momento terrible de echar la tierra, don Josemaría cogió un puñado, la besó y la echó sobre el ataúd. Me animó con un gesto para que hiciera lo mismo. No sé de dónde saqué fuerzas, pero al ver la serenidad que el Padre tenía, yo hice lo mismo con una gran paz. Rezó el responso en latín. Luego unas oraciones que yo no conocía y que los demás sacerdotes contestaron.

Entendí —o al menos me pareció oír— Opus Dei²⁴.

Más poder en el cielo

Poco después de la muerte de María Ignacia escribió el joven Fundador del Opus Dei:

MARÍA GARCÍA ESCOBAR (†13 - Septiembre -1933).

En las vísperas de la Exaltación de la Santa Cruz, 13 de Septiembre, se durmió en el Señor esta primera h.¹ nuestra, de nuestra Casa del Cielo. —Hace tiempo que, a ruegos suyos, y atendida la gravedad de su mal, le administramos el Santo Viático.—

¡Qué paz la suya! —¡Cómo hablaba, con qué naturalidad, de ir pronto con su Padre-Dios... y cómo recibía los encargos que le dábamos para la Patria...², las peticiones por la Obra!—

(...) La oración y el sufrimiento han sido las ruedas del carro de triunfo de esta h. nuestra. —No la hemos perdido: la hemos *ganado*. —Al conocer su muerte, queremos que la pena natural se trueque pronto en la sobrenatural alegría de saber ciertamente que ya tenemos más poder en el Cielo.—J. M.^a³.

«María Ignacia murió santamente» escribió pocos meses después de su fallecimiento el Director de *La Campanilla*. Se hacía eco del comentario de una de las compañeras de sala en el Hospital: «¡Ha muerto como una santa!»⁴.

Otra de sus amigas del hospital añadía: «ante el cadáver de María no sé qué me pasa que no puedo rezar; más bien siento deseos de encomendarme a ella»⁵.

CAPÍTULO XII

¡Si supiera expresarlo!

Diciembre de 1999

Son casi las dos de la tarde. Hemos llegado al final de la historia de su tía María Ignacia, y doña Pepita me propone que acompañemos hasta su casa a Anita Cárdenas, que vive en una casa que da a la Plaza, en la otra parte de Hornachuelos.

Tras entornar la puerta de la calle, que se abre al primer patio de la casa —un patio genuinamente cordobés, con una fuente rodeada de macetas—, enfilamos la calle de la Palma en dirección a la plaza. Hablamos de Benilde, madre de doña Pepita, y de su tía Braulia, que han fallecido hace unos cuantos años.

«Yo no soy del Opus Dei —dice doña Pepita mientras atravesamos la plaza del Ayuntamiento— y sólo conozco la última parte de la vida de mi tía María Ignacia por lo que se ha escrito de ella. Pero lógicamente he oído hablar mucho a mi madre y a mi tía Braulia de don Josemaría, como le hemos llamado siempre en mi casa; y de la Obra, por la que rezó tanto mi tía».

Subimos por una callejuela blanca, con escaleras, hasta una pequeña plaza encalada, recoleta, junto al paredón de la iglesia.

«Aquí está enterrado el párroco, don Antonio Molina», comenta Anita Cárdenas. Tras otro nuevo tramo de escaleras llegamos a la plaza de la iglesia, que a estas horas está casi desierta. Sólo unos niños juegan al fútbol entre los árboles. Uno de los cuatro costados de la plaza es un largo mirador.

—Ese monte de ahí enfrente —dice doña Pepita— es el Añozal. Allí en lo alto, ¿la ve?, está la casa donde vivió María Ignacia de pequeña.

Entramos en casa de doña Anita, una vivienda alegre y espaciosa, con un patio lleno de plantas por donde llega la luz a raudales, y con un toque indefinible de gracia andaluza en los detalles. Nos enseña algunos muebles de la casa de María Ignacia, como unas mecedoras de mimbre.

Cuando le pregunto cómo han llegado estos muebles hasta aquí, comienza a explicarme una larga madeja de relaciones familiares que no logro retener. Lo único que saco en claro es que este grupo de amigas, como dice doña Pepita, han acabado emparentando todas entre sí.

—Si es muy *sensillo* —explica doña Anita—: Carmen Santisteban es la cuñada de doña Matilde, la maestra de María Ignacia; y Conchita Carrasco, la prima de María Ignacia, se casó con un Vilela, que es...».

Tras charlar un rato sobre lo divino y lo humano, doña Anita nos agasaja con una copa de *fino* —estamos en Andalucía—, y bajando el tono de voz, como si hubiese sucedido ayer, comienza a contarnos:

«Pues sí, mire usted: porque Dios ha querido, yo he vivido entre santos. Mi maestra fue Victoria Díez, que murió mártir. Los curas de mi parroquia, don Lorenzo y don Antonio Molina, fueron mártires también. Y mi mejor amiga, María Ignacia...

Por eso, cuando digo que he vivido entre santos no exagero nada¹.

Cada uno me llevó a Dios por un camino. El camino de María Ignacia fue la amistad y el cariño. No sé cuándo nos hicimos amigas, porque nos conocíamos desde siempre. Ahora, en verano, cuando subo a la terraza veo, por un lado, el Añozal, donde vivió de pequeña; y por el otro su casa, y me acuerdo mucho de ella... Sí; aunque han pasado ya tantos años, más de setenta, la sigo teniendo muy presente.

Y no sólo son recuerdos... Siempre que me veo en apuros por algo de la casa, por la familia, o por alguna enfermedad, me encomiendo a ella, y tengo la seguridad interior, no sé cómo decirlo, de que me escucha, de que intercede ante Dios por mí. Me hace muchos favores, y compruebo que me sigue ayudando, como entonces.

Me han contado que fue una de las primeras mujeres del Opus Dei y que el Fundador la consideraba como uno de *los cimientos*. Pues... mire usted, yo no conozco mucho el Opus Dei; pero conocí desde pequeña a María Ignacia, y puedo asegurar que Dios eligió un buen cimiento: porque tenía, verdaderamente, unas cualidades extraordinarias, como persona y como cristiana.

He leído hace poco un escrito del Fundador sobre el Espíritu Santo². Me ha gustado mucho. Citaba un punto de *Surco*, un libro que me han dicho que se parece a *Camino*.

Pues bien; lo que he leído sobre el Espíritu Santo me ha dejado una paz grande, una alegría...

Eso es precisamente lo que transmitía María Ignacia con su mirada, con su sonrisa: paz, alegría. Y un cariño inmenso. ¡Ay, si supiera expresarlo!»³.

ANEXOS

El cuaderno negro

MANUSCRITOS

Los manuscritos de María Ignacia¹ que se encuentran en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei en Roma son, en total:

- Dos cuadernos de máximas: el *Cuaderno Negro* y *Pepitas de Oro*.
- Una libreta con consideraciones espirituales, que denominamos *Cuaderno del Hospital del Rey*.
- Un bosquejo biográfico y un apunte sobre José María Sommoano.
- Once poemas.
- Dos escritos sueltos: un horario y una reflexión personal titulada *Fruto de una meditación*.

El cuaderno negro

Consideraciones previas

Durante los años 1929-30 María Ignacia recogió numerosos pensamientos espirituales en una libreta de tapas negras, de 20 hojas de 12 por 7,5 cm, sin numerar. Esta libreta contiene, aunque no exclusivamente, un conjunto de máximas, junto con algunos consejos. En estas páginas se denomina este cuaderno, al que María Ignacia no dio título alguno, *Cuaderno Negro*.

Debió ser compuesto en diferentes periodos, porque los trazos caligráficos de la letra varían, lo mismo que el color de la tinta. Cada apartado comienza y termina con invocaciones piadosas usuales en aquel tiempo (a.m.g.d.; Viva Jesús, Viva María) o de la devoción particular de María Ignacia (el Corazón Agonizante de Jesús).

Trata sobre la ciencia del Amor de Dios, fruto del llamado *don de ciencia*, esa participación sobrenatural en la ciencia de Dios que lleva a descubrir la huella divina que ha dejado el Creador en todas las criaturas. No es un estudio teórico, sino un conjunto de máximas nacidas de su oración. Es la confirmación de lo que escribía el Fundador del Opus Dei: «Hay una ciencia a la que sólo se llega con santidad: y hay almas oscuras, ignoradas, profunda-

mente humildes, sacrificadas, santas, con un sentido sobrenatural maravilloso»².

María Ignacia dirige implícitamente estas máximas y consejos, salvo cuando especifica su destinatario, a las «*almas cristianas, sea cual fuere vuestra esfera en el mundo*»; «*os rodeen halagadoras o fatales circunstancias*».

Apartados

- *Máximas espirituales*. Son 53 máximas en las que trata, fundamentalmente, del Amor de Dios y del amor a Dios.
- *Cinco consejos dados a Candidita Martín a petición suya*. Son cinco recomendaciones sobre el amor a Dios, el espíritu de mortificación y la devoción a la Virgen.
- *Otros cinco consejitos a Paquita Novales también a petición de ella*. Estas cinco máximas giran en torno al sentido cristiano del dolor y el sacrificio.
- *De la Virgen Santísima, otros cinco [consejos] para la misma*. Son cinco consideraciones de carácter mariano.
(Los consejos y máximas anteriores parecen constituir una unidad. Están fechados el 27.XII.1929).
- *Otras máximas espirituales* (sin fecha). Son 26 máximas en total. Las cinco primeras tratan sobre la vida cristiana durante la juventud. Las tres siguientes, sobre la fortaleza y la paz interior que nace del abandono en Dios. Las siete siguientes, sobre la lucha interior ante las dificultades. Siguen dos puntos sobre el gozo del alma que se entrega a Jesús; un punto sobre la necesidad de abrazar la Cruz con alegría y ocho consideraciones sobre el Cielo y el sentido cristiano de la muerte.
- *Para poner en práctica...* (9 de marzo de 1930). Es un breve comentario sobre las máximas anteriores, sin título.
- *Atardecer* (sin fecha). Esta breve reflexión espiritual ocupa dos hojas y media.

MÁXIMAS ESPIRITUALES.

El amor a Dios nuestro Señor es el **todo aquí**³ en la tierra, y la entrada segura para el Cielo.

— • —

Quien no sienta en su corazón la llama del Amor divino
¿Cómo le será posible la vida...?

— • —

Con el amor de Dios se ama verdaderamente a las criaturas;
sin este Amor, todo amor es falso.

— • —

¿Quién, sintiendo un átomo de amor a Jesús, no se desvela
continuamente por el bien de todas las criaturas?

— • —

Cuando el amor no va unido al sacrificio no es verdadero amor.

— • —

Amar a Jesús es imitarle; e imitarle es sufrir.

— • —

Con el amor de nuestro Buen Jesús todo se hace dulce y verdadero.

— • —

¿Queréis un medio para amar mucho a Jesús? Permaneced en el dolor.

— • —

Dichosas noches oscuras y espinas punzantes de los eriales de la vida, que tanto nos acercan al Divino Pastor.

— • —

El alma unida estrechamente a Jesús vive en una primavera continua.

— • —

Con un solo acto de amor a Jesús bien hecho, se abren de par en par las puertas del Cielo.

— • —

¿Cuál es la fuente inagotable del amor de Nuestro Señor?
—La Divina Eucaristía.

— • —

No duden las almas buenas que toda la fuerza y gracias necesarias para alcanzar la vida eterna la encontrarán acercándose diariamente al Sacramento del Amor.

— • —

¿En qué error viven sumergidas las almas que se excusan de no recibir en su pecho cada día a Nuestro Señor por su indignidad! ¿Quién es digno de tal merced? Estas almas corren a pasos agigantados al desaliento y a la tibieza más deplorable.

— • —

Nuestro Divino Salvador derramó su sangre por todas las almas; a todos nos ama con igual amor. Solamente espera que le abramos de par en par las puertas de nuestro corazón, para embriagarlo de su más puro y casto amor. ¿Qué nos detiene?

— • —

Hagamos lo más frecuente posible esta exclamación: «¡Te amo, Jesús mío, y deseo amarte siempre!» ¡Cómo sonrío el buen Jesús cuando esto oye salido de un corazón amante...!

— • —

¡Qué dicha tener en nuestras manos, poder consolar al Corazón Agonizante de nuestro Jesús con pequeños actos de amor...!
—Él no mide nuestra oración; mide el amor con que la hacemos.

— • —

Todo cuanto llevan hablado y escrito del amor de Dios nuestro Señor los sabios y los santos es pálido reflejo. No hay, ha habido, ni habrá, inteligencia ni pluma capaz de describirlo.

— • —

No vayamos a Jesús por el camino del temor; vayamos por el del amor. —Pruebe el que quiera a seguir por este camino, y verá cuán corta y suave se le hace esta triste jornada.

— • —

Yo te buscaba entre las rosas, Jesús adorado, mas las rosas callaban; pero me condujiste por medio de acerbos espinas, y escuché tu dulce voz que me decía: «Aquí estoy, hijita mía; no olvides nunca que mi verdadero amante es el que vive en este mundo rodeado de dolor y por encima de él, sabe permanecer en mi amor». Desde entonces fui feliz.

— • —

Si me he ofrecido por víctima de amor al Buen Jesús no lo hice pensando en ningún premio; solamente por llegar a amarle con locura.

— • —

Amar a Jesús es sacrificarse en todo por este Santo Amor; es un Cielo anticipado que la mayoría de las almas buenas dejan escapar de sus manos.

— • —

No hay nada más hermoso en este mundo que el amor a Dios Nuestro Señor unido al Sacrificio.

— • —

De la noche hiciera día para pregonar sin descanso la sed de amor que devora al Corazón Agonizante de nuestro Buen Jesús.

— • —

Almas redimidas con la preciosa Sangre de Jesús, amadle mucho; nada perderéis con ello; y sí: en el momento [en] que menos lo penséis, encontraréis un premio muy grande en la eterna vida.

— • —

Si alguna vez siento tristeza no es otra que el pensar que no ame a mi Jesús como merece ser amado.

— • —

Todos estamos obligados a amar a Aquél que dio su vida por todos; pero en mí es una doble obligación, puesto que a veces se ha valido de medios extraordinarios para sostenerme en su amor.

— • —

Desde pequeña me decía mi corazón que a mi cariño no era posible correspondiera ninguna persona limitada... ¡misterio sublime! Mi alma había sido creada para amar exclusivamente a un infinito amor.

— • —

No crean que cuanto he padecido en la tierra haya sido con insensibilidad; todo lo contrario. —No he visto corazón más sensible que el mío; tanto así que le llamo, a veces, «niño mimado». —Pero el inmenso amor que le tengo a mi Amado Jesús ha remontado siempre por encima de mi corazón.

— • —

Es verdad que he cometido en el transcurso de mi vida faltas con las cuales he causado honda pena a mi Jesús...; jamás lo he negado; pero el pensamiento de la Magdalena conforta siempre mi corazón en la agonía que padece por ello. «Ésta amó mucho y por ello le fue perdonado mucho». A Aquel que lee en los corazones como en un libro abierto dejo que repase el mío, y calcule la cantidad de amor que hacia Él encierra.

— • —

No desconfiemos nunca de la misericordia del Señor. Un solo acto de amor hacia Él bien hecho le hace olvidar toda una vida llena de pecado y disipación.

— • —

La conformidad de nuestra voluntad con la de Jesús en todo... ¿qué diré de esto, que no resulte pálido reflejo ante la realidad? ¡Nada! Si digo que es un camino por el que no se corre, sino se vuela, en alas del más puro Amor. Pruebe, el que quiera alcanzar su santificación, a echarse en los brazos de esta Adorable Voluntad, y verá que, cual otra Santa Teresita del Niño Jesús, en poco tiempo recaudará tesoros infinitos.

— • —

Haz, mi Jesús, a pesar de las muy oscuras nubes que, aunque no lo parezca, circulan continuamente [en torno] a mi espíritu, [que] mi exterior solamente demuestre hasta el último mo-

mento de mi vida, alegría y regocijo. Todo esto por tu amor, Jesús adorado.

— • —

He sufrido mucho en el mundo, ¡Jesús mío, bien lo sabes! pero... me parece tan poquito cuando te lo ofrezco por tu Amor...

— • —

No nos entreguemos a Jesús con tibieza; hagámoslo de todo corazón.— Si en sus manos está todo... ¿por qué el más leve temor?

— • —

No tengamos temor a nada de este mundo; temamos solamente al pecado.

— • —

En el alma pura se recrea el Buen Jesús con más placer que nosotros lo haríamos en presencia de un jardín delicioso y ameno, donde a la vez se escucharán las más dulces y encantadoras armonías.

— • —

Nadie es más feliz que el que así se siente, estando a solas consigo mismo.

— • —

Dichosa mil veces el alma que se mantiene firme y serena en medio del dolor.

— • —

Esta vida pasa pronto... pensemos en la eterna.

— • —

Nuestra vida dura menos que la luz de una cerilla; y casi siempre, antes que terminar el objeto que llevamos, nos quemamos los dedos.

— • —

Quien, comparando la vida temporal con la eterna, no asegura su salvación, es un necio.

— • —

La oración de un enfermo agradecido es un tesoro escondido que no se puede calcular su valor.

— • —

El premio centuplicado me parece lo reserva Nuestro Jesús mayormente para aquellos que practican la caridad con los enfermos. Lo digo por experiencia.

— • —

Las largas enfermedades son escuelas de perfección para quien las asiste, y acumulamiento de tesoros infinitos para el que las padece.

— • —

En la casa donde haya un enfermo padeciendo una larga enfermedad no hace falta *pararrayos*.

— • —

De los amigos de mundo⁴, líbrenos Dios.

— • —

Ten mucho cuidado en no apegar tu corazón a las criaturas, pensando recibir de ellas la más leve sombra de gratitud. Cuando menos lo esperes te harán llorar gotas de sangre.

— • —

¿Conoces a tal persona? Sí que la conozco. ¿Y has convivido con ella? No. Pues entonces, no la conoces.

— • —

A los que no son del mundo, el mundo los aborrece.

— • —

¿Quieres ser entendido por todos? Tendrás que usar entonces un lenguaje muy humano; el lenguaje divino... ¡son tan poquitos, por desgracia, los que lo entienden!

— • —

Un amigo —más que del cuerpo, del espíritu— nunca se podrá calcular su valor⁵.

Cinco consejos dados a Candidita Martín, a petición suya

Ama mucho al Señor; y como prueba de ello, ofrécele cada día cuantos sacrificios se te presenten.

— • —

Di con mucha frecuencia esta breve jaculatoria. «Jesús mío te amo mucho y deseo amarte siempre». Si amor con amor se paga, y el pagador aquí es el Rey de la Gloria Eterna... ¿se podrá medir la cantidad de amor divino que derramará continuamente en tu corazón?

— • —

Procura estar siempre muy alerta tocante a la santificación de tu alma. Ten presente que el enemigo es tan astuto que, sin apenas resbarnos, hace que nos veamos en el suelo para que nos de-

salentemos y retrocedamos en el camino empezado. ¡Seamos siempre de Jesús, cueste lo que cueste...!

— • —

Ten siempre presente, hija mía, que la vida es muy corta... y el Cielo, perdurable.

— • —

Ama mucho a la Virgen Santísima y asegurarás tu salvación. Como Madre cariñosísima, nunca jamás abandona a quien en Ella confía. Dile todos los días desde el fondo de tu corazón: «Madre mía, deseo amarte mucho; quita del camino de mi vida cuantas piedrecitas veas que pudieran serme causa de una caída; y en la hora de mi muerte ven en mi ayuda. ¡¡No me olvides!!»⁶.

Otros cinco consejitos a Paquita Novales, también a petición de ella

Siga edificando a cuantos le rodeen amando mucho a Jesús en medio del dolor y del sacrificio; y confiadamente espere volar a los cielos en brazos de este dulce Amor.

— • —

La Cruz es la más preciosa alhaja que se puede lucir en este destierro.

— • —

Para subir a los Cielos nuestro Buen Jesús tuvo primero que pasar por el Calvario; si esto ocurrió con el Rey de la creación y nosotros ambicionamos la eterna Gloria, ¿podremos quejarnos por nada?

— • —

Sin necesidad de entrar en el claustro, Jesús la hace su esposa, pues le pone por delante la vida de sacrificio; por lo tanto, ¡acéptela con alegría!

— • —

Ame enloquecidamente a Jesús. No se merece que le amemos de otro modo...

— • —

De la Virgen Santísima, otros cinco, para la misma

Quien ame mucho a la Santísima Virgen seguramente se salvará. — Quien no ame a la Virgen Santísima, segura tendrá su eterna desdicha.

— • —

¿Qué madre de la tierra puede, por mucho que quiera a sus hijitos, abrirles las puertas del Cielo? Ninguna. Solamente nuestra Celestial Madre, la Madre del Señor.

— • —

Ame mucho a la Virgen. Ella será su guía en este destierro, y su amparo seguro en la hora de la muerte.

— • —

Amar mucho a la Virgen María y *robar el corazón* a Jesús, es todo uno.

— • —

Señal fija de predestinación es profesarle un tierno cariño a Nuestra Santísima Madre, la Virgen María⁷.

Otras máximas espirituales

¡La juventud...! ¡Cuánto hay que temer de esta época de nuestra vida, si no tenemos una mano amiga que durante toda ella nos encamine hacia el bien!! Toda clase de pasiones bullen en ella, en la misma forma que un hormiguero en verano.

— • —

Aun cogiéndonos el corazón con ambas manos en esa edad florida, resulta insuficiente ese esfuerzo en ciertas ocasiones, si no conservamos en el fondo un bien cimentado caudal de santa prudencia y temor de Dios Nuestro Señor.

— • —

¡Cuánto nos martiriza en la adolescencia los devaneos de nuestra juventud... !!! Quisiéramos borrarlos del libro de nuestra vida, aun a costa de nuestra misma sangre, si posible fuera.

— • —

Yo he conocido a jóvenes de piedad y llenas de amor de Dios Nuestro Señor que en los días de su juventud no han sido dueñas de sí mismas, en ocasiones muy mal relacionadas con sus antiguas y santas inclinaciones. Jesús solamente las sostuvo en el brocal de tan graves precipicios. ¡Jóvenes piadosas... jamás confiad en vuestras fuerzas; invocad incesantemente el auxilio Divino!

— • —

¡Qué verdad es que en nuestra juventud todo lo vemos de color de rosa...! Más tarde, a través de los años, es cuando se ve todo tal y como en realidad es. — Sin embargo... yo os certifico que existe un medio por el cual (fijaos bien y no lo dudéis ni por un momento) siempre podemos seguir viéndolo todo de ese delicado color, aunque cuanto se nos presente en nuestra vida sea rojo plo-

mizo, o negro. El amor a Dios nuestro Señor; el cual lleva siempre tras de sí una conciencia serena y tranquila, es el medio antes dicho. — Probad, jóvenes cristianas a emplear este dulce y santo medio, y estad seguras que no os equivocareis ni arrepentiréis jamás.

— • —

Seamos fuertes en los momentos en que hasta nuestra misma naturaleza se rebela contra nosotros. — ¡De qué paz disfrutamos cuando esto hacemos! Cual la tranquilizadora bonanza que siempre experimentamos después de una fuerte tormenta, así nuestro espíritu se goza en Dios nuestro Señor después de las fuertes y borrascosas luchas sostenidas contra nuestra humana naturaleza.

— • —

Consultemos siempre a nuestra conciencia antes de decidir ningún paso de nuestra vida. Si tuviéramos esta santa costumbre por norma, ¡de cuánta paz interior gozaríamos a toda hora!

— • —

La tranquilidad de una buena conciencia es la mayor riqueza en esta vida. Vale tanto que no es suficiente todo el oro del mundo para comprarla. A pesar de esto... ¡cuántos, verdaderamente pobres, poseen este tesoro escondido! ¿Saben por qué? Porque oyendo la voz del Señor, han atendido a sus palabras. — Los que tienen los oídos puestos en las voces del mundo les es muy difícil percibir la voz de nuestro Divino Salvador.

— • —

Vivamos siempre con grande cautela respecto a nuestro porvenir espiritual. — ¿Verdad que a veces, mientras más propósitos hacemos de no recaer en ciertas faltas, más pronto nos vemos de nuevo cogidas con los mismos lazos? — ¡No importa! Propongá-

monos, a pesar de ello, ser siempre de Jesús; y Él, que mide nuestros buenos deseos, y conoce nuestra fragilidad, nos ayudará siempre, y llegará el día que, viendo nuestra perseverancia en querer amarle, nos coronará de gloria.

— • —

Todo en este mundo es vanidad. — Solamente el servir y amar a Nuestro Señor durará eternamente.

— • —

Quien confiadamente espere recompensa alguna en esta vida por su recto y bien intencionado obrar, sufrirá desengaños que, a veces, hasta le harán vacilar de seguir adelante en el camino del bien, ya que tan poco aprecio hacen de él en el mundo... ¡No nos desalentemos! Continuemos practicando el bien a toda hora, aún sin esperanza alguna de recompensa en este miserable suelo; confiemos solamente en Aquel que no ha de dejar sin paga un vaso de agua dado por su amor.

— • —

Hasta los mismos que tenemos en este mundo por buenos amigos, ¡cuántas hieles nos dan a beber! — La mayoría de las veces las devoramos en silencio, pues que exteriorizando nuestro sentir, tememos escandalizar a aquellos que por su escasa virtud se espantarían de ello. Acordémonos siempre, cuando esto nos suceda, que a nuestro dulcísimo y amantísimo Jesús, siendo el santo de los santos, le dieron a beber hiel y vinagre; por tanto ¿qué extraño es que esto nos suceda a nosotros, miserabilísimos pecadores?

— • —

¡Qué feliz es el alma que, en todo y a toda hora, obra solamente por amor al Buen Jesús! Nada le extraña, nada le sor-

prende, nada le inquieta; como no espera nada de nadie de este mundo, con su mirada siempre fija muy por encima de todo cuanto le rodea, y sin temor a equivocarse, descansa tranquila en brazos de este dulce Amor.

— • —

Haced la prueba, almas cristianas, sea cual fuera vuestra esfera en el mundo, y os rodeen halagadoras o fatales circunstancias, a ponerlo todo en manos del Señor. —Siendo nuestro tierno y amoroso Padre, ¿creéis que cuanto permita nos suceda en esta vida no es porque en sus altos juicios, para nosotros incomprensibles, así lo ordena para la mayor santificación y glorificación de nuestra alma?

— • —

¡Qué dulce es el sufrimiento, cuando se padece cerquita del Corazón de Jesús! Y... ¿cuándo es esto? Siempre que las penalidades y padecimientos de esta vida los recibamos como dones celestiales, señal fija es [de] que nos hallamos muy cerca, quizás unidos con lazos amorosos a este divino Corazón.

— • —

Cree la mayoría del mundo que las almas consagradas a Jesús no sufren; para ellos, estas personas tienen el corazón *de corcho*; quizás, porque habitualmente ven la sonrisa en sus labios. —¡Qué engañados viven! El religioso sufre mucho más que los del mundo... pero con muchísima resignación y alegría.

— • —

Ciertamente es envidiable la vida del alma que se consagra a Jesús; ¡no hay que dudarlo! La paz interior que disfruta solamente es comparable con la de los ángeles y santos allá en el Cielo. —¿Sabéis cuál es el motivo? Mirad: son tan ardientes los deseos que

siente en su corazón de llegar a alcanzar un parecido con el Amado de su alma, que todos los trabajos y sinsabores que en su vida se le presentan, los recibe de tan buen grado, que a manera que un manjar delicioso a nuestro paladar nos abre a veces el apetito, así este alma queda hambrienta de padecer más y más, para poder lograr aquel parecido dichoso con que sueña noche y día.

— • —

La cruz, en este destierro, la encontraremos en todas partes; lo que tenemos que hacer es... ¡abrazarla con alegría!

— • —

El pensamiento del Cielo debe servirnos de constante Ciri-neo. —La Gloria tan hermosa que disfrutaremos, si llevamos con paciencia nuestra cruz en esta vida, debe levantar nuestro espíritu y hacerlo fuerte ante toda pena y contrariedad.

— • —

«El reino de los Cielos padece violencia y lo arrebatan los que se la hacen». Esto quiere decir que sin pelea no hay victoria; para ganar un reino es necesario conquistarlo.

— • —

Si los reinos del mundo, que fenecen en un momento, cuestan tantas luchas, tantas penalidades y tanta sangre el ganarlos... el reino Celestial, que durará por eternidad de eternidades, ¿queremos alcanzarlo sin trabajo alguno de nuestra parte?

— • —

¡Qué poco nos parecerá cuanto hayamos padecido en esta vida, en la hora de nuestra muerte! Entonces desearémos tener muchas y grandes ofrendas que presentarle al Buen Jesús; y al ver el número tan escaso que llevamos, y estar tan pobres de méritos

por haber continuamente regateado a Nuestro Señor que nos librara de ella, desearíamos alargar nuestra vida con propósito firme de obrar de muy distinta manera, pero... la hora es llegada, y ya para nosotros no habrá más tiempo.

— • —

El pensamiento de la muerte no es para traerlo a nuestra memoria una vez al año, al mes o a la semana, no; debemos retenerlo constantemente en nuestra imaginación, y preguntarnos al comenzar cada obra: si esto lo hiciera en la hora de mi muerte ¿cómo lo haría?

— • —

Habrà quien diga que el pensamiento de la muerte es muy triste y meditándolo tan a menudo, no sería posible la vida. ¡No crean tal! Mirándolo solamente con los ojos de la carne, pudiera ser así: pero mirándolo con los ojos del espíritu, ya sabemos que la muerte solamente es la separación del alma del cuerpo; es decir, dejar este destierro de miserias, de llanto y dolor, por nuestra verdadera patria que es los Cielos. ¿Cabe más ganancioso cambio?

— • —

El peregrino que va a tierras lejanas, por muy satisfecho que se encuentre, cuenta a menudo los meses, los días y hasta las horas que le restan para pisar de nuevo la amada tierra que le vio nacer. Nosotros, que somos peregrinos que nos encontramos muy distantes de nuestra patria celestial, ¿por qué temor y no regocijo experimentamos cuando nos vemos cerca del término de nuestra peregrinación en este suelo?

— • —

Igual que al Rey que destierran⁸ de su reino y por añadidura lo condenan a toda clase de trabajos y penalidades, el día que le

dicen: «Vuelve a tus dominios y disfruta en ellos con toda paz y tranquilidad, que nunca más en esta vida ni intento harán de arrojar-te de ellos», su gozo no tiene límites; de la misma manera nuestro espíritu debe alegrarse cuando vemos cercano el día de la entrada en nuestro reino, ¡el reino de los Cielos!

— • —

Para poner en práctica lo que en estas mal escritas y peor re-dactadas líneas dejo anotadas en este cuaderno, solamente debemos confiar en Dios Nuestro Señor tan omnipotente y misericor-dioso, pidiéndole sin cesar su ayuda en toda nuestra vida; la que seguramente no nos faltará si con fe y de corazón elevamos a Él nuestros humildes ruegos.

Atardecer

Es una hermosa tarde del mes de marzo, de esas que prego-nan a grandes voces que la primavera se aproxima.

—El cielo está limpio de toda nube; la temperatura es muy agradable; el sol se despide de nosotros bañándonos con sus últi-mos rayos; los pajaritos elevan mi alma al Cielo con sus incesan-tes cantos a su Creador; el campanillo de la Capillita del pueblo llama una, dos, tres, muchas veces a todo el vecindario, para que vaya a escuchar las dulces enseñanzas de nuestra sacrosanta reli-gión, que en este santo tiempo de cuaresma el buen párroco se desvela para instruir en ella a sus amados feligreses... ..

Yo, contemplando el hermoso panorama que se divisa desde la azotea de mi casa de este mi pintoresco pueblecito, alabo una y mil veces al Divino Hacedor, que tantas maravillas ha creado para servicio de nuestro cuerpo y en recreo de nues-tros sentidos.

—Él haga que cuantas personas en el mismo existimos y existan en adelante no usemos de las cosas de esta vida solamente con miras humanas; sino que, sirviéndonos ante todo para levantar nuestro espíritu al trono del Señor, gocemos en esta vida de una gloria anticipada; y al término de ella, el Buen Jesús coloque en nuestras sienes la corona de sus escogidos, y unidos a El entonemos cánticos de alabanza por toda la eternidad.

ANEXO II

Pepitas de oro

Consideraciones previas

María Ignacia titula *Pepitas de Oro* el manuscrito que redactó en Hornachuelos, en una libreta escolar rayada de 27 hojas, de 23 líneas cada página, del tamaño de una cuartilla.

Lo dedicó a sus sobrinos Pepita, Benilde y María Herrera García. Lo fechó el 26.XII.1929. Ya estaba trabajando en él en agosto de 1928. «Cuando empecé estos apuntes —explica al final del texto— no había nacido José Herrera García. Hoy que los termino, tiene 17 meses; y a él también se los dedica su tita».

Tituló el apartado principal, que consta de 18 hojas: *Para aumentar más y más el amor a nuestro Buen Jesús*.

Incluyó al final varios textos de diversos autores espirituales, que no transcribimos por ser bastante conocidos. Son: *Acto de ofrecimiento que podéis hacer a Dios Nuestro Señor*; *Acto de ofrecimiento de mi misma*; *Acto de contrición del Beato Diego J. de Cádiz*; *Poemas de Santa Teresita de Jesús (A Jesús. ¡Poderme deshojar!)*; *Varias plegarias escogidas de otros autores (A Jesús crucificado. Para antes de comulgar. Para después de comulgar)*.

PEPITAS DE ORO

Para aumentar más y más el amor a nuestro Buen Jesús

(Para mis sobrinas Pepita, Benilde y María Herrera García.)

¡Morir de amor, dulcísima esperanza!
Cuando vea romperse mis prisiones
Será el Señor mi premio y bienandanza
Pues no anhele terrenos galardones.
Es ya pasión en mí su amor divino.
¿Cuándo arderé en su fuego abrasador?
¡Ése es mi Cielo y mi eternal destino:
Vivir de amor!⁹

¡La ciencia del Amor! No quiero otra ciencia más que ésta...
porque no me queda ningún deseo sino es el de amar a Jesús con
locura.

Cueste lo que cueste, quiero ganar la palma; si no es por la
sangre, sea por el Amor.

¿Deseas un medio para llegar a la perfección? No conozco
más que uno: el Amor.

Jesús arde en deseos de entrar en nuestros corazones y estima
nuestro amor por encima de todos los dones que le podamos ofre-
cer. —Pues todos los dones, aún los más perfectos, nada son sin
el amor.

Una sola cosa hay que hacer en la noche tan fugaz de esta
vida: amar a Jesús con todas las fuerzas de nuestro corazón y sal-
varle almas para que sea amado¹⁰.

Amemos, amemos sin descanso al que es Amor, y seamos
buenos, que la bondad es algo que tiene más de Dios que del
hombre.

El corazón puro no sabe más que amar porque posee la fuente
del amor, que es Dios. El alma pura es la más amorosa, buena y
amante.

¿Queremos que no nos canse el dolor? Pues pensemos que en
él estamos complaciendo y amando a Dios.

Ni en la virtud ni en el amor se llega nunca al término; y
cuando pecamos es ¡ay! porque no amamos a Dios lo sufi-
ciente.

A pesar de la intensidad de sus dolores en la Cruz, Jesús sólo
manifestó amor, dulzura, piedad, resignación y sinceridad.

¡Amar a Jesús es imitarlo, e imitarlo es sufrir!

Una de las maneras de mostrar el amor a Nuestro Señor Jesús
es la limosna. —La limosna no empobrece, y Él bendice más la
misericordia que el sacrificio. —Veamos en la frente de los pobres
escrito este nombre adorable: Jesús, y con todo el amor de nues-
tras almas, socorrámoslos sin vacilar.

«Cuando se quiere siempre se acaba por poder». ¿Qué hace
usted para mantener a tan numerosa familia?, preguntaban a una
madre. Y ella contestó sonriendo: ¡Amar!! Cuando se ama, no se
cuenta¹¹.

En los pobres tenemos a Jesús, ¡es Él!... prodiguémosles nues-
tras ternuras. En la Eucaristía tenemos a Jesús, ¡es Él!... adoré-
mosle, y con un amor acendrado, recibámosle todos los días de
nuestra vida en la santa comunión.

Nuestra felicidad en la tierra está en proporción con nuestro
valor en sacrificarnos por Dios. —Sólo el que ama la Cruz puede
entrar en el Cielo *como una reina en su palacio*.

La cruz es el campo de batalla del amor divino; y la más
grande victoria es la de vencerse a sí mismo.

«Nunca estoy mejor que cuando no estoy bien», decía San
Francisco de Sales.

¿Puede decirse en verdad que se ama cuando no se da algo
que cueste?

Fácil es decir a Dios «Te amo», pero si esta palabra no va acompañada de la mortificación cristiana es vana y sin fundamento, porque el amor propio lo ocupa todo.

Una de las pruebas principales de amor que podemos dar al Señor es hacer muchos actos de fe: Creer... y obrar, y no moriremos en nuestro pecado: porque la fe sin obras es fe muerta.

Siempre que dé la hora del reloj propongá[mo]nos *permanecer* en el amor de Jesús, que no sabemos en cuál de ellas nos llamará.

Para un alma verdaderamente amante del Señor no debe haber penas, ocupaciones ni dolores que sean capaces de distraerla de su recuerdo.

Con tal que nos queden un Tabernáculo y una hostia consagrada, continuaremos serenos y felices, por más que nos desprecien... nos abandonen... y nos trituren.

Sólo una cosa es necesaria para tener paz; amar sufriendo y sufrir amando: la paz es el fruto de la guerra contra todo lo que es naturaleza¹².

Miré a mi Salvador traspasado con los clavos, lo contemplé con amor y hallé que la mortificación *era Él*; el sufrimiento *era Él*; y entonces, obrándose en mí una transformación, todo me pareció divino.

¿Qué importan todos los padecimientos con tal de poseer el amor de Jesús?

La fe no es más que el amor que cree.
La esperanza, el amor que espera.
La adoración, el amor que se prosterna.
La oración, el amor que pide.
La misericordia, el amor que perdona.
La caridad, el amor que se sacrifica.
La mortificación el amor que se inmola.
Hagamos esto y tendremos paz.

¡Oh! diremos con San Agustín: ¿Por qué no dispongo de un amor infinito para amar con un infinito amor?

Señor, si ése es tu deseo
Larga vida no rehuyo;
Mas si fuese gusto tuyo
Quisiera al cielo volar:
Amor, que es llama divina,
Me consume y me transporta:
Vivir o morir ¡qué importa!
¡Mi solo anhelo es amar!

Haz que te ame, ¡oh Jesús mío! con una impetuosidad tal, que arrolle mi amor todas las penas y cruces de la vida, sonriendo en ellas sólo por complacerte.

Que te ame con un amor tan fidelísimo, que mi correspondencia a la gracia sea pronta, generosa, incesante.

Que te ame con un amor tan prodigiosamente acendrado por el dolor que se llame *amor de mártir*, unida a tu dolorosa Madre del Calvario.

En mis visitas a mi Jesús Eucaristía le digo que para qué vivo, sino para Él... que a quien más lo ama, más se le perdona... que quiero escribir su nombre en mis ojos, en mis oídos, en todos mis sentidos, en mi corazón. ¡Oh Jesús, Jesús mío, mi Jesús!, le repito. Yo quiero pensar en Ti por los que te olvidan... orar por los que no lo hacen... agradecer por los ingratos... pedir perdón por los que de ello no se acuerdan... ¡y amarte con delirio, con locura y con toda la intensidad con la que te ama el Espíritu Santo, por los que no te aman!...

Cuando oigo que le ofenden a mi Amado Jesús con murmuraciones, ¡ay! quisiera cubrir sus oídos con mi corazón y los gritos de mi cariño.

Cuando hieren las fibras más delicadas de mi alma los desprecios y las ingratitudes, le digo a mi amor: ¡Oh Dios de mi alma! todo por Ti, porque te amo, tu bondad los perdone.

Cuando los recuerdos me torturan, cuando siento la falta de personas queridas, le digo a mi Jesús: ¡Jesús mío! ¡Tú eres mi padre y mi hermano y mi amigo, y mi esposo celestial y mi todo! ¡te amo tanto!

Si Satanás se opone con mil tentaciones al amor de mi Jesús, con todas mis fuerzas repito: te amo, te amo Jesús mío; y si más insiste, más y más lo amo, hasta que me deja en paz.

Si piso sonriendo tantas espinas es porque el recuerdo de mi amado Jesús me impulsa.

Si ahogo en mi garganta toda excusa, es sólo porque recuerdo que mi Jesús calló, humillándose.

Si obedezco contrariándome, si mis gustos los olvido por mi deber, si cedo mi opinión a veces por la del más pequeñuelo, es por el amor de mi dulce esposo Jesús.

Si procuro practicar las virtudes, volver bien por mal, ponerme gozosa a los pies de todos como esclava, arrojar mi corazón al suelo, ¿por quién, por quién todo esto? ¿a quien querré imitar, sino al que siempre bajó, y se anonadó por mí, amando?...

«Aunque no hubiera cielo, yo te amara». Jesús, mi Jesús, porque yo no ambiciono al amarte *sino amarte...* no se me ocurre más. Jesús de mis ensueños, ¡Jesús de mis amores! voy a pedirte un favor, y es: que suspires siquiera una vez, por esta pobrecita alma tan llena de pecados y miserias, pero que con su pensamiento sólo quiere *recordarte...* con sus manos *servirte...* con sus pies *buscarte...* con sus labios *bendecirte...* con su corazón y todo su ser *amarte!*

Tienes víctimas de muchos modos, Jesús de mi alma, pero pocas del amor, y yo quiero ser una de ellas, aunque no lo merezco.

En las crueles purificaciones, cuando el espíritu se siente desgarrar, cuando el crisol quema y el infierno mismo parece querer tragarse el alma, ¡Oh Jesús, dulce Jesús, suave Jesús, divino y adorado Jesús, Tú sabes lo que entonces te amo!

Jesús, único ensueño de mi vida;

Si pudiera a tu ser algo robarte,

sólo amor te robara para amarte.

El que no tiene amor, no tiene vida; y el grado de perfección que tenemos delante de Dios está en razón directa del grado de amor en que por él nos abrazamos, crucificándonos.

Amemos al Divino Pastor, el pastor delicado y tierno que se lanza aún entre las espinas por buscar la oveja perdida, que con amor entrañable ama su rebaño, y que se regocija cuando halla la que se le perdió.

Dar, dar únicamente por dar, sin ocuparnos de la recompensa: porque la vida del amor consiste en *darse*, en vivir *entregado* a Dios y al prójimo sin mezquinos cálculos.

La santidad es fruto de actos enérgicos de amor.

No quiero más recompensa en la tierra *que poder hacer el bien*. No pido ser amado de *nadie* sino *únicamente amar*.

¡Oh Jesús, dulce Jesús, rico Jesús, suave Jesús, encantador y amoroso Jesús! Mírame con aquella mirada detenida, penetrante, divina, que traspasa secretos y misterios, que rasga el velo de la conciencia, que sondea los corazones, que mira y se detiene ¡amando!... Mi alma necesita *saber* de ese amor... *sentir* ese amor... *recordar* ese amor.

Nada tan poderoso como la Eucaristía, esa comunicación en que se traslada el *Amor* mismo al corazón que le ama. Una sola comunión bien hecha basta para destruir defectos, implantar virtudes y hacer los santos¹³.

Escritos del Hospital del Rey

Cuaderno del Hospital del Rey

Desde el 9 de agosto de 1931 al 9 de enero de 1933, durante su estancia en el Hospital del Rey (más tarde Hospital Nacional), María Ignacia redactó 21 consideraciones espirituales en un cuaderno rayado del tamaño de una cuartilla, sin numerar.

Todas las consideraciones están fechadas y escritas sin solución de continuidad. El manuscrito no lleva título alguno.

1931 *Unos minutos de charla interior.* (9.VIII.1931).

Aprovechemos el tiempo y medios, que el Señor nos da
(5.XI.1931).

1932 *Confirmación de amor a mi Jesús, en medio del dolor.*
(1.II.1932).

¡Vispera de Comunión! (4.II.1932).

Domingo de Carnaval (7.II.1932).

Miércoles de Ceniza (10.II.1932).

Una nevada... (13.II.1932).

Desde mi nueva residencia (14.III.1932).

Domingo de Resurrección (27.III.1932).

Una nueva era de amor (11.IV.1932).

¡Cuánto me amas Jesús mío! (7.V.1932).

El 11 y 12 de mayo del 931, jamás podré olvidarles (12.V.1932).

¿Por qué desconfiar de ser, con tu ayuda, una gran santa, si todo don de Ti nos viene? (19.V.1932).

¡Qué pena me da Jesús mío, al ver que en el mundo se te conoce tan poco! (30.VI.1932).

Un apóstol menos en la tierra y un santo más en el Cielo (21.VII.1932).

¡Con cuánta frecuencia me acaricias, Jesús mío, durante el sueño! (20.VIII.1932).

El alma de Ti enamorada, a los pies de un Sagrario, duda de su vida mortal... (31.VIII.1932).

Cartas que nos santifican y Te glorifican (12.IX.1932).

¡Se ha marchado nuestro padre! (30.IX.1932).

¡Qué rabia le ha dado al enemigo! (22.X.1932).

1933 *En las recaídas de mi enfermedad, veo siempre más y más cuánto me amas, ¡oh Jesús mío!* (9.I.1933).

ESCRITOS SOBRE JOSÉ MARÍA SOMOANO

Pequeño bosquejo...

Tras el inesperado fallecimiento de José María Somoano, el 16 de julio de 1932, María Ignacia escribió un breve perfil espiritual sobre su figura en 20 hojas cuadriculadas y numeradas del tamaño de una cuartilla, fechado el 2 de septiembre de 1932.

Lo tituló *Pequeño bosquejo de las virtudes del celoso apóstol D. José M^a Somoano (q.e.p.d.) por una enferma del Hospital Nacional*.

Del grande entusiasmo...

Durante ese mismo periodo escribió otro breve relato, en 6 hojas cuadriculadas y numeradas del tamaño de una cuartilla.

Si en el *Bosquejo* había evocado las virtudes cristianas de Somoano, en este manuscrito, que tituló *Del grande entusiasmo que D. José María q. e. p. d. sentía por nuestra O.*, resaltó su amor hacia el Opus Dei. Lo hemos transcrito prácticamente entero en el texto.

«Hago constar que quien esto ha escrito —aclaró María Ignacia en las últimas líneas— no ha sido dirigida de este buen sacerdote. —Por tanto, lo que ella ha observado en él, lo mismo puede haberlo observado cualquier otra enferma».

Poemas y escritos varios

Poemas

Además de los tres poemas contenidos en *Pepitas de Oro*, se conservan once poemas de María Ignacia, escritos en hojas sueltas de cuaderno. Ignoramos el lugar de composición del poema titulado: *¡Siempre me quedarás Tú!* (18.X.1929).

- Escribió cinco poemas en el sanatorio de Valdelsierra (Guadarrama):
 - A mi llegada al Guadarrama* (Sin fecha)
 - A Jesús mi Amor* (Sin fecha)
 - A mi Jesús* (Sin fecha)
 - A la Adorable Voluntad del Señor* (Sin fecha)
 - A mi custodia* (Sin fecha)
- Y escribió otros cinco poemas en el Hospital del Rey:
 - El consuelo de dos hermanas enfermas y ausentes de su tierra* (Sin fecha)
 - Pensamiento* (Sin fecha)
 - ¡Valdelsierra...!* (29.IV.1931)
 - ¡Amad al que es amor!* (Sin fecha)
 - A Josefina Andrés.— (Enfermera.)* (Sin fecha)

Escritos varios

Se conservan dos manuscritos sueltos de María Ignacia: *Fruto de una meditación* y *Horario del Hospital*.

- El *Horario del Hospital* está escrito en dos hojas rayadas del tamaño de una octavilla, sin fecha. En la segunda hoja se reconoce la escritura de Lino Veá -Murguía. Éste es el texto:

- A las seis y media, despertarnos para el termómetro.
- A las 7, tomarnos la temperatura la enfermera.
- De 7 a 8 levantarnos.
- A las 8, el desayuno.
- A las 9, *Lámpara*¹⁴.
- De 9 a 11, coser, escribir, etc.
- De 11 a 12 reposo...
- A las 12, la comida.
- De 1 a 3, reposo absoluto.
- A las 3, la merienda.
- De 3 y media a 4 y media, paseo.
- De 4 y media a 6, coser, escribir, etc.
- De 6 a 7, reposo.
- A las 7, la cena.
- De 7 y media a 9, reposo absoluto.
- A las 9 y media, apagan la luz¹⁵.

Don Lino dibuja a continuación, en el mismo papel, una cruz formada por cuatro flechas apuntando a los cuatro puntos cardinales, y escribe estos consejos:

- Al despertar, poner el pensamiento en Dios y en la meditación preparada la víspera. Los días de comunión este pensamiento lo llenará todo.*
- 7 ¹/₂. *Oraciones de la mañana y examen de previsión.*
- 9. *Meditación.*

- 9 ³/₄. *Tiempo libre.*
- 11. *1ª parte del Rosario.*
- 11 ³/₄. *Examen*
- 4 ¹/₂. *Lectura espiritual*
- 5. *Tiempo libre.*
- 6. *2ª parte [del] rosario, Vía Crucis, etc,*
- 8 ³/₄. *3ª parte del rosario.*
- 9. *Oraciones de la noche, exámenes general y particular, preparación de los puntos de la meditación para el día siguiente.*

Al final, englobando estos puntos, dibuja una llave con este resumen:

Presencia habitual de Dios, haciendo y sufriendo todo por su amor.

- *Fruto de una meditación* está fechado 25.V.1932. En esta reflexión, escrita en una hoja rayada, del tamaño de una página, María Ignacia evoca su itinerario espiritual.

Marco cronológico general

- 1896** Nace en Hornachuelos (Córdoba) María Ignacia García Escobar. Vive durante su infancia en el Añozal, una finca cercana al pueblo.
- 1906** La familia de María Ignacia se traslada a Hornachuelos.
- 1914** *Comienza la Primera Guerra Mundial*
- 1916** Marzo. Fallece en Hornachuelos Manuel García Durán, padre de María Ignacia. La familia sufre una fuerte crisis económica.
- 1919** Braulia García Escobar contrae la tuberculosis en Córdoba. Poco después se contagia María Ignacia.
- 1929** 26 de diciembre. María Ignacia concluye «El Cuaderno Negro».
- 1930** Estancia de María Ignacia en Valdelasierra, en Guadarrama, Madrid.
22 de julio. María Ignacia ingresa en el Hospital del Rey. Conoce poco después a don Lino Vea-Murguía y a don José María Somoano, nuevo capellán de la Enfermería del Hospital.
- 1931** 12 de abril. *Se celebran elecciones municipales en toda España.*
14 de abril. *Se proclama la II República española.*
11-12 de mayo. *Se produce en Madrid la quema de iglesias.*

- 1932 2 de enero. José María Somoano, tras hablar con Josemaría Escrivá, se vincula al Opus Dei.
9 de abril. María Ignacia comienza a formar parte del Opus Dei.
16 de julio. Fallece José María Somoano, presumiblemente envenenado por su condición de sacerdote.
- 1933 13 de septiembre. Fallece María Ignacia en el Hospital del Rey.
- 1936 18 de julio. *Comienza la guerra civil en España.*
27 de julio. Sufre martirio en Puente Genil (Córdoba) Lorenzo Pérez Porras, antiguo párroco de Hornachuelos.
12 de agosto. Mueren mártires a causa de la Fe la Beata Victoria Díez, maestra de Hornachuelos; y Antonio Molina Ariza, párroco del pueblo, en la mina del Rincón, cerca de Hornachuelos.
Son asesinados esa misma noche 16 presos más por motivos sociales y políticos. Entre ellos se encuentra Antonio García, hermano mayor de María Ignacia.
15 de agosto. Es detenido en su domicilio Lino Vea-Murguía, que sufre martirio a causa de la Fe. Es fusilado junto a la tapia del Cementerio del Este, en Madrid.
25 de septiembre. Fallece en Córdoba María Escobar, madre de María Ignacia.

Abreviaturas

AGP	Archivo General de la Prelatura
RHF	Registro Histórico del Fundador
D	Documento
T	Testimonial
CN	Cuaderno Negro
PO	Pepitas de Oro
P	Poemas
CHR	Cuaderno del Hospital del Rey
PB	Pequeño bosquejo de las virtudes del celoso apóstol D. José M ^a Somoano (q.e.p.d.) por una enferma del Hospital
DGE	Del grande entusiasmo que D. José María q.e.p.d., sentía por nuestra O.
EV	Escritos varios.

Notas

DE UN PAÍS DESCONOCIDO

¹ Eduardo Fuentes Duarte nació el 20.VIII.1941 en Guatemala. Estudió ingeniería en la Universidad de San Carlos. Hizo sus estudios eclesiásticos en Nueva Orleans, en el Seminario de la Asunción de Guatemala, y en la Universidad Gregoriana de Roma. Se ordenó sacerdote el 28.VI.1969. Tras ejercer su tarea pastoral en varias parroquias, fue nombrado obispo auxiliar de Sololá-Chimaltenango el 8 de abril de 1980. Era socio de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz desde 1972. En febrero de 1997 se le diagnosticó un tumor en fase muy avanzada, y llevó con gran alegría la enfermedad, acercando a muchas personas a Dios y realizando un gran apostolado desde su lecho. Falleció en la ciudad de Guatemala el 20.VII.1997 (Cfr. *Romana*, *Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, julio-diciembre 1997, n.º 25).

CAPÍTULO I

¹ Sobre Hornachuelos, vid. p. e., Alejandro GUICHOT y SIERRA, *La Montaña de los Ángeles*, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1987. Cfr. José Manuel ESCOBAR CAMACHO, Hornachuelos, «Edad Media» en *Los Pueblos de Córdoba*, «Hornachuelos», fasc. n.º 40, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, pág. 798.

² José Luis Comellas ofrece en su *Historia Breve de España Contemporánea*, Rialp, Madrid 1989, pp. 203-205, algunos datos que reflejan la compleja situación social de Andalucía a finales del siglo XIX y comienzos del XX: el 90 por 100 de los campesinos del Sur son jornaleros. España sigue siendo un país eminentemente agrícola: entre el 65 y el 70 por 100 de las familias españolas viven del sector primario. El 94 por 100 de los propietarios cuentan sólo con el 46 por 100 de la tierra.

Un 28 por 100 corresponde a fincas de más de 250 hectáreas, lo que se considera un latifundio. En el caso concreto de Hornachuelos, escribe Fernández Aguinaco, «probablemente la concentración de la propiedad en manos de terratenientes —como en el resto de Andalucía y en la España rural del tiempo— y las grandes diferencias sociales, fueran la causa de que pronto se despertara la conciencia social y el descontento popular ante la situación de desigualdad. Las consecuencias políticas que ocasionaba esta situación no son difíciles de imaginar: enfrentamientos continuos entre los grupos antagónicos, periodos revolucionarios, atropellos y violencias por ambas partes». Cfr. Carmen FERNÁNDEZ AGUINACO, *Victoria Díez, Memoria de una maestra*, Narcea, o. c. pág. 49. Esta situación, no resuelta, fue causa, en parte, de «aquellos odios» a los que alude doña Pepita.

³ Esta entrevista se realizó el 27 de diciembre de 1999.

⁴ *Don Álvaro o la fuerza del sino* es la obra teatral más importante del Duque de Rivas, y la más significativa del romanticismo español. Fue estrenada el 22 de marzo de 1835. Tiene, como fuentes anteriores, aparte de las obras de Byron y Dumas, algunas leyendas locales de Hornachuelos. El tema central —que se opone frontalmente al sentido cristiano de la Providencia— es la fuerza del destino y del azar ciego, que acaba dominando la voluntad humana y la arrastra hacia la tragedia, como el *fatum* griego.

⁵ Cfr. Braulia García Escobar, *Testimonio*, AGP, RHF T-04966, pág. 1.

⁶ Cfr. Braulia García Escobar, *Testimonio*, ibidem.

⁷ Manuel PALENCIA CARRASCO ofrece algunos datos de este periodo en su *Pregón del V Centenario de la Fundación de Santa María de los Ángeles de Hornachuelos y primera fiesta de la diamela*. Hornachuelos, 29.VI.1990.

⁸ Braulia García Escobar, *Testimonio*, AGP, RHF T-04966, pág. 1.

⁹ San Eulogio escribió las Actas de este santo, nacido en Anaelos, pueblo de la sierra de Córdoba que algunos identificaron en el pasado con Hornachuelos. Según esas Actas, San Abundio estudió en Córdoba y tras ordenarse sacerdote regresó a su pueblo natal. Murió mártir en Córdoba durante la persecución del Califa Mohamed contra los cristianos el 11 de julio del año 854. Después de hacer una ferviente defensa de Jesucristo, fue degollado y echado a los perros.

¹⁰ Ojeando, en el argot de la montería.

¹¹ MARÍA IGNACIA GARCÍA ESCOBAR, Poema (en adelante P) . *¡Amad al que es el amor!*

¹² MARÍA IGNACIA GARCÍA ESCOBAR, Escritos Varios (en adelante EV) *Fruto de una meditación*, 25.V. 1932.

¹³ «En 1881 ya existía en Hornachuelos —afirma Fernández Aguinaco— una sección de la Internacional Socialista, que envió su adhesión al Congreso de Barcelona de ese año. Un año más tarde asistieron representantes de la Sociedad de Oficios Varios al Congreso de Sevilla. A comienzos del siglo XX empiezan a aparecer grupos de anarquistas». *Victoria Díez...*, o. c., pág. 47.

¹⁴ Perros que fueron domésticos, asilvestrados.

¹⁵ Canción del Pirata.

¹⁶ María Ignacia García Escobar, P. *¡Amad al que es amor!*

¹⁷ El nombre del padre de María Ignacia no aparece, por ejemplo, en la relación de los 104 vecinos de Hornachuelos que se adhirieron al Obispo de Córdoba en diciembre de 1901, en protesta por la legislación hostil sobre las Congregaciones religiosas. Es una omisión elocuente, al tratarse de un médico y de una persona representativa del lugar. Cfr. B.E.O.C., «*Adhesiones protesta*» (Hornachuelos, 2.XII.1901), 18.I.1902, año XLV, n.º 11, págs. 46-47.

¹⁸ Giuseppe VERDI, *Otello*, Acto II, Escena II. «Y creo que el hombre es un juguete del destino inicuo/ desde el capullo de su cuna/ hasta los gusanos de su tumba./Y después de tanta burla sobreviene la Muerte./ ¿Y después? La Muerte es la Nada./ El Cielo no es más que un viejo cuento».

CAPÍTULO II

¹ Matilde García Vázquez.

² Pocos años antes, el 13 de marzo de 1900, se había promulgado una ley prohibiendo el trabajo a los niños menores de diez años.

³ «En 1908 —escribe Fernández Aguinaco, refiriéndose a Hornachuelos— solamente el 50% de los niños de entre 6 y 12 años asistían a clase».

⁴ Don Fernando Laguna, ayudado de su coadjutor, Leopoldo Soriano Fernández Peña, fue párroco durante aquellos años la Parroquia de Santa María de las Flores. Cfr. B.E.O.C. (*Boletín Eclesiástico del Obispado de Córdoba*), «Clero parroquial y adscriptos», 1897, año XLI, n.º XVII, pág. 191.

⁵ Jazmín de Arabia. Es una especie de jazmín de aroma muy intenso.

⁶ Cfr. Francisco LUQUE-ROMERO ALBORNOZ y José COBOS RUIZ DE ARANA, «Las subastas de la Virgen», en *Los Pueblos...*, o. c., fasc. 42, pág. 823.

⁷ Ricardo Torres y Reina, «Bombita», nació en Tomares, Sevilla, el 20.II.1879. Tomó la alternativa el 24 de septiembre de 1899 y fue una de las grandes figuras de la fiesta taurina durante la primera década del siglo XX. Cfr. José María DE COSSIO, *Los Toros, Tratado técnico e histórico*. tomo IV, Espasa-Calpe, Madrid 1986, págs. 950-955.

⁸ José María PEMÁN. *Feria de Jerez*.

⁹ María Ignacia escribió varias consideraciones sobre la importancia de las buenas amistades en la juventud. Doña Pepita se refiere seguramente a ésta: «¡La juventud...! ¡¡Cuánto hay que temer de esta época de nuestra vida, si no tenemos una mano amiga que durante toda ella nos encamine hacia el bien!! Toda clase de pasiones bullen en ella, en la misma forma que un hormiguero en verano». Cfr. Cuaderno Negro (en adelante, CN), *Otras máximas espirituales*, pág. 19.

¹⁰ Según la documentación que se custodia en el Archivo Provincial de los Hermanos Menores Capuchinos de Andalucía, Fray Francisco María de San Sebastián nació en San Sebastián el 20 de junio de 1881. Su nombre civil era Francisco Arregui Igarzábal. Ingresó en la Orden el 6 de enero de 1900, en la entonces llamada

provincia *Nullius*. Hizo la profesión simple (actual profesión temporal) el 20 de enero de 1901; y la profesión solemne (actual profesión perpetua) el 14 de abril de 1904. Fue ordenado sacerdote el 17 de noviembre de 1907. Ese mismo año pasó a depender de la provincia de Andalucía. Se lee en *El Adalid Seráfico* de octubre de 1937: «Fue siempre (...) religioso ejemplar, sacerdote celosísimo y predicador incansable. Como tal recorrió muchas veces —las ciudades y pueblos de toda Andalucía, trabajando incansablemente en misiones, novenas y festividades».

Dirigió durante muchos años *La Campanilla del Viático*, una hoja piadosa de la Archicofradía que había fundado. La popular *Campanilla* era el Boletín mensual español de la Archicofradía. Trabajó más tarde, con la salud quebrantada, en el Hospital Militar de Melilla, donde «ejerció su caridad sin límites, prodigando a todos los heridos y enfermos los consuelos de su solicitud paternal, sin hacer distinción nunca entre el simple soldado y el oficial y el jefe. A todos acudía, por todos se interesaba, a todos animaba con su palabra persuasiva y atrayente». (*El Telegrama del Rif*, 16.IX.1937). El periódico de Melilla subrayaba su caridad y su abnegación por los enfermos, especialmente durante los bombardeos que sufrió el Hospital.

Falleció santamente el 2 de septiembre de 1937 en el Convento de Capuchinos de Granada. Los que le conocieron le recuerdan como un «apóstol, celoso de la salvación de las almas, un sacerdote ejemplar, siempre dispuesto a administrar los Santos Sacramentos, siempre dispuesto a oír las confesiones de los fieles que se lo pedían, a asistir y ayudar a bien morir a los agonizantes, sin reparar en esfuerzos ni sacrificios, velando a la cabecera de los enfermos, como es sabido en todas partes por donde pasó».

¹¹ En 1920, cuando falleció don Fernando Laguna, escribió Fray Francisco: «Nuestro venerado amigo el anciano Párroco de Hornachuelos falleció santamente». (*La Campanilla*, Año VII, n.º 79, junio de 1920, pág. 4).

¹² *El Adalid Seráfico*, octubre de 1937, pág. 155.

¹³ *La Archicofradía del Corazón Agonizante de Jesús y de Nuestra Señora la Virgen de los Dolores*.

¹⁴ Cfr. Fulgencio BOUÉ, *El Corazón Agonizante de Jesús y el Compasivo Corazón de María*, traducido por Clemente de Arellano, Capuchino, Granada, 1910. La Cofradía nació en 1848. En 1850 Pío IX aprobó esta devoción. El 14 de junio de 1864 fue erigida por el Patriarca José Valerga en Jerusalén, con el título «Cofradía del Santísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, agonizante en el huerto de los Olivos, y de Ntra. Sra. de los Dolores». El 23 de agosto de 1867 Pío IX le dio el rango y privilegios de Archicofradía. Sus fines son, como se establece en el párrafo segundo de los Estatutos: «1º honrar con culto especial al Corazón Santísimo de Jesús (...) en el Huerto de los Olivos, y al dulcísimo Corazón de María, traspasado por la espada de dolor durante la Pasión de su divino Hijo; 2º alcanzar por medio de estas agonías misteriosas del Hijo y de la Madre la gracia de una buena muerte para todos los agonizantes del día y el consuelo cristiano para todos los afligidos y desamparados». Los asociados se comprometían «a oír Misa todos los días por los agonizantes y los afligidos»; y a «dedicar con la misma intención media hora cada mes a la oración».

¹⁵ Cfr. *La Campanilla del Viático*, junio 1920, Año VII, n.º 79, pág. 2.

¹⁶ Escribió Fray Francisco en *La Campanilla del Viático* en mayo de 1934: «Hace más de veinte años que conocimos en la pintoresca villa de Hornachuelos a la señorita María Ignacia García». Matilde García Vázquez afirmaba en su testimonio que el capuchino fue a predicar una novena a Hornachuelos en 1911, «y debió ser entonces cuando María Ignacia empezó a confesarse con él. La siguió dirigiendo, pero por carta probablemente». (*Testimonio sobre María Ignacia*, Hornachuelos, 22.VIII.1975).

¹⁷ CN, *Otras máximas espirituales*, pág. 18.

¹⁸ Concepción Carrasco.

¹⁹ Julia García Vázquez, hermana de doña Matilde.

²⁰ Rosa Fernández, hermana de Leandra, Clotilde y Angelita Fernández.

²¹ Carmen Santisteban.

²² Conchita Carrasco, prima de María Ignacia.

²³ Leandra Fernández.

²⁴ Angelita Fernández.

²⁵ Bernabela Vilela.

²⁶ Mat. VI, 17-18.

²⁷ *Escritos Varios* (en adelante EV), «Fruto de una meditación».

²⁸ Boletín Eclesiástico del Obispado de Córdoba, «Santa Pastoral Visita», *En Hornachuelos y En San Calixto*, 16 junio de 1915, Año LVIII, n.º XII, págs. 224-225.

²⁹ En el texto se lee *doce*, por error, en vez de *dos*.

³⁰ La Obra de las Tres Marías.

³¹ Este texto titulado «La Obra de las Tres Marías» y firmado sencillamente por «El Arcipreste de Huelva», fue publicado en el Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Córdoba. Muestra una de las aspiraciones fundamentales de Manuel González García, que deseaba que junto a cada Sagrario desierto hubiese hombres y mujeres que adoraran a Jesús Sacramentado. Los hombres debían ser como el Apóstol San Juan al pie de la Cruz; las mujeres, como las tres Marías que acompañaron al Señor: de ahí procede el nombre de la Obra de las Tres Marías, que se difundió rápidamente en España durante la segunda década del siglo XX. Se calcula que en 1915 más de 70.000 mujeres habían secundado en España este afán de veneración a la Eucaristía, que se extendió ampliamente por Sudamérica. (Cfr. B.E.O.C., 8.III.1913, Año LVI, N.º IV; *Bibliotheca Sanctorum*, Prima Appendice, Città Nuova Editrice, Roma 1987, págs 602-603).

Manuel González nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877. Fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1901, y ejerció su ministerio en algunos pueblos de Sevilla. En 1905 fue nombrado ecónomo de la parroquia de san Pedro de Huelva y poco después Arcipreste. El 4 de marzo de 1910 fundó la Obra de las Tres Marías. En 1915 fue nombrado obispo auxiliar de Málaga. Publicó numerosas obras: *El abandono de los Sagrarios acompañados*; *El Corazón de Jesús al corazón del sacerdote*; *Lo que puede un cura hoy*; *Mi comunión de María*, etc. Fue beatificado por Juan Pablo II en el 2001.

³² Braulia García Escobar, *Testimonio*, AGP RHF, T-04966, pág. 2.

³³ María Ignacia García Escobar, *Pepitas de Oro* (en adelante, PO), pág. 1.

³⁴ CN, *Otras máximas espirituales*, pág. 19.

³⁵ PO, pág. 6.

³⁶ CN, pág. 22.

³⁷ CN, págs. 4-5.

³⁸ CN, *Otras máximas espirituales*, pág. 19.

³⁹ Cfr. Cfr. *Entrevista* a Elena y Conchita Santisteban Cárdena. Castillo de Almodóvar, 22.VIII.1995, Anexo II. Cfr. AGP, RHF, D-3379.

⁴⁰ CN, págs 7-8

CAPÍTULO III

¹ Afirmaba el doctor Torres Gost: «Ni con diez hospitales especializados, afirmaba, se podía «apagar el fuego desencadenado por la tuberculosis, tal era el auge que parecía que había tomado. Decimos que parecía haber tomado porque seguramente no había más tuberculosos que pocos años antes, sino que se había perfeccionado nuestro diagnóstico y no nos pasaban tantos totalmente desapercibidos. (...) La cantidad de jóvenes que padecían esta enfermedad y de muchachas situadas en una familia sana nos producía verdadera consternación» (Juan TORRES GOST, *Medio siglo en el Hospital del Rey*, Biblioteca Nueva, Madrid 1975, pág. 37).

² Lorenzo Pérez Porras nació en Rute (Córdoba) el 5 de septiembre de 1871. A los 14 años solicitó el ingreso en el Seminario de San Pelagio, en el que entró en el curso 1885-86. Recibió el presbiterado el 30 de mayo de 1896. Ejerció su ministerio en diversas parroquias cordobesas: Bélmez (1896); Puente Genil (1896-1920) y Hornachuelos (1.III. 1920) donde fue nombrado cura ecónomo, obrero y colector de la parroquia de Santa María de las Flores. El 1 de marzo de 1929 fue destinado de nuevo a Puente Genil. Cfr. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, B. A. C., Madrid 1961, n° 204, pág. 852; Manuel NIETO CUMPLIDO, *La persecución religiosa en Córdoba 1931-1939*. Córdoba, 1998, págs. 684-687.

³ Los que conocieron a don Lorenzo le recuerdan como un sacerdote servicial con todos, con un hondo sentido de la amistad, gran devoción eucarística y afán apostólico. Cfr. Manuel NIETO CUMPLIDO, *La persecución...*, op. cit. págs. 686-687.

⁴ Era una de las dos hijas de don Bartolomé Luque Martín, ya bastante mayor y viudo de doña Carmen Matilla.

⁵ Miguel Forcada Serrano, *Carta*, Priego, 1.II.2000.

⁶ «La recuerdo años después, ya muy mayor, por las calles de Priego, con su mulera porque había sufrido un accidente, pidiendo ayudas, rodeada siempre con tres o cuatro niños. Siempre admiré en ella esa caridad de darlo todo». Julio Forcada, *Testimonio oral*, Priego, 28.I.2000.

⁷ Juan de la Cruz Aguilera Ávalos, *Personajes Prieguenses*, Adarve, n.º 509-510, pág. 49.

⁸ *Testimonio oral*, 28.I.2000.

⁹ Como doña Camen Carvajal, o las hermanas doña Manuela y doña Josefa Pedrajas.

¹⁰ Tras la guerra civil doña Carmen recogió a ancianos sin hogar en su casa de Alcalá la Real, y educó a muchos niños huérfanos hasta que se independizaron o llegaron al matrimonio. Gastó en esa tarea toda su fortuna. Siguió pidiendo ayudas hasta su vejez. Falleció en el Hospital de Priego en 1972. (*Testimonios orales* de Manuel Peláez Alcalá-Zamora y Manuel Peláez del Rosal).

¹¹ PO, pág. 3

CAPÍTULO IV

¹ EV, *Fruto de una meditación*.

² Recordaba Braulia: «Poco después quizá contagiada por mí, cayó también enferma mi hermana» Cfr. Braulia García Escobar, *Testimonio*, AGP, RHF T-04966, pág. 1.

³ P. *A mi Jesús* (escrito en el Sanatorio del Guadarrama).

⁴ P. *A mi Jesús* (escrito en el Sanatorio del Guadarrama).

⁵ P. «*A mi Jesús*». Concluye el poema, libre ya de las exigencias del metro y de la rima, con un arrebatado amoroso: *Bajito te voy a decir/ Mi Amor, y voy a terminar;/ «Para mí no hay más festín/ Que es, tu Santa Voluntad»*. Cfr. P. *A mi Jesús*, sin fecha; D-381-2.

⁶ CN, pág. 8.

⁷ Cfr. AGP, RHF, D-3379, Castillo de Almodóvar, 22.VIII.1995, Anexo I.

⁸ PO.

⁹ EV, *Fruto de una meditación*.

¹⁰ Antonio Molina Ariza nació el 16 de agosto de 1904 en Rute (Córdoba). Solicitó el ingreso en el Seminario cordobés de San Pelagio a los 11 años. Recibió el presbiterado el 11 de junio de 1927. Pocas semanas después, el 1 de julio de 1927, tomó posesión de la coadjutoría de la parroquia de Nuestra Señora de las Flores como auxiliar del párroco de Hornachuelos. Un año después, en mayo de 1928, tomó posesión como párroco del pueblo. Todo su ejercicio ministerial se desarrolló en esa localidad.

¹¹ CN, pág. 25.

¹² María García Escobar, *¡Siempre me quedarás Tú!*, poema sin fecha, escrito en una hoja de cuaderno. D-3381-2.

¹³ CN, «*Cinco consejos dados a Candidita Martín a petición suya*», pág. 14.

¹⁴ San Agustín, San Gregorio Magno, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Lisieux o el entonces Beato Diego José de Cádiz.

¹⁵ Cfr. PO, pág. 3.

¹⁶ Se transcribe íntegro este manuscrito en el Anexo II.

¹⁷ Cfr. Javier SESÉ, *Sabiduría y santidad...*, o.c. pág. 777.

¹⁸ Ricardo Torres «Bombita» fue, como recuerda DE COSSIO (*Los toros*, o.c., pág. 950), un «hombre de inquietud y capacidad infrecuente entre la gente de coleta y marcó su huella firmemente no sólo en el arte de los ruedos, sino en las circunstancias de orden social que fuera de la plaza podían acuciar a los diestros de su tiempo». Fundó en 1909 la *Asociación benéfica de Auxilios mutuos* para los toreros. En 1927, cuando el diestro, según Matilde García Vázquez, prestó esta ayuda económica a María Ignacia, la asociación ya disponía de un sanatorio propio, el Sanatorio de Toreros, presidido por Marcial Lalanda. *Bombita* falleció en Sevilla el 29 de noviembre de 1936.

¹⁹ Cfr. *Entrevista* a Matilde García Vázquez, Hornachuelos 22.VIII. 1975, AGP. RHF D-3379.

²⁰ Elena Santisteban Cárdena, *Testimonio*, Hornachuelos, 25.XII.1999.

²¹ Cfr. *Entrevista* a Elena y Conchita Santisteban Cárdena, Hornachuelos 18.VIII.1995. AGP. RHF D-3379, Anexo II.

²² Ana Cárdenas Montilla, *Testimonio*. «Recuerdos de mi amiga María Ignacia», Hornachuelos, 26.XII.1999.

²³ La estadística del mes de octubre de 1916 sobre los *Catecismos de la Diócesis de Córdoba* proporciona cifras significativas. El día 8 (que es el que se toma en esta estadística como punto de referencia) asistieron 104 de los 340 niños inscritos. Impartieron las clases los dos sacerdotes de la parroquia y nueve seglares. Cfr. *Boletín Eclesiástico del Obispado de Córdoba*, 1.XII.1916, año LIX, n.º XXV, pág. 459.

²⁴ P. *¡Amad al que es el amor!* (sin fecha).

CAPÍTULO V

¹ CN. *Atardecer*, págs. 35-39. Sin fecha.

² P. *A Jesús, mi Amor*.

³ Alfonso y José Luis García de las Heras. *Testimonio oral*. Guadarrama (Madrid) 18.XII.1999.

⁴ Antonio Machado, *Flor de verbasco*.

⁵ María Serna López, *Testimonio oral*, Guadarrama (Madrid) 18.XII.1999.

⁶ María Serna López, *Testimonio oral*, Guadarrama (Madrid) 18.XII.1999.

⁷ P. *A mi llegada al Guadarrama*, poema sin fecha.

⁸ Textualmente: *Sí, en tu Sta. voluntad*.

⁹ P. *A la adorable voluntad del Señor*.

¹⁰ Posiblemente —aunque cabe una interpretación diversa— su poema *A mi custodia*, escrito en Valdelasierra, sin fecha, se refiere a la Eucaristía. (AGP. RHF, D-3381-2).

¹¹ P. *¡Valdelasierra...!*

¹² P. *A mi llegada al Guadarrama*. Pide María Ignacia al Señor: *Derrama en mi corazón/ Fuego de tu ardiente amor (...). Deseo contagiar a todos/ más no de mi mal terreno: del amor que por Ti siento, y con él, ganen el Cielo*.

¹³ Braulia García Escobar, AGP. RHF T-04966, pág. 1.

¹⁴ Había nacido el 2.XII.1903, en Culebras (Cuenca).

¹⁵ *Testimonio oral* de Gregorio Martínez Montón, Tres Cantos (Madrid), 27.I. 1999.

¹⁶ P. *El consuelo de dos hermanas enfermas y ausentes de su tierra*.

¹⁷ P. *¡Valdelasierra...!*

¹⁸ P. *¡Valdelasierra...!*

CAPÍTULO VI

¹ P. *El consuelo de dos hermanas enfermas y ausentes de su tierra*.

² Folio 79 del Libro de registro del Hospital del Rey. Historia Clínica número 5091. Tercer Pabellón, piso 2, cuarto 1, cama 4.

³ Cfr. María Isabel PORRAS GALLO, *El Hospital del Rey de Madrid*, en «*Hospitales relevantes de España*», *El Médico*, 20.V. 94, n.º 530, pág. 608.

⁴ «*Madrid y España* —evocaba Torres Gost— eran la imagen del descuido más completo en las reglas higiénicas públicas y fundamentales. Ese descuido provocaba que se difundiera la fiebre tifoidea y que las enfermedades tíficas adquirieran carácter dominante. Los gobernantes pensaron con acierto en construir un centro especial para la asistencia de la tifoidea» (Juan TORRES GOST, *Medio siglo... o. c.* pág. 15).

⁵ Los dos primeros enfermos llegaron el 29 de enero de 1925.

⁶ María Casado, *Testimonio*, Gijón, 29.IX.1993.

⁷ Braulia García Escobar, AGP. RHF T-04966, pág. 1.

⁸ P. *A Josefina Andrés. - (Enfermera)*. Poema manuscrito, sin fecha, escrito en una hoja suelta de papel rayado, de tamaño cuartilla. Este es el texto completo: «¿Por qué, mi buena amiguita/ Está Vd. tan empeñada/ En que le haga unos versos?/ ¡Si no valen para nada! Pensando que para mí/ Es cual cariñosa madre,/ Por fin me decido a ello/ Y así gusto poder darle./ La flor de su juventud / La pasa junto al enfermo,/ Quien el ciento da por uno/ Lo está escribiendo en el Cielo./ Hoy vuela cual mariposa/ Sin cesar de cama en cama. / No lo pierde, pues, Jesús, /Lo anota para mañana./ Con delicadeza acoge/ Los lamentos del enfermo. /La Reina del aflicto/ La bendice desde el Cielo./ Aunque en su pueblo se deja/ Sus padres y sus hermanos/ Siempre que a su guardia viene/ Trae la sonrisa en los labios./ Y es que, aunque angustiada venga/ A cumplir su obligación/ Siempre en el fondo conserva/ Su cristiana educación. / Luego, su deber cumplido/ Sin faltar nunca en palabras/ Le hace descansar tranquila/ Cuando termina sus guardias./ ¿Ve, mi buena Josefina/ La alegría tan hermosa/ Que ya en la tierra disfruta/ La enfermera cariñosa? / Nunca se apene ni apure/ Y a Jesús, noche y mañana, /Encomiende sus asuntos, /Verá como los allana./ Y conste que con cariño/ Le he dedicado estos versos/ Si como versos no valen/ ¡Que valgan como recuerdo!»

⁹ María Ignacia García Escobar, *Cuadernos del Hospital del Rey*. Escrito del 30.IX. 1932 (En adelante, CHR).

¹⁰ CHR. *¡Qué pena me da Jesús mío, al ver que en el mundo se te conoce tan poco!* (30.VI.1932)

¹¹ PO, pág. 4.

¹² PO, pág. 10.

¹³ PO, pág. 5.

¹⁴ Juan Torres Gost lo retrata como «hombre sumamente bueno, muy querido por todos y tan inteligente como bueno». *Medio siglo...* o. c. pág. 36.

¹⁵ El director del Hospital del Rey era Manuel Tapia Martínez; los Jefes de Clínica, Pedro Zarco, Antonio Vallejo de Simón, y Juan Torres Gost; el Jefe del Laboratorio, Jesús Jiménez; los Médicos internos, Rafael Jordá, Francisco Tello Valdivieso y Enrique Sobrini; el Farmacéutico, Fernando de Orteu; el Administrador, Eugenio Vázquez; los Practicantes, Panero, Clemente, Hernández, Solórzano, Cienfuegos, Bravo, Fernández y Zapata. En total componían la plantilla 17 facultativos, 13 auxiliares, y las personas de enfermería (compuesta por 17 religiosas, 19 enfermeras y 8 enfermeros), y 7 personas en la Administración. Cfr. *Trabajos del Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas*, Volumen IV, 1933, en *Revista Española de Tuberculosis*, Madrid 1934, págs. VII y VIII.

¹⁶ María Ignacia García Escobar, Pequeño bosquejo (en adelante, PB, o. c. (AGP, RHF D-03381, pág. 5).

¹⁷ Lino Veá-Murguía nació en Madrid el 24.IV.1901 en el seno de una familia acomodada, de tradición militar. Era hijo de Antonio Veá-Murguía y Cosío y Trinidad Bru. (J. Veá-Murguía, *Carta*, V.1994) Ingresó muy joven en el Seminario de Madrid, donde fue compañero de José María Somoano. «Era un chico fuerte y robusto, con una fortaleza física que era expresión de la fuerza de su alma», escribe Angel Vegas (*Testimonio*, Madrid, 1994). Se ordenó en Madrid el 8.XII.1926. Tenía un gran celo sacerdotal que se manifestaba en una gran preocupación por los enfermos. En 1927 fue capellán del Patronato de Enfermos y desde 1930 capellán primero de las Esclavas del Sagrado Corazón.

¹⁸ He tratado la figura de este sacerdote en *José María Somoano. En los comienzos del Opus Dei*, Rialp, Madrid, 1995.

¹⁹ Gonzalo Redondo subraya el contraste entre la pasividad con la que se comportó el Gobierno ante las turbas que cometieron estos actos vandálicos, frente a la acogida respetuosa que el nuevo régimen había recibido por parte de la Santa Sede, de una mayoría de los obispos españoles y, en general, por parte de casi todos los católicos. G. REDONDO, *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*, Tomo I, «Las distintas posturas de la Jerarquía española ante la II República», Rialp, Madrid 1993, pág. 138. Cfr. también Antonio MONTERO, *Historia...* o. c., pág. 25; J. ARRARÁS, *Historia de la Segunda República Española*, Ed. Nacional, Madrid 1956, vol. I, págs. 73-100; y Vicente CÁRCCEL ORTI, *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Rialp, Madrid 1990.

²⁰ Cfr. *La Campanilla del Viático*, mayo 1932, pág. 5. AGP, RHF D-5874.

²¹ CHR, *Unos minutos de charla interior* (9.VIII.1931). Cfr. AGP, RHF D-3385. María Ignacia comienza su autógrafo con el signo de la cruz y la invocación

¡Viva Jesús! Concluye cada apartado con las abreviaturas, entonces muy conocidas, a. m. d. g. (*ad maiorem Dei gloriam*. A mayor gloria de Dios).

²² Esta carta aparece recogida en *La campanilla del Viático*, Mayo de 1934, pág. 5. Cfr. AGP, RHF D- 5874.

²³ *La Campanilla del Viático*, mayo de 1934, págs. 5-6.

²⁴ Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 11-12.

²⁵ *La Campanilla del Viático*, mayo de 1934, pág. 5.

²⁶ *La Campanilla del Viático*, mayo de 1932, pág. 5.

²⁷ *La Campanilla del Viático*, mayo de 1934, pág. 5.

²⁸ Cfr. Juan TORRES GOST, *Cincuenta años...* o. c., pág. 63.

²⁹ CHR, *Aprovechemos el tiempo y medios, que el Señor nos da* (5.XI.1931). Falta un pequeño trozo de papel. El texto concluye con *¡Qué ale*.

³⁰ En estas fechas —finales de 1931— es probable que Somoano sólo conociera del Opus Dei lo que le había contado su amigo Lino Veá-Murguía, ya que su entrevista con el Fundador en el Hospital del Rey no tuvo lugar hasta el 2 de enero de 1932. Esto explicaría ese «no puedo», que puede obedecer a diversas razones: entre otras, a la discreción lógica de los comienzos de una nueva realidad eclesial en unos momentos de gran animadversión social anticristiana. Las circunstancias —y muy particularmente las de aquel Hospital— aconsejaban actuar con especial tacto y prudencia.

³¹ El trocar es un instrumento de cirugía consistente en un punzón con punta de tres aristas cortantes, revestido de una cánula.

³² María Ignacia García Escobar, *Del grande entusiasmo que D. José María q.e.p.d., sentía por nuestra O.*, (Obra) . (En adelante, DG). Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 1-2.

³³ DG, págs. 3-4.

³⁴ CHR, *Confirmación de amor a mi Jesús, en medio del dolor* (1.II.1932). Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 4-5.

³⁵ CHR, *¡Vispera de Comunión!* (4.II.1932)). Cfr. AGP, RHF D-03381, pág. 5.

³⁶ Esta cita denota cierta familiaridad por parte de María Ignacia con los escritos de Conchita Barrecheguren, una mujer joven, natural de Granada (27.XI.1905) que había fallecido en esa misma ciudad con fama de santidad el 13 de mayo de 1927. Es lógico el interés de María Ignacia por esta granadina de veintidós años, contemporánea suya, laica, que santificó su grave enfermedad con sencillez en la casa de sus padres. Está en curso su Causa de Canonización. (Cfr. *Bibliotheca Sanctorum, Prima Appendice*, Città Nuova Editrice, Roma 1987, pág. 138.

³⁷ CHR, *Domingo de Carnaval*, (7.II.1932). Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 6-7.

³⁸ CHR, *Miércoles de Ceniza*, (10.II.1932). Cfr. AGP, RHF D-03381), págs. 8-9.

³⁹ ABC, 11.II.1932, pág. 31.

⁴⁰ CHR, *Una nevada...* (13.II.1932). Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 10-11.

⁴¹ CHR, *Desde mi nueva residencia* (14.II.1932). Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 11-12. DG, págs. 2-3.

⁴² Tardan tres días.

⁴³ Transcribo la carta a Braulia en letra cursiva para facilitar la lectura. María Ignacia pone ese texto entre comillas.

⁴⁴ CHR, *Domingo de Resurrección* (27.III.1932); AGP, RHF D-03381, págs. 12-15.

CAPÍTULO VII

¹ José María Somoano, *Diario*, 9.IV.1932.

² Cinco días antes había escrito el Fundador en sus *Apuntes*: «D. Lino ayer nos habló de una enferma del Hospital del Rey, alma muy grata a Dios, que podría ser la primera vocación de expiación» *Apuntes*, n.º 685 (5.IV.1932).

³ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n.º 693.

⁴ María Ignacia García Escobar, *Una nueva era de amor*, 11.4.1932; AGP, RHF D-03381, págs. 15-16.

⁵ Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997, pág. 565.

⁶ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 3.

⁷ José María Somoano, *Diario*, 10.IV.32. Esta mujer de la que sólo conocemos el nombre, Ángeles, puede ser Angelines, una enferma a la que Somoano se referirá más adelante en sus notas, y que falleció santamente, en palabras suyas, aquel 6 de mayo.

⁸ DG, pág. 5.

⁹ Cfr. AGP, RHF D-03381, pág. 6.

¹⁰ Josemaría Escrivá, *Carta* 18.IX.1937.

¹¹ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...* o. c., pág. 449.

¹² A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...* o. c., pág. 459.

¹³ P, *Pensamiento*, sin fecha. María Ignacia debió escribir este poema en el Hospital del Rey, ya que viene a continuación del poema *El consuelo...*, que alude a la estancia en Valdelasierra como algo del pasado.

¹⁴ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...* o. c. pág. 566.

¹⁵ Benilde García Escobar, AGP, RHF T-04966.

¹⁶ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 2.

¹⁷ «Le decía a su antigua maestra «que estaba entregada a Dios y que ofrecía todos sus sufrimientos por los pecadores». AGP, RHF D-3379.

¹⁸ María Ignacia transcribe en este mismo cuaderno pocos meses después, una carta —muy probablemente de Fray Francisco de San Sebastián— que da luz sobre lo que ella considera «pecados de su vida pasada». *Eres joven no contaminada con el vicio... y las faltas cometidas, pocas e hijas de la irreflexión juvenil, mil veces las habrás detestado y confesado* (CHR, 12.IX.1932).

¹⁹ GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Evangelia*, II, 14 [34], 2-5.

²⁰ GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Evangelia*, II, 14 [34], 2-5.

²¹ CHR, *El 11 y 12 de mayo del 931, jamás podré olvidarles* (15.V.1932); AGP, RHF D-03381, págs. 19-21.

²² Benilde García Escobar, AGP, RHF T-04965, pág. 1.

²³ «Soy bastante tímida —explica Benilde— y jamás he sido capaz de alabar a nadie en su presencia, pero me salió sin querer, espontáneamente». Cfr. AGP, RHF T-04 965, pág. 2. «He reflexionado sobre este primer encuentro de mi madre con el Fundador —comenta su hija, doña Pepita— y siempre me ha llamado la atención la impresión que le debió producir a mi madre la personalidad del Fundador como para que se atreviera a decir una cosa de ese tipo, y además en voz alta. Ella estaba muy preocupada por nuestra educación en aquellos tiempos tan difíciles y le pidió a don Josemaría algunos consejos».

²⁴ Josemaría Escrivá, *Carta*, 24.III.1930, n.º 2.

²⁵ CHR, ¿Por qué desconfiar de ser, con tu ayuda, una gran santa, si todo don de Ti nos viene? (19.V.1932); AGP, RHF D-03381, págs. 21-23.

²⁶ Francisco MARTÍ GILABERT, *Política Religiosa de la Segunda República Española*, Euns, Pamplona, 1998, págs. 128, 129 y ss.

²⁷ Matilde García Vázquez (AGP, RHF T-03379).

²⁸ CHR; *Qué pena me da Jesús mío, al ver que en el mundo se te conoce tan poco!* 30-VI-1932; AGP, RHF D-03381, págs. 24-25. He transcrito así el original: «Y nó (sic) con un amor tibio, mezquino, pobre ¡no! se te ama, hasta la locura pues...»

²⁹ Transcribo la puntuación del original. Con los dobles y triples signos de exclamación María Ignacia desea manifestar que su petición al Señor también va *in crescendo*.

CAPÍTULO VIII

¹ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n. 92.

² José María Somoano, *¡Honremos a nuestros hermanos difuntos!*, en *Correspondencia fraternal*, Seminario Conciliar de Madrid, 15.IV.1929, n.º 11, pág. 60.

³ PB, pág. 10 (AGP, RHF D-03381).

⁴ PB, pág. 11 (AGP, RHF D-03381).

⁵ Le pagaban al año 1.250 pesetas. Era una cantidad ridículamente pequeña, al igual que la que percibía el capellán del Hospital del Rey. Cfr. J. IRIBARREN *Documentos colectivos del episcopado Español 1870-1974*, Madrid 1974, págs. 126-128. Como dato indicativo, hay que señalar que Somoano percibía en su anterior trabajo pastoral en el Asilo de Porta-Coeli, 150 pesetas mensuales y pensión completa.

⁶ José María Somoano, *Carta* a sus padres y hermanos, Madrid, 10.IV.1932.

⁷ Josemaría Escrivá, *Carta*, 9.I.1932.

⁸ José María Somoano, *Diario*, 14.IV.1932.

⁹ José María Somoano, *Diario*, 19.IV.1932.

¹⁰ José María Somoano, *Diario*, 18.IV.1932.

¹¹ José María Somoano, *Diario*, 24.IV.1932.

¹² Enriqueta Somoano, *Apuntes biográficos de D. Josemaría Somoano Berdasco, original mecanografiado*, sin fecha, pág. 7.

- ¹³ José María Somoano, *Diario*, 27.IV.1932.
¹⁴ José María Somoano, *Diario*, 29.IV.1932.
¹⁵ José María Somoano, *Diario*, 2.V.1932.
¹⁶ José María Somoano, *Diario*, 7.V.1932.
¹⁷ José María Somoano, *Diario*, 12.V.1932.
¹⁸ José María Somoano, *Diario*, 14.V.1932.
¹⁹ Leopoldo Somoano, *Testimonio*, Arriendas, 14.II.1993, pág. 3.
²⁰ José María Somoano, *Diario*, 16.V.1932.
²¹ José María Somoano, *Diario*, 17.V.1932.
²² José María Somoano, *Diario*, 18.V.1932.
²³ José María Somoano, *Diario*, 19.V.1932.
²⁴ José María Somoano, *Diario*, 23.V.1932.
²⁵ PB, págs. 7-8.
²⁶ PB, págs. 8-9.
²⁷ La religiosa que atendía esa planta.
²⁸ PB, pág. 10 (AGP, RHF D-03381).
²⁹ José María Somoano, *Diario*, 25.V.1932.
³⁰ Como capellán de la Enfermería del Hospital, se entiende.
³¹ José María Somoano, *Diario*, 4.VI.1932.
³² PB, pág. 6.
³³ José María Somoano, *Diario*, 9.VI.1932.
³⁴ José María Somoano, *Diario*, 11 y 12.VI.1932. «Hace falta mucha penitencia —escribe el día 13—, abstenerse de las superfluidades y tener oración».
³⁵ José María Somoano, *Diario*, 14.VI.1932.
³⁶ José María Somoano, *Diario*, 4.VII.1932. El Señor atendió su súplica, y su hermano se restableció muy pronto.
³⁷ José María Somoano, *Diario*, 5.VI.1932.
³⁸ María Ignacia García Escobar, *Pequeño bosquejo...* (AGP, RHF D-03381, pág. 18).
³⁹ Cfr. *Historia Clínica* n.º 7.195 del Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas, perteneciente a José María Somoano Berdasco, fechada el 15 de julio de 1932; y Sor María Casado, *Testimonio*, Gijón, 29.IX.1993.
⁴⁰ Leopoldo Somoano, *Testimonio*, Arriendas, 14.II.1993, pág. 6.
⁴¹ Leopoldo Somoano, *Testimonio*, Arriendas, 14.II.1993.
⁴² PB, pág. 18.
⁴³ PB, pág. 18.
⁴⁴ Leopoldo Somoano, *Carta*, Arriendas, 14.II.1993, págs. 4-6; y *Testimonio*, Arriendas 29.IX.1993. Cfr. *Testimonio* de Vicente Somoano, 27.V.1978, pág. 2.
⁴⁵ Sor María Casado, *Testimonio*, Gijón, 29.IX.1993.
⁴⁶ Cfr. Leopoldo Somoano, *Testimonio*, Arriendas, 29.IX.1993; y *Testimonio* de Vicente y Leopoldo Somoano, 27.V.1978, pág. 2.
⁴⁷ Leopoldo Somoano, *Testimonio*, Arriendas, 14.II.1993, pág. 5. Y *Carta* de Vicente Elvira al Beato Josemaría Escrivá, 24.VII.1932.

⁴⁸ Josemaría ESCRIVÁ, *Forja*, n.º 645. «Mons. Luis Alonso Muñozyerro —recuerda Rafael Somoano— me comentó, en diversas ocasiones, cuando era Arzobispo de Sión y Vicario General Castrense, que tras el fallecimiento de José María, se encomendaba habitualmente a su intercesión ante el Señor». *Testimonio*, Madrid, 24.I.1995.

⁴⁹ En un intento de proyectar alguna luz sobre las causas de este extraño fallecimiento, el 15 de abril de 1983, Juan Angel Martínez Jareño, médico forense, realizó un dictamen a la vista de los datos que constan en la historia clínica del Hospital Nacional. Este perito concluyó que fue el arsénico, con casi toda probabilidad, el causante de su muerte.

«No hay antecedentes epidemiológicos —afirma el doctor Martínez Jareño— para pensar en un cuadro gastrointestinal por intoxicación alimentaria y ante un síndrome de gastroenteritis agudísima que evoluciona letalmente en dos días, hay que resaltar algunas características especiales que acompañan al cuadro:

—Síndrome gastrointestinal con vómitos y diarrea,

—Síndrome nefrotóxico con oliguria y anuria,

—Síndrome respiratorio con afonía y

—Síndrome cardiocirculatorio final con taquicardia, pulso imperceptible, colapso y muerte.

Entre los agentes etiológicos capaces de producir un cuadro semejante están los tóxicos minerales: El mercurio podría producir un cuadro gastrointestinal parecido, pero faltan los síntomas neurológicos y la estomatitis típica. Por exclusión cree el informante, que el agente etiológico es el arsénico, en su forma clínica de Intoxicación Hiperaguda, que reviste el aspecto de una gastroenteritis de tipo coleriforme: A los vómitos —alimentos primero y después biliosos— se une la diarrea abundante, serosa, de granos riciformes, sed, constricción de garganta, anuria. El enfriamiento de los miembros, la hipotermia, la frecuencia, debilidad e irregularidad del pulso conducen al colapso en cuestión de horas (Juan Angel Martínez Jareño, *Dictamen*, 15.IV.1983).

Cfr. sobre la muerte de José María Somoano: *Notificación oficial* del párroco de Nuestra Señora de las Victorias al Vicario General del Obispado de Madrid, 19.VII.1932; *Boletín Oficial del Obispado de Madrid-Alcalá*, 1-VIII-1932, n.º 1564, Madrid 1932, pág. 278. y *ABC, Necrológica* del 21 de julio de 1932, pág. 38. El periódico madrileño afirmaba que Somoano, tanto en el Asilo de Porta Coeli, «como en cuantos cargos desempeñó, dejó un recuerdo perdurable de su acendrada virtud».

⁵⁰ PB, pág. 15.

⁵¹ Somoano falleció el día 16 a las once de la noche. María Ignacia da la fecha del día siguiente, día en el que ella se enteró de su fallecimiento.

⁵² CHR, *Un apóstol menos en la tierra y un santo más en el Cielo* (21.VII.1932); Cfr. AGP, RHF D-03381, págs. 25-27.

⁵³ Cfr. María Jesús Sanz Zubiría, AGP RHF, T-05138, pág. 2.

⁵⁴ Engracia Echevarría, AGP RHF, T-O4389, pág. 1.

⁵⁵ Cfr. María Jesús Sanz Zubiría, AGP RHF, T-05138, pág. 2.

⁵⁶ PB, págs. 6-7.

CAPÍTULO IX

¹ Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 855.

² Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 852.

³ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n. 560.

⁴ Las *Catalinas* son apuntes íntimos, escritos de carácter reservado que fue escribiendo Josemaría Escrivá, como explica Andrés Vázquez de Prada, «para su aprovechamiento espiritual y para considerarlas en la oración. Las denominaba *Catalinas* porque eran, como fue la Santa de Siena en su tiempo, un medio de mantener y avivar la inquietud de espíritu que antaño suscitaban en su alma las gracias extraordinarias, que venía recibiendo desde su primera llamada en Logroño». Cfr. *El Fundador...*, o. cit., pág. 338.

⁵ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n. 562.

⁶ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n. 562.

⁷ Josemaría Escrivá, *Carta* 8-XII-1949, n. 41.

⁸ María Ignacia escribe «por este camino».

⁹ En el sentido de «echó por tierra».

¹⁰ *Fruto de una meditación*, 25.V.1932.

¹¹ En el original, *mire*.

¹² Durante estas últimas semanas de agosto, muy impresionada todavía por la reciente muerte de Somoano, María Ignacia redactó un breve perfil del capellán, que fechó el 2 de septiembre, titulado *Pequeño bosquejo de las virtudes del celoso apóstol D. José M.ª Somoano (q.e.p.d.) por una enferma del Hospital Nacional*.

¹³ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, o.c., pág. 570.

¹⁴ El Fundador recogió estos puntos en *Camino*.

¹⁵ Cfr. *Camino*, n. 853.

¹⁶ Cfr. *Camino*, n. 883.

¹⁷ Cfr. *Camino*, n. 865.

¹⁸ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966. Consciente de su importancia María Ignacia le pidió a su hermana Braulia que los guardara celosamente tras su muerte.

¹⁹ AGP, RHF D-03381.

CAPÍTULO X

¹ Explica Braulia que durante ese tiempo vivía en una casa particular donde los dueños profesaban una ideología alejada de la Fe. «Mis amigas no podían comprender cómo podía estar a gusto en una casa así y pensaban que me harían la vida imposible, pero tampoco era cierto. Solía comulgar semanalmente y con toda tranquilidad les avisaba: «Mañana no voy a desayunar con ustedes». Ellos no se metían en mis cosas. Es más. Llegó a sus oídos [de la hija de los dueños, María Acevedo] la fama de santidad del Obispo de Málaga y María Acevedo quiso ir a hablar con él; salió impresionada de la

visita. Había encontrado allí -dijo- la gracia para convertirse y durante los años de la guerra estuvo en una checa, donde la mataron». Braulia García Escobar (AGP, RHF T-04966, pág. 4).

² PO, pág. 2.

³ Javier SESÉ, *Sabiduría y...*, o. c., pág. 795.

⁴ Desconocemos la fecha. No pudo ser en 1931, como afirma Braulia García en su *Testimonio*, ya que en ese periodo María Ignacia no conocía al Fundador, y éste no vivía todavía en Martínez Campos. Cfr. Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n.º 890 (9.XII.1932); cit. por VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...* o.c. pág. 7, 5, pág. 478. Lo más probable es que ese encuentro tuviera lugar durante el periodo comprendido entre los últimos meses de 1932 hasta mayo de 1933. (Cfr. Santiago Escrivá, AGP, RHF T- 07921; Ricardo Fernández Vallespín, AGP, RHF T-00162; Juan Jiménez Vargas, AGP, RHF T-04152).

⁵ Sin embargo -explica Braulia con pesar-, ese deseo no llegó a hacerse realidad: «Se complicaron las cosas por la gravedad de mi hermana y por su muerte. Luego yo tuve que marcharme de Madrid y perdí el contacto» (AGP, RHF, T-04966, pág. 5).

⁶ Cfr. AGP, RHF, T-04966, pág. 5. Cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA *El Fundador...* o.c. pág. 489.

⁷ CN, pág. 27.

⁸ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, págs. 3-4.

⁹ H: hermana. O: Obra, La expiación de la que habla el Fundador es necesaria en el seguimiento personal de Cristo, y los enfermos tienen la posibilidad de imitar a Cristo que padece, a Cristo que sufre, viviendo la expiación de un modo más intenso y con mayor continuidad. Para levantar el edificio espiritual del Opus Dei el Fundador puso como fundamento el dolor de enfermos prácticamente incurables, como María Ignacia, que venían a la Obra, o que pedían intensamente por el Opus Dei.

¹⁰ Cfr. Juan Jiménez Vargas, *Sum* 6702.

¹¹ Josemaría Escrivá, *Apuntes*, n. 1006.

¹² CN, pág. 11.

¹³ PO, pág. 5.

¹⁴ Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n.º 1034.

¹⁵ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 3.

¹⁶ Benilde García Escobar, AGP, RHF T-04966.

¹⁷ Explica Javier SESÉ: «No significa que se hagan física, psíquica o moralmente insensibles al dolor; más bien al revés, pues la identificación con Cristo en la Cruz les lleva a compartir también el dolor humano del Señor —el mayor que hombre alguno ha sufrido—, y añade, en particular, un mayor sufrimiento expiatorio por el pecado: una mayor sensibilidad ante lo que esos mismos pecados hicieron sufrir a Jesús, ante el desamor que suponen para el mismo Dios; una mayor comprensión del pecado como único y enorme verdadero mal» Javier SESÉ, *Sabiduría y...* o.c. págs. 795-796.

¹⁸ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Nota necrológica sobre María García Escobar* (AGP, RHF AVF-0098). Cfr. Andrés. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, o.c., pág. 627.

¹⁹ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 4.

²⁰ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 4.

²¹ Álvaro del Portillo recogió, en una meditación que predicó en Roma el 2.X.1981, estas palabras del Fundador.

²² Juan Martínez Montón seguía reponiéndose de su enfermedad en Valdeltas, donde estuvo internada Braulia. En 1932 trabajaba como practicante en ese hospital para mantenerse económicamente, al tiempo que ejercía su ministerio. Tras la guerra civil siguió ejerciendo su ministerio pastoral en Madrid.

²³ Cfr. *Certificación en extracto de inscripción de defunción*, Ministerio de Justicia, Registros Civiles, Sec. 3ª, T. 48, Fol. 17.000, Madrid 13.IX.1977; AGP, RHF D-3400.

²⁴ Braulia García Escobar, AGP, RHF T-04966, pág. 4.

CAPÍTULO XI

¹ Primera h.: primera hermana.

² La Patria del Cielo.

³ Josemaría Escrivá, *Nota necrológica sobre María García Escobar* (AGP, RHF AVF-0098). Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, o.c., pág. 627.

⁴ Cfr. *Recordatorio* (AGP, RHF D-3400). Tras la muerte de María Ignacia, el Director de *La Campanilla* hizo imprimir unos recordatorios en forma de díptico, en los que puso «a manera de epitafio» de la vida de María Ignacia estas palabras: *Ya que creíste en Dios/ Él te brinde su paz.*

⁵ *La Campanilla del Viático*, Mayo de 1934. Cfr. AGP, RHF, D- 5874.

CAPÍTULO XII

¹ Don Lorenzo Pérez Porras fue destinado a Puente Genil tras ejercer celosamente su ministerio en Hornachuelos. Fue fusilado por odio a la fe en el cementerio de Puente Genil en la madrugada del 27 de julio de 1936, después de sufrir numerosos malos tratos. Cfr. Antonio MONTERO, *Historia de la persecución...*, o. c., pág. 852; Manuel NIETO, *La persecución...*, o.c. págs. 684-687.

Su sucesor en la parroquia, don Antonio Molina Ariza fue detenido el 26 de julio de 1936 en Hornachuelos cuando se disponía a celebrar la Santa Misa. Le llevaron a una prisión improvisada en una casa del pueblo, junto con 18 personas, detenidas por diversas razones: ideológicas, políticas, religiosas, sociales, etc. En la madrugada del 12 de agosto, tras pasar 22 días en prisión, fue sacado, junto con el resto de los detenidos, por un callejón trasero y conducido a la mina abandonada del Rincón, a 12 kilómetros de Hornachuelos. Iban escoltados por unos 40 escopeteros. Uno de los detenidos falleció por los malos tratos durante esa travesía. Tras un simulacro de «juicio» fue condenado, igual que el resto, a la pena capital por fusila-

miento. Le pusieron junto a la boca de la mina, de tal forma que al recibir la descarga cayó al fondo de la sima. Cfr. Antonio MONTERO, *Historia...* o.c., págs. 535-536; Manuel NIETO, *La persecución...* o.c., págs. 614-621.

La beata Victoria Díez, nacida en Sevilla el 11 de noviembre de 1903, ejerció su profesión como maestra en Hornachuelos desde 1928, años en los que vivió en comunión profunda con la Institución teresiana, de cuyo fundador, el Beato Pedro Poveda, había recibido directamente impulso y formación. Fue detenida en el atardecer del 11 de agosto de 1936, y fusilada, a causa de su fe, en la madrugada del día siguiente en la mina del Rincón, junto con el resto de los detenidos. En 1962 se inició en Córdoba la Causa de su beatificación. El decreto de la Congregación de las Causas de los Santos, relativo a la declaración de martirio lleva fecha del 6 de julio de 1993. Cfr. Carmen FERNÁNDEZ AGUINACO, *Victoria Díez*, o.c.; Antonio MONTERO, *Historia...*, o.c., págs. 535-536; Manuel NIETO, *La persecución...*, págs. 980-983.

² Se refiere a la *Hoja Informativa* nº 21, pág. 12, correspondiente al segundo semestre de 1998.

³ Ana Cárdenas Montilla, *Testimonio*, Hornachuelos, 25 de diciembre de 1999.

ANEXOS

¹ Transcribo estos manuscritos ateniéndome a los criterios de puntuación y acentuación de la última *Ortografía de la Lengua Española* (Espasa, Madrid 1999). María Ignacia escribe sin atenerse a las normas ortográficas, buscando fundamentalmente la expresividad. Por ejemplo, no utiliza las comas sólo para separar las frases, sino también para indicar diversas entonaciones, como si se tratara de una partitura musical: «Sabes, que el maligno enemigo, anda tras de...».

Emplea con frecuencia los dobles puntos suspensivos: ... para indicar una pausa mayor. Al evocar un periodo de dura prueba espiritual escribe que *el enemigo* sabe «por dónde tiene que atacar..... Me presentó grandes dudas contra la fe..... ¡qué horribles agonías!» Como usa estos signos de puntuación de modo irregular, los transcribo sólo cuando refuerzan particularmente la intención. Por ejemplo, cuando escribe: «¡Cuánto nos martiriza en la adolescencia los devaneos de nuestra juventud.....!»

Con los signos de exclamación sucede otro tanto. María Ignacia utiliza uno y dos signos de exclamación (¡Amar!!) y muchas veces tres, en un *crescendo* expresivo, para mostrar aspectos de su relación personal con Dios. Transcribo todas estas irregularidades salvo cuando dificultan la comprensión del texto. En ocasiones he añadido alguna coma y algún signo de puntuación para facilitar la lectura. Cuando omite los puntos y aparte, he agrupado los párrafos por unidades de sentido.

² Josemaría Escrivá, *Carta* 8.VIII.1956, n.º 42.

³ En negrita en el manuscrito original.

⁴ *Amigos de mundo*: en el sentido de «amigos mundanos».

⁵ Aquí traza unas rayas y escribe: a.m.g.d. No pone fecha, pero por el trazo caligráfico y del color de la tinta se deduce que concluyó estas máximas en la misma fecha que los consejos: el 27.XII.1929.

⁶ Al igual que en los consejos anteriores, no pone fecha, pero debe ser del 27.XII.1929

⁷ Concluye con a.m.d.g.; su nombre, algunas invocaciones piadosas y la fecha: «27.12. 929».

⁸ Literalmente: «*Igual que el Rey que lo destierran*»

⁹ Este poema parece ser una variación personal escrita por María Ignacia del poema de Teresa de Lisieux «Vivir de Amor».

¹⁰ María Ignacia añade una última frase —*para que sea amado*— con la que subraya esta idea: el amor de Dios debe ser el único fin de todas las acciones humanas. Estos añadidos son excepcionales en sus escritos, que no presentan tachaduras ni correcciones. Hay otro añadido, muy breve, en un escrito del 22 de octubre de 1932, para aclarar el sentido del texto; y en la pág. 5 del *Pequeño bosquejo*.

¹¹ En la acepción del término *No se calcula* (con un cálculo egoísta).

¹² En el sentido de *naturaleza caída*, pecado.

¹³ A continuación, tras una pequeña indicación —tres guiones superpuestos— María Ignacia sigue escribiendo otras máximas espirituales. No las transcribimos porque son las que se recogen en el *Cuaderno Negro*.

¹⁴ Las sesiones con lámpara de cuarzo eran uno de los *remedios* de la época contra la tuberculosis.

¹⁵ He añadido algunos guiones a comienzo de frase, que faltan en el manuscrito.



ESTE LIBRO, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A.,
ALCALÁ, 290, 28027 MADRID,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
GRÁFICAS RÓGAR, S. A.,
NAVALCARNERO (MADRID),
EL DÍA 9 DE NOVIEMBRE DE 2001,
FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA.

OTROS LIBROS RIALP

Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei (9.^a edición)
Alvaro del Portillo

Años de juventud en el Opus Dei (5.^a edición)
José Orlandis

Sonad y os quedaréis cortos (12.^a edición)
Pedro Casciaro

Recuerdo de Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei (6.^a edición)
Salvador Bernal

Vale la pena. Tres años cerca del Fundador del Opus Dei: 1939-1942
(2.^a edición)
José María Casciaro

Un mar sin orillas. El trabajo del Opus Dei en Centroamérica (4.^a edición)
Antonio Rodríguez Pedrazuela

El Fundador del Opus Dei I. ¡Señor, que vea! (5.^a edición)
Andrés Vázquez de Prada

Memoria del Beato Josemaría Escrivá (4.^a edición)
Javier Echevarría

Una nueva partitura (2.^a edición)
Margarita Murillo

Antes, más y mejor (2.^a edición)
Lázaro Linares

